

# LA SAGA DE LOS AZNAR



## EL REFUGIO DE LOS DIOSSES

POR GEORGE  
H. WHITE



Penetrando por segunda vez en el hiperplaneta Negro los astronautas valeranos andan a la búsqueda de un extraño pueblo, los Hombres Rojos de Guandú.

Depositarios de una tradición humanística, los Hombres Rojos han sido un pueblo pacífico y feliz, hasta que el descubrimiento de oro atrae a su territorio una multitud de aventureros y expoliadores. Los antiguos dioses de Guandú defraudan la confianza del pueblo, volviéndole la espalda cuando más necesaria es su intervención. Los Hombres Rojos reniegan de sus dioses y deciden luchar por sí mismos contra el invasor...



George H. White

# **El refugio de los dioses**

**La saga de los Aznar - 54**

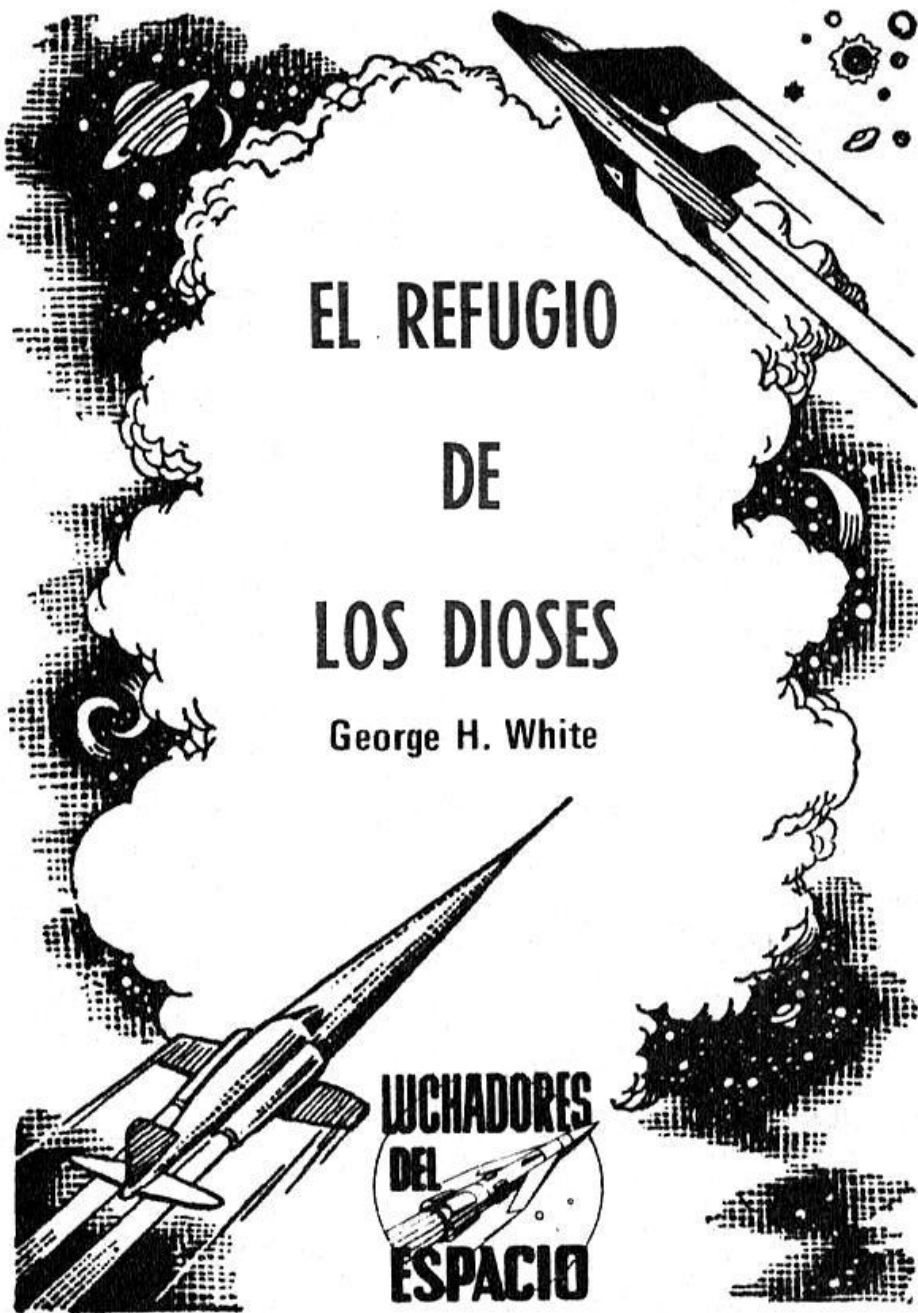
**ePub r1.0**

**Titivillus 03.10.15**

Título original: *El refugio de los dioses*  
George H. White, 1978

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





# EL REFUGIO DE LOS DIOSES

George H. White



**LUCHADORES  
DEL  
ESPACIO**

# EL REFUGIO *de los* DIOSSES

George H. White

## CAPÍTULO I

**L**os veteranos habían descubierto el hiperplaneta cuando viajaron al subespacio de entre el primer hiperplaneta creyendo encontrarse en presencia de uno de los llamados “agujeros negros”. Éstos eran una rareza del Universo; concentraciones de materia tan sumamente densa y pesada, que sus propias fuerzas de gravedad impedían que escapara la luz.

Posterioros cálculos demostraron que aun siendo considerable la fuerza de gravedad, ésta no guardaba proporción con el tamaño. O sea que, al contrario de los “agujeros negros”, la materia del hiperplaneta debía ser muy ligera, más o menos de la densidad del petróleo. Luego se vio que el planeta emitía radiaciones de neutrinos.

Las estrellas como el Sol, donde continuamente se estaba produciendo una reacción nuclear en cadena, emitían neutrinos. Si

en el corazón del planeta ardía una estrella, entonces debía tratarse de una esfera hueca, a semejanza del propio autoplaneta en el que viajaban los valeranos, sólo que a una escala inmensamente mayor.

Los astrofísicos valeranos decidieron explorar el interior del hiperplaneta.

Para introducirse en el interior del hiperplaneta atravesando todo el espesor de la pared de la esfera sólo había un medio. El autoplaneta “Valera” utilizaba hacía tiempo una nueva técnica de vuelo, la cual le permitía alcanzar velocidades superiores a la luz.

En esta técnica se experimentaba que acelerando continuamente un móvil, éste aumentaba progresivamente de tamaño. Tal fenómeno se justificaba en el hecho de que a mayor velocidad que la luz aumentaba la masa de las sub-partículas atómicas que giraban alrededor del núcleo, así como la del propio núcleo. Esto obligaba a las sub-partículas a acomodarse a una nueva órbita, aumentando entonces la distancia entre éstas y su núcleo, todo lo cual se manifestaba en una expansión de la materia.

Este fenómeno de dilatación se iniciaba en el momento que una aeronave empezaba a moverse, pero no era perceptible a baja velocidad. Aumentaba el efecto con la velocidad y se manifestaba espectacularmente en el momento que el móvil atravesaba la barrera de la luz.

Más allá de la velocidad de la luz una aeronave no podía ser impulsada por los medios convencionales; los motores se agarrotaban y se paraban, y quedaban interrumpidas las funciones vitales de la tripulación. Para seguir impulsando una aeronave más allá de la velocidad de la luz los valeranos utilizaban las ondas gravitacionales.

Las fuerzas gravitacionales estaban presentes en todo el Universo formando corrientes y remolinos, zonas de relativa calma y huracanes, como un viento invisible, intangible y poderoso. Una aeronave impulsada por ondas gravitacionales se apoyaba en la nada y se movía en la nada, alcanzando velocidades varios puntos por encima de la velocidad de la luz. Entonces sus moléculas se hallaban tan distantes unas de otras que la nave se desvanecía en una inmensa nube de partículas de alta energía. Como los rayos cósmicos, que atravesaban sin detenerse cuanto encontraban a su paso, esta nube etérea viajaba a velocidades fantásticas sin que la

detuvieran las estrellas y los mundos que se interponían en su camino.

Sólo de esta forma era posible viajar a mayor velocidad que la luz, y solamente por este medio podían las aeronaves valeranas penetrar en el interior del hiperplaneta. ¿Pero, que ocurría con las personas al producirse este fenómeno de dilatación?

La vida biológica quedaba interrumpida cuando un ser humano era proyectado más allá de la velocidad de la luz. ¿Pero, moría en tal caso? La respuesta estaba en las máquinas Karendón, que a su modo reproducían este fenómeno aniquilando al ser vivo y liberando su energía vital: el alma.

Las máquinas Karendón, de una complejidad enorme, eran con todo más seguras que dejar a ciento cuarenta millones de valeranos expuestos a los riesgos de un prolongado viaje en el sub-espacio.

El autoplaneta “Valera”, un planetillo hueco de las dimensiones de la Luna, se movía en el espacio impulsado por ondas gravitacionales. A mayor velocidad que la luz, transformado en una inmensa nube de partículas, viajaban en línea estrictamente recta y era incontrolable, excepto para desacelerar y volver de nuevo a una velocidad sub-lumínica. Pero si mientras viajaba en forma de nube se abalanzaba y atravesaba los cuerpos celestes que surgían en su ruta, el propio autoplaneta y cuanto se encontraba en él también era atravesado por las partículas de materia de los cuerpos celestes. Estas partículas podían causar daños irreparables en las células humanas, como de hecho las causaban las partículas cósmicas, que al atravesar el cuerpo humano dejaban tras sí un rastro de células muertas.

Esta razón habría sido por sí sola suficiente para evacuar totalmente el autoplaneta antes de cada singladura, si no existieran otras de tipo metafísico. ¿Qué ocurría con el alma, liberada de un cuerpo en el que quedaba suspendida la vida? Experimentos hechos con animales demostraron que unas veces la vida volvía a ellos después de la terrible prueba de la expansión de la materia, y otras veces quedaban muertos. Al menos con la Karendón los valeranos sabían a qué atenerse.

La máquina Karendón siempre funcionaba del mismo modo. Una persona era desmaterializada en una cámara especial. Uno por uno, de afuera adentro y a enorme velocidad, la Karendón desmontaba

cada átomo del individuo, analizaba sus componentes, fijaba su exacta ubicación sobre unas coordenadas tridimensionales, y escribía el resultado de su análisis sobre una tira de metal perforada. La persona, totalmente destruida, dejaba de existir como ente físico. Solamente su alma sobrevivía en la Dimensión Temporal, especie de Limbo donde no existía la noción del tiempo ni del espacio. La cinta perforada obtenida por este extraño sistema se llamaba “vetatom” y solía fabricarse de oro cuando estaba destinada a ser conservada por largo tiempo.

En cualquier tiempo futuro y en cualquier lugar del Universo, la Karendón podría siempre restituir al individuo desmaterializado. Sobre la cinta perforada obtenida en el proceso de desmaterialización, la Karendón transformaba la energía en materia y reconstruía una por una cada molécula, situándola en el exacto lugar que ocupaba antes. El individuo “restituido” aparecía de la nada y en esa misma fracción de segundo recobraba su alma; empezaba a vivir de nuevo. Éste era el sistema que utilizaban los tripulantes de “Valera” para “ausentarse” en los largos períodos de tiempo mientras su autoplaneta recorría el espacio a mayor velocidad que la luz.

De este mismo sistema se valieron los astronautas valeranos para introducirse en el interior del hiperplaneta.

La primera expedición al hiperplaneta se llevó a cabo con un crucero de combate sideral tipo STELAR, completamente de serie excepto porque se le adaptó un sistema adicional de propulsión por ondas gravitacionales. Desmaterializada la tripulación en la máquina Karendón Traslator de a bordo, el crucero siguió acelerando en dirección al hiperplaneta, hasta que al traspasar la velocidad de la luz se desvaneció en una gigantesca nube de partículas de alta energía. En este estado gaseoso la aeronave atravesó todo el espesor de la esfera e irrumpió en el espacio hueco interior. Aquí el sistema de detección automático reaccionó a la luz solar haciendo funcionar el sistema de frenado. La aeronave se materializó de nuevo al pasar a una velocidad sub-lumínica y poco después la tripulación era a su vez materializada en la cámara de la máquina Karendón.

Para su primera expedición al hiperplaneta, el joven contralmirante Tuanko Aznar llevó una tripulación reducida a los

miembros indispensables y un equipo muy somero; al fin y al cabo sólo se trataba de intentar una primera penetración, echar un vistazo al interior del hiperplaneta y regresar para dar cuenta del resultado. Luego, una vez en el interior del planeta, las cosas se complicaron.

En la segunda expedición, Tuanko Aznar se propuso llevar tres aeronaves con sus tripulaciones completas, doblar el número de cápsulas portadoras KT y llenar las bodegas de equipo complementario. Además, y puesto que no iban a ocupar sitio, llevaría también un batallón de Tropas Especiales en cada buque. Al mando de estas tropas iba la general brigadier Altair Newell, que ya había colaborado anteriormente con Tuanko en el asalto al autoplaneta “thorbod” ARGOS.

En su anterior expedición el crucero “Coimbra” había llevado un equipo de siete científicos, de los que sólo regresaron dos. Los cinco restantes, más el comandante Marek Aznar y un sargento de la tripulación, se quedaron en el interior del hiperplaneta para completar sus estudios sobre la naturaleza del mismo. De regreso a Valera la aeronave llevó consigo los “vetatom” del grupo rezagado, pero aunque se intentó repetidamente recuperarlos en el autoplaneta todas las tentativas resultaron infructuosas.

Bajo el signo de la preocupación por la suerte que hubieran podido correr los científicos, el contralmirante Tuanko inició su segunda expedición al hiperplaneta. Formaban la escuadrilla los cruceros “Coimbra”, “Tobruk” y “Benarés”, realizándose la penetración por el mismo sistema que la vez anterior. Todo funcionó perfectamente, como estaba previsto.

A las pocas horas de haber entrado en el hiperplaneta, el contralmirante Tuanko establecía contacto por radio con los restos de la expedición anterior. Los desaparecidos se encontraban en una gran ciudad anti-nuclear, Meygo, cercada y sometida a continuos bombardeos. Habiendo perdido la cápsula KT, portadora de la Karendón, inútilmente se habría intentado rescatarlos en Valera, pues jamás hubiesen podido escapar del hiperplaneta por aquel medio.

Para rescatar a sus amigos, Tuanko Aznar se propuso enviar una cápsula portadora de una Karendón Traslator, la cual aterrizaría en un lugar convenido mientras la escuadrilla de cruceros tenía a raya

los missiles nucleares que atacaban la ciudad.

Cinco horas más tarde los cruceros valeranos estaban sobre Meygo. Desde el “Coimbra”, dirigida por control remoto a través de la televisión, la cápsula descendió entre las inmensas nubes de polvo y humo y fue a posarse en la base de una fortaleza de hormigón.

Dos grandes secciones de hormigón montadas sobre raíles se deslizaron a derecha e izquierda dejando una abertura más que suficiente para permitir el paso de la cápsula KT, que sólo medía 20 metros de longitud y no tenía más de 7 metros de altura, adoptando la forma de un cilindro.

En la cámara de derrota del crucero “Coimbra”, a mil kilómetros de altura sobre la vertical de la ciudad, el sargento Ivar se volvió a mirar al contralmirante Aznar, que permanecía de pie a su lado sin apartar los ojos de la pantalla de televisión.

—¿Entramos? —preguntó el sargento controlador.

De un altavoz colgado del muro brotó la bien timbrada voz de la comandante Izquiaola.

—Cuidado, Tuanko. Puede ser una trampa. Si entramos y se cierra esa cortina, perderemos contacto con la cápsula y nunca más sabremos de ella.

Tuanko se volvió irritado. En el centro geométrico de la sala se levantaba a un metro de altura una plataforma octogonal a la que se accedía por cuatro escalones alfombrados. Esta plataforma era el llamado “puente de mando”. Desde ella, sentada en la butaca giratoria de cuero negro, la comandante del buque, capitana de fragata Belén Izquiaola, hizo una leve seña con la mano.

Profiriendo un gruñido malhumorado, Tuanko se volvió de nuevo hacia el controlador.

—Haz avanzar la cápsula e introdúcela sólo hasta la mitad. Para cerrar esa cortina tendrían que aplastar la cápsula. Si solamente lo intentan la haremos volar y con ella volará esa montaña de hormigón —indicó con acento amenazador.

Obedeciendo a los mandos, la cápsula KT se deslizó a ras del suelo y se detuvo en medio del carril por donde se deslizaban las placas de hormigón. El sargento cambió nuevamente la imagen a la cámara de televisión situada sobre la proa de la cápsula. Entonces se pudo ver el interior del refugio, iluminado eléctricamente.

Se trataba de un hangar ocupado por una aeronave de gran tamaño. Quizás midiera cincuenta metros de envergadura y carecía de alas. Casi cuadrada, con las aristas redondeadas, parecía una pastilla de jabón con una gran asa sobresaliendo por cada lado. Lo más aparente eran dos enormes hélices de cuádruple pala montadas en sendas prominencias sobre el borde posterior, que era más fino que el borde delantero, donde estaba la cabina del piloto. Posada sobre un tren de aterrizaje de cuatro ruedas tenía una apariencia sólida.

Alejandro Aznar, que realizaba su segundo viaje al hiperplaneta, vino junto a Tuanko y señaló.

—Ese tipo de aeronave no lo conocíamos.

—Parece muy pesada y carece de planos sustentadores. No es un aeroplano. ¿Cómo la harán volar? —observó Tuanko.

Saliendo por detrás de la aeronave un grupo de gente se acercaba a la cápsula KT. Todos vestían de forma idéntica; una especie de traje de una sola pieza de amianto, guantes y escafandra asistida por una pequeña botella de oxígeno en la espalda. Dos individuos portaban a un tercero en una camilla.

—Son ellos —señaló Alejandro Aznar.

Marek había anunciado que irían acompañados por “el Faraón” y el séquito de éste. ¿Quién era este Faraón? Marek rehusó dar explicaciones diciendo que era una historia larga de contar.

—Abre la compuerta —ordenó Tuanko tocando en el hombro al sargento Ivar.

Siempre por control remoto la cápsula KT abrió en dos mitades el extremo cónico de la proa. A continuación cayó hacia afuera, como un puente levadizo, la sólida compuerta de la cámara en sí. El grupo había llegado ante la cápsula y esperaba. Aun siendo todos los trajes iguales era fácil identificar a los terrícolas por su mayor esbeltez y su menor estatura. Los saurios eran mucho más altos y tenían grotescamente desarrollado el cuerpo de cintura abajo.

El grupo introdujo la camilla en la cámara y a continuación entraron todos los demás. El último de ellos retrocedió para situarse ante la cámara e hizo un enérgico ademán moviendo los brazos. A través del cristal azulado de la escafandra Tuanko creyó reconocer las facciones de su sobrino.

—Es Marek. Dice que ya podemos cerrar —dijo Tuanko.

El sargento controlador pulsó un botón de su pupitre de mando a distancia. Una luz verde en el tablero indicó que la compuerta estaba correctamente cerrada. Mientras las dos secciones de la punta cónica del cilindro volvían a su lugar, el sargento puso en marcha la máquina Karendón.

La Karendón Traslator funcionó según la forma acostumbrada, desmaterializando totalmente todo cuanto se encontraba en el interior de la cámara. Simultáneamente con la desmaterialización, que se efectuaba de afuera a adentro y con rapidez eléctrica, la Karendón analizó los componentes de cada átomo y situó cada uno sobre unas coordenadas tridimensionales. La memoria de la máquina retuvo toda la información recibida y a continuación perforó una cinta metálica de cinco metros de longitud y un metro de ancho. En el tablero de instrumentos se encendió otra luz verde.

—Preparada para emitir —dijo el sargento controlador.

—Adelante, no perdamos tiempo —dijo Tuanko.

Desde tierra, a mil kilómetros de distancia, la cápsula portadora KT transmitió por radio una descripción de la cinta que acababa de confeccionar. Simultáneamente, a bordo del “Coimbra”, otra máquina Karendón empezaba a taladrar una cinta idéntica a la de la máquina que todavía se encontraba en tierra.

Tuanko Aznar se apartó del controlador y se dirigió a la puerta de salida. Allí se reunió la comandante Izquiaola, que acababa de ceder el mando al capitán de corbeta Balestan.

—¿Vienen para acá? —preguntó Izquiaola.

Tuanko hizo una señal de asentimiento y salió de la cámara al corredor. Frente por frente a la cámara de derrota estaba la sala de la Karendón Traslator. Al entrar Tuanko se escuchaba el martilleo de la taladradora que confeccionaba la cinta. Inmediatamente detrás de Tuanko entraron Belén Izquiaola y Alejandro Aznar. Este último se dirigió al pupitre de mando de la Karendón.

La taladradora se detuvo. Tuanko hizo una señal a Alejandro Aznar y este operó sobre la máquina. Se escuchó un poderoso zumbido. La Karendón acumulaba energía en sus bobinas para disparar de una sola vez las partículas atómicas que reproducirían en la cámara todo lo que anteriormente había sido desmaterializado en la primera Karendón. Se produjo un cambio de tono en el zumbido y de pronto estalló una descarga eléctrica. La viva luz

azulada del relámpago escapó en parte por los laterales de la gruesa pantalla de porcelana que ocultaba el interior de la cámara de restitución.

Toda la tensión que había venido soportando durante días hizo crisis en Tuanko Aznar en forma de una gran irritación. El primero en aparecer por detrás de la pantalla fue Marek Aznar, sacándose la escafandra de la cabeza.

—Muy bien, mozo —dijo Tuanko con áspero acento—. Ahora me vas a contar todo.

—En primer lugar, gracias —dijo Marek a modo de saludo.

—No hay de qué —respondió Tuanko con ironía—. Supongo que contabas con que, fuera lo que fuese lo que ocurriera, vendría a buscarte.

—Nunca puse en duda que vendrías.

Los rescatados estaban saliendo uno tras otro; Nuria Ross, Fidel Aznar, Gerardo Castillo, Mario Valera y el sargento Eced. Por último aparecieron los saurios, cada uno con una maleta en la mano.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Tuanko.

Marek habló a los saurios en el propio idioma de éstos. Los saurios depositaron sus maletas en el piso y se sacaron las escafandras. Aunque de piel más verdosa y con el hocico más afilado, en sus rasgos generales no eran distintos de los tumas que Tuanko ya conocía; cráneo pelado de piel rugosa con una cresta ósea que se prolongaba hacia atrás hasta la nuca, prominente el hueso frontal, proyectado como una visera sobre los grandes ojos de caballo, profundas fosas nasales y oídos sin pabellón...

—¿Dónde está Beg Hon? —preguntó Tuanko acordándose del turno.

—En la cámara en una camilla —respondió Fidel Aznar—. Es preciso desmaterializarle antes de que expire, para restituirle de nuevo sobre su último vetatom. Yo me ocuparé de eso.

Se dirigió hacia la consola de mandos de la Karendón. Alejandro preguntó por el doctor Ferrer.

—No lo veo —añadió mirando a todos lados.

La alegría se desvaneció del rostro de Marek Aznar tornándose en una mueca amarga.

—¿Dónde está Ferrer? —preguntó Tuanko recelando lo peor.

—No ha venido, desapareció.

—¿Desapareció?

—Debió morir, la bomba le cayó prácticamente encima —murmuró Marek afligido—. Todo fue bien después de abandonar el buque. Alcanzamos sin percance la región donde nos proponíamos aterrizar y ya estábamos buscando un lugar apropiado cuando vimos una aeronave que volaba por debajo de nosotros. Nos acercamos a echarle una ojeada. Dos o tres aeronaves que no habíamos visto se nos acercaron por detrás y nos atacaron con cohetes. Uno de los proyectiles se introdujo en la tobera del motor y lo destrozó. No tuvimos más remedio que elevarnos a una altura donde no podían seguirnos y esperar un tiempo hasta que pudimos aterrizar. Ferrer examinó el motor y aseguró que podríamos repararlo con los repuestos que llevábamos. Todos se fueron a explorar un poblado troglodita de homínidos cercano, dejándonos a Ferrer, a Beg Hon y a mí para reparar el motor. Estábamos en ello y había yo entrado en la cabina de la cápsula cuando cayó sobre nosotros un ingenio nuclear. Así fue como perdimos la cápsula y a Ferrer. Nunca volvimos a verle.

—Fue culpa mía, nunca debí consentir que os quedarais —dijo Tuanko con acento sombrío.

—¿Crees que las cosas hubieran ocurrido de otro modo si tú te hubieses encontrado allí en mi lugar? —preguntó Marek.

—Con toda seguridad no habría ocurrido si el crucero hubiese estado allí cubriendo vuestro desembarco.

—Tuanko, las cosas no ocurren porque sí, todo viene de una larga cadena de sucesos que parecen inconexos y acaban coincidiendo en un lugar y un tiempo. Piensa sólo las coincidencias que tuvieron que producirse para que Ferrer se encontrara en el lugar donde iba a estallar aquella bomba. Sin aquella bomba que inutilizó nuestra cápsula nunca habríamos caído en manos de los katumes ni conocido al Faraón. El Faraón fue curado por Fidel de un tumor cerebral que iba a llevarle irremediablemente a la tumba. ¿Tuvo que morir Ferrer para que Fidel salvara la vida al Faraón? No lo sabemos. El hecho cierto es que la historia de una nación y la vida de millones de seres han sido influidos por el solo hecho de que nosotros estuviéramos aquí en un tiempo determinado.

Tuanko, tremendamente serio, guardó silencio. Fidel Aznar estaba manipulando en los mandos de la Karendón. La descarga

eléctrica que aniquiló a Beg Hon en la cámara sobresaltó a los saurios. Esto hizo que la atención de Tuanko volviera sobre el grupo.

—Me presentarás al Faraón en la sala de oficiales dentro de una hora —dijo a Marek.

## CAPÍTULO II

**M**En el comedor de oficiales. Previamente el bartpurano había pasado por la ducha descontaminante para despojarse de las partículas de polvo radiactivo que pudieran haberse adherido a su piel.

Mestizo de terrícola y madre bartpurana, Fidel Aznar era un atleta de dos metros de estatura, con una cabeza rubia excepcionalmente voluminosa, la cual habitualmente llevaba rapada. Último ejemplar de una raza desaparecida, Fidel Aznar, cuyo nombre bartpurano era Adler Ban Aldrik, poseía dotes paranormales extraordinarias. Su aspecto era el de un joven de veinticinco años, y no eran muchos más los que realmente tenía, viniendo a quedar en la misma edad que Tuanko, del cual era tío-abuelo.

La máquina Karendón tenía otras muchas más aplicaciones que la de desmaterializar y recrear cosas. Por ejemplo, un hombre que se hubiese desmaterializado a los veinte años y conservara su “vetatom” a los cincuenta, podía volver a sus años jóvenes desmaterializándose y volviendo a materializarse sobre la fórmula de sus componentes físicos de cuando tenía veinte años. Esta facultad de la Karendón había venido a trastocar total y profundamente la sociedad valerana. Así no era raro encontrarse con abuelos más jóvenes que sus nietos, o hijos más viejos que sus padres; un verdadero lío que se prestaba a las situaciones más divertidas. Divertidas, sobre todo, porque con ello se realizaba uno de los sueños más caros del hombre; la duración indefinida de su vida.

—Siento haber parecido descortés, pero antes de hablar con ese Faraón quería saber quién es en realidad. ¿De veras es un faraón? —preguntó Tuanko con curiosidad.

—Bueno, la palabra faraón no existe en lengua katume. El primer saurio katume con el que hablamos, después de perder la cápsula portadora, fue un noble granjero llamado Dován. Para entendernos con él tuvimos que utilizar nuestras facultades telepáticas. El granjero nos habló de su rey, y tal como lo representaba en su mente este aparecía tocado con un pañuelo listado, plegado a modo de los pañuelos que solían llevar los antiguos reyes de Egipto. Sólo por eso dimos en llamarle “Faraón”, aunque más tarde pudimos comprobar que verdaderamente reinaba al estilo de los faraones.

Fidel Aznar relató cómo, encontrándose refugiados en la granja, llegó una aeronave katume siguiéndole el rastro. La aeronave les llevó en unas horas de vuelo a Meygo, capital del imperio katume, donde comparecieron a presencia de un tribunal presidido por Jumo, el Sumo Sacerdote.

—Los katumes ignoraban la existencia de un espacio exterior. En su Libro Sagrado, parecido a la Biblia de los cristianos, todo el universo era Duggar, el hiperplaneta, y fuera de él no había nada. Sin embargo, allí estábamos nosotros, asegurando proceder de un mundo situado en el espacio exterior y contradiciendo por lo tanto las formales aseveraciones del Libro, considerado infalible.

En Katum, las Ciencias eran estudiadas en exclusiva por los sacerdotes de Attman. Pese al freno que la religión oponía al desarrollo de determinadas materias, los katumes andaban tecnológicamente muy avanzados. Conocían desde hacía tiempo la energía nuclear, que ya aplicaban a la propulsión de sus barcos, y últimamente habían resuelto el problema de los campos de fuerza gravitacionales, que aplicaron a sus aeronaves de gran porte en combinación con la energía atómica. Su último descubrimiento eran los rayos desintegradores de metales, conocidos por los valeranos como Rayos Z.

No era pues de extrañar que, poseedores de tan vastos conocimientos científicos, los propios sacerdotes de Attman resultaran más objetivos que el Libro Sagrado, en especial acerca de la existencia de un Universo inmensamente mayor que el espacio comprendido por la esfera del hiperplaneta: Duggar. Pero naturalmente, los sacerdotes no podían poner en duda las aseveraciones del Libro sin una revisión profunda de toda su

religión.

Hombre docto y político, el Sumo Sacerdote se las apañó de manera que las declaraciones de los extranjeros no entraran en conflicto con el dogma religioso. Interpretando a su manera a los valeranos, situó su mundo en uno de los planetas que dentro de Duggar giraban alrededor del sol. Comoquiera que los valeranos vivían dentro de un planeta hueco, para ellos el “espacio exterior” era simplemente el espacio de los saurios.

—Jumo conoció nuestras facultades paragnósticas y solicitó mi ayuda para intentar curar al Faraón de un tumor cerebral que este padecía, y del cual se negaba a ser intervenido quirúrgicamente. Estudié algunos de sus libros de Medicina, especialmente en lo que concernía a la estructura del tejido celular y la anatomía del cráneo de los saurios. Sin conocimiento del Faraón, oculto tras una cortina, inicié mi terapéutica particular, a base de disolver el tejido del tumor por metafanismo. Mi terapia dio excelentes resultados, los cuales Jumo podía seguir a través de repetidas radiografías del cerebro del Faraón. Pero impensadamente la salud del Faraón provocó una reacción política inesperada.

Organizado sobre una base feudal, el imperio de Katum padecía las contradicciones de un estado federal formado por siete reinos sin vinculación histórica ni cultural entre sí. En tiempos pasados Katum se anexionó los países vecinos. Sin embargo, para acallar los sentimientos nacionalistas de las naciones sometidas, Katum accedió a concederles ciertos fueros y privilegios, entre estos el que cada nación conservara su propio rey. Pero todos los reyes de la federación eran vasallos del Emperador, a quien debían lealtad. Tan inconsistente situación era causa de continuas fricciones. Los reyes detestaban al Emperador, pero también se aborrecían entre sí. Y el Emperador tenía que estimular las disensiones entre sus reinos para que éstos nunca llegaran a ponerse de acuerdo y formaran coalición contra el Imperio. El crimen, la traición y las conjuras estaban a la orden del día en Katum, y pocos eran los reyes y emperadores que morían en la cama.

Los reyes, enterados de la enfermedad de Togasi II, esperaban la muerte de éste para imponer un sucesor favorable a sus pretensiones independentistas. Sin embargo, al tener noticias de la milagrosa curación de Togasi, decidieron precipitar los

acontecimientos levantándose en armas. Durante varios días la sitiada capital resistió a los violentos bombardeos nucleares de los rebeldes. Olvidando sus diferencias por una vez, los reyes se aliaban para hundir el imperio. Para Togasi II se convirtió en cuestión de vida o muerte que llegara la aeronave de socorro que los valerosos aseguraban habría de venir a buscarles, y finalmente, la nave llegó y el Emperador fue evacuado.

Tuanko Aznar consultó su reloj y comprobó que era hora de recibir a Togasi.

—Vamos a ver al Faraón —dijo poniéndose en pie.

Abandonaron el comedor dirigiéndose a la sala de descanso de los oficiales. Minutos después llegaba Marek Aznar en compañía de Togasi y del Sumo Sacerdote. Jumo vestía a tono de su rango una larga sotana morada con festones bordados en oro en los bordes de la falda y de las mangas. Una tiara forrada de tela del mismo color cubría su cabeza haciéndole parecer todavía más alto. A su vez Togasi llevaba una coraza de oro puro sobre una corta túnica escarlata con mangas hasta el codo. Sus gruesas piernas aparecían enfundadas en unos ajustados calzones de cuero, con polainas también de oro y sandalias doradas. Se cubría la cabeza con un gran pañuelo listado en azul, plegado de la misma manera que solían llevarlo los antiguos reyes de Egipto. Togasi empuñaba además un cetro de oro y pedrería, como en un ingenuo empeño por aparecer como un personaje importante.

Lo que vio Tuanko fue un saurio asustado, muy impresionado por todo lo que veía a su alrededor, profundamente preocupado por su futuro. No podía negársele sin embargo el valor con que afrontaba su nueva situación, la dignidad con que sobrellevaba sus temores y sus recelos, el empeño por estar a la altura de su rango.

Por contraste con la riqueza de sus huéspedes, Tuanko Aznar vestía su sencillo y severo uniforme blanco de diario con botones dorados y un solitario brillante tallado en forma de lucero, engarzado en una placa de acero azul sobre cada hombro. Tuanko era mestizo de tapo y poseía, al igual que Fidel Aznar y Marek, la facultad de la transmisión telepática. Hablando en castellano a los saurios dirigía a éstos su pensamiento haciéndose entender. Cuando le hablaban los saurios, Tuanko leía directamente su pensamiento.

—Espero que os encontréis cómodos a bordo de mi buque —dijo

Tuanko invitándoles a sentarse con un ademán.

Togasi parecía abrumado por la preocupación. En su lugar habló Jumo, que lo hizo con gran desparpajo.

—Os agradecemos todo cuanto hacéis por nosotros, Almirante. Nos sentimos realmente maravillados. Vuestra aeronave es enorme y provoca ciertamente una sensación de poder.

—Todavía las tenemos más grandes —respondió Tuanko. Y leyendo el pensamiento de Jumo añadió rápidamente—: Pero no van a venir al hiperplaneta a ayudaros. En lo que a los valeranos concierne la causa de Togasi es una causa perdida. No intervendremos en los asuntos internos de vuestro país.

—Togasi ha sido un rey benéfico. Sobre todo si se le compara con sus antecesores —dijo Jumo, corrido por la fría respuesta del valerano.

Deseando dar a entender que no quería someter a discusión el asunto, Tuanko cambió rápidamente de tema:

—Decidme qué otra cosa podemos hacer por vosotros. No os ofrezco el refugio de nuestro planeta suponiendo que no os gustaría. No seríais felices allí. Es de esperar que hayáis pensado en ir a alguna parte. Pero si no lo habéis decidido todavía no os preocupéis, disponéis de tiempo para pensarlo. Por nuestra parte no hay prisa, vamos a dedicar un mes a explorar distintos lugares del planeta. Hasta que regresemos a nuestro mundo podéis disfrutar de nuestra hospitalidad.

Jumo quedó como perplejo y Togasi se inclinó para decirle algo al oído, olvidando la facultad de su interlocutor de leer en sus pensamientos.

—Togasi dice que desea desembarcar en Mabasa —dijo Jumo.

—¿Es un país?

—Es una ciudad lejana.

—No quisiera dar la impresión de que sois molestos a bordo de mi nave —dijo Tuanko—. Insisto en que no es urgente que decidáis donde queréis ir. Esa ciudad, Mabasa, ¿será bastante segura para Togasi? ¿Tenéis amigos allí?

Ni Jumo ni Togasi II habían estado jamás en Mabasa. Esta remota ciudad estaba en el desierto de Guandú, a trescientos mil kilómetros de distancia en línea recta de Katum. El país más cercano a Guandú era Tirfín, un “pequeño” continente oceánico de

180 millones de kilómetros cuadrados, casi en su totalidad habitado por monos y algunas tribus de saurios en el más absoluto atraso.

Hasta fechas relativamente recientes, Tirfín era el último jalón del mundo conocido. Los katumes supieron de Tirfín a través de los mutones, cuyo continente distaba de Tirfín la nada desdeñable distancia de 110.000 kilómetros por mar. Los navegantes mutones llegaron en alguna ocasión a Tirfín trayendo noticias de este país, pero hasta que los katumes aplicaron la energía nuclear a sus barcos, Tirfín era solamente una leyenda.

Los katumes habían comprado habitualmente “monos” a los mutones, pero al industrializarse este continente tuvieron que proveerse de nuevos esclavos en el remoto Tirfín. Posteriormente, la tecnología katume inventó las aeronaves sostenidas por campos de fuerza gravitacionales y a partir de este momento Tirfín y otras tierras más lejanas estuvieron al alcance de la civilización. Los katumes descubrieron entonces Guandú, un continente inmenso de naturaleza montañosa. Entre la zona costera y la cordillera del interior se extendía el desierto, cruzado por un caudaloso río que se llamó río Rojo, por el color terroso de sus aguas.

Poco después se descubría oro en el desierto, y en Guandú empezaron a afluir aventureros de todo el mundo en busca de una fortuna fácil. En realidad, el oro no era tan abundante como se decía, pero las prospecciones en busca del codiciado metal pusieron al descubierto una incalculable riqueza en yacimientos de cobre, hierro, petróleo, fosfatos y uranio.

Las tentativas de Katum de anexionarse Guandú resultaron infructuosas. Guandú estaba demasiado lejos de la metrópoli, incluso para las grandes aeronaves de gran radio de acción, que invertían veinticinco días de vuelo incesante, y otras muchas naciones habían tomado posiciones en el vasto territorio. Guandú finalmente fue internacionalizado. La loca aventura de los buscadores de oro se convirtió en una empresa gigantesca financiada por el capital de las naciones más ricas y poderosas. Veintisiete países distintos tenían legación en Mabasa.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Puede considerarse una ciudad segura para Togasi? —insistió Tuanko.

—El mejor sitio para pasar desapercibido es aquel donde se reúne mucha gente. El territorio es muy peligroso, debido a las

bandas de forajidos y a las guerrillas de los monos rojos, las cuales atacan las líneas del ferrocarril y asaltan por sorpresa los campamentos mineros. Pero la ciudad en sí es segura. Tiene más de dos millones de habitantes y está bien defendida por las guarniciones de las legaciones extranjeras.

Siguiendo el curso del pensamiento de Jumo, los valeranos acababan de ver como un “flash”, a modo de un fotograma insertado en un filme, una imagen rápida de un ser muy familiar. ¡Un hombre!

—¡Espera! —cortó Fidel Aznar la perorata de Jumo—. Tenía entendido que Guandú estaba deshabitado. ¿Quiénes son los monos rojos de que hablas?

—Nunca los he visto en vivo, sólo en algunas fotografías que trajeron a la corte las primeras tripulaciones que exploraron el desierto.

—¿Cómo son?

—Se dice de ellos que son sumamente belicosos, especialmente hábiles montando unos extraños y veloces cuadrúpedos que llaman unicornios, y tan amantes de su independencia que llegan incluso a quitarse la vida en cautividad. Todos los intentos que se hicieron por someterles fracasaron. Actualmente disponen de armas modernas, que muchos comerciantes desaprensivos les venden a cambio de oro, y he oído decir que las manejan muy bien. Son excepcionalmente valientes y muy inteligentes, superiores en todo a los monos que habíamos conocido anteriormente. Su aspecto es muy parecido al vuestro, pero su piel es más roja. Al menos así es como los recuerdo.

Tuanko y Fidel Aznar cruzaron una mirada inteligente.

—Está describiendo a seres idénticos a nosotros —dijo Fidel Aznar con pupilas chispeantes de interés.

—¿Seres humanos en el hiperplaneta? ¡No es posible!

—¿Por qué no es posible?

Tuanko no supo que contestar.

—Vamos a llevaros a Mabasa —dijo Fidel a los saurios—. ¿Sabréis indicarnos el camino?

Jumo dijo que lo intentaría. Como cortesano había viajado muy poco, nunca más lejos de las fronteras de Katum. Sin embargo, como hombre ilustrado, sería capaz de dibujar un mapa del mundo

conocido con los ojos cerrados.

—Acompáñame a la sala de derrota —dijo Tuanko poniéndose en pie.

Jumo y Togasi siguieron a Fidel Aznar y Tuanko hasta la cámara de derrota, en la cual se encontraban en aquel momento veinte tripulantes entre oficiales y controladores.

Impresionaron especialmente a los saurios las enormes pantallas murales de televisión tridimensionales que cubrían todo el techo y descendían en un ángulo de 45 grados hasta tres metros por encima de las paredes. La comandante Belén Izquiaola abandonó el puente de mando y vino a hacer los honores a los distinguidos huéspedes.

El Faraón preguntó interesado si todos los hombres y mujeres que se encontraban en la cámara de derrota eran la tripulación del buque.

—Éste es uno de los relevos —respondió Tuanko Aznar—. No necesitamos más de treinta oficiales y controladores para dirigir el buque en combate. Nuestros sistemas de detección y dirección de tiro están altamente automatizados.

En un ángulo de la cámara de derrota, sobre un tablero de dibujo, Jumo trazó un mapa a escala. Tomando como punto de referencia Katum, arriba y a la izquierda situó Mutón, a 80.000 kilómetros de distancia. Sobre la vertical de Mutón, a una distancia de 120.000 kilómetros, trazó esquemáticamente el contorno de Tirfín. Finalmente, a la izquierda y más arriba de Tirfín, a 110.000 Km de distancia, dibujó un círculo que señaló con el lápiz diciendo:

—Esto es Guandú.

Tuanko tomó una regla y midió sobre el mapa la distancia entre Katum y Guandú; trescientos mil kilómetros. Para el “Coimbra” una pequeñez. Sin embargo, para las grandes aeronaves katumes movidas por la energía nuclear, esta distancia representaba veinticinco días de vuelo ininterrumpido. Sus modernos reactores podrían haberlo hecho en menos tiempo: una semana. El problema para un avión reactor era que no podía cargar tanto combustible como quemaría en un vuelo sin escalas sobre una distancia mínima de 120.000 kilómetros.

Acaso sin saberlo, la tecnología katume estaba muy cerca de alcanzar el motor que permitiría a las aeronaves actuales multiplicar por cien su velocidad. La solución era el motor de iones,

a sólo un paso de los rayos desintegradores Zeta que ya estaban utilizando como arma.

Tuanko llevó a Jumo hasta el centro de la sala y le señaló las grandes pantallas de televisión.

—¿Podrás orientarte?

Después de recuperar la cápsula portadora KT, el “Coimbra” se había elevado de nuevo para reunirse con sus gemelos, el “Tobruk” y el “Benarés”. Dada la concavidad de la esfera, cualquier punto del hiperplaneta debería ser visible desde la posición de los cruceros, al menos en teoría. En la realidad, el espesor de la atmósfera y los flotantes bancos de nubes limitaban la visibilidad a sólo unos millares de kilómetros. El saurio se orientó sobre algunos puntos conocidos y señaló la dirección.

### CAPÍTULO III

**M**abasa era una ciudad grande y rica, una ciudad que se alzaba sobre el río Rojo. La ciudad, antigua y opulenta, se alzaba sobre el río. Del lado contrario, la prominencia descendía en una larga y suave ladera ofreciendo escalonadamente la perspectiva de sus multiformes edificios, en una salvaje mezcla de estilos, con profusión de cúpulas doradas y rojas, grises torreones almenados y esbeltos minaretes rematados en esferas y en agudas puntas.

De Mabasa podía decirse que era la ciudad más extraña enclavada en el lugar más absurdo del mundo. Estaba en una mitad del desierto, caliente y polvoriento, y salvo por la importancia de su puerto fluvial nada justificaba su existencia. Carecía de agricultura y no tenía industria propia de relieve. En ninguna otra parte podían verse tantos palacios. Sin embargo, la ciudad era sucia e incómoda, moderna pero construida sin seguir un plan previsto, insuficiente para su elevado número de habitantes.

La circunstancia de ser navegable en siete mil kilómetros de su curso convertía al río Rojo en una vía de comunicación de primer orden. El río, procedente de una lejana región boscosa del interior, al pie de una formidable cordillera, tenía más de treinta kilómetros de anchura a la altura de Mabasa, y era tan profundo que permitía navegar a los mayores buques hasta entonces construidos.

Navíos de todas las banderas del mundo conocido llegaban continuamente por el río e inundaban los muelles de Mabasa con las más variadas mercancías. La ciudad, que no producía nada por sí misma, tenía que importarlo todo; desde hierro, cemento y madera para la construcción, a plantas eléctricas, muebles, aparatos electrodomésticos, tejidos, calzado, productos farmacéuticos y miles de toneladas de harinas, de aceites vegetales, de carne congelada...

El tráfico del aeródromo de Mabasa era diez veces más importante que el del aeródromo de Meygo, la capital de Katum, y

movía mil veces más mercancías por día. Sólo las grandes aeronaves accionadas por hélices y la energía nuclear podían llegar hasta Mabasa. Los grandes magnates del cobre, del petróleo y los fosfatos tenían sus propias aeronaves llenas de lujosos refinamientos. Tenían aeronaves las compañías mineras para estar en contacto con los lejanos campamentos. Las tropas de ocupación las utilizaban para acudir a cualquier punto donde atacaban los forajidos y las bandas de monos, y, por último, estaban las aeronaves de las líneas aéreas de todo el mundo compitiendo con los grandes barcos impulsados por la energía atómica.

Aunque diez veces más lentos que las aeronaves, el tráfico de mercancías más importante lo hacían los barcos. Los barcos iban a cargar cobre, mineral de hierro, de uranio o petróleo, y llegaban a Mabasa transportando nuevas multitudes de aventureros, contingentes de tropas y esclavos ¡miles de esclavos! Las minas del desierto eran como voraces hornos destruyendo miles de vidas. Los esclavos, naturalmente, eran “monos”. Monos de Tirfín, de Mutón e incluso del continente katume.

Lo que para los saurios eran simples “monos”, eran en realidad homínidos en un estado intermedio entre el hombre y el mono, seres desdichados de inteligencia muy primitiva, sólo utilizables en los trabajos más sencillos y más rudos, los de mayor peligro de las minas. Los “monos” de Tirfín, los más numerosos, tenían una estatura media de un metro con sesenta centímetros, lo que comparativamente con los saurios les hacía parecer pequeños. Prognatos, de frente deprimida y largas cabelleras, andaban ligeramente encorvados y estaban cubiertos de espeso vello oscuro.

Desde hacía dos horas el crucero sideral “Coimbra” se encontraba frente a Mabasa, posado en el río a unos veinticinco kilómetros de la ciudad. Si desde el promontorio le observaran con un catalejo o unos prismáticos, creerían estar viendo uno de los grandes petroleros que frecuentaban aquellas aguas. Las formas del crucero eran aproximadamente las de un buque submarino, con una prominencia alargada sobre la cubierta, y ésta era, por curiosa coincidencia, la silueta de los gigantescos petroleros nucleares, sin chimeneas y sin elevadas superestructuras.

Desde hacía media hora las grandes pantallas murales de televisión de la cámara de derrota estaban funcionando

simultáneamente, proyectando distintas escenas de la vida ciudadana. Dotadas de gran movilidad, las cámaras iban por todas partes deteniéndose de vez en cuando en los puntos de interés; un mercado, el relevo de la guardia en el patio de una legación, la llegada de pasajeros al aeropuerto, o la conducción de un rebaño de esclavos desde un barco recién llegado a los almacenes del muelle.

Togasi II y Jumo asistían sorprendidos a este cambio sugestivo de temas, ofrecidos a todo color y en relieve. Hasta que no pudiendo resistir por más tiempo su curiosidad, Jumo se acercó a Tuanko y le preguntó donde tenían emplazadas sus cámaras.

El joven contralmirante sonrió y tomó del pupitre de un controlador un pequeño objeto que mostró al saurio.

—¿Ves esto?

—¿Qué es? Parece un insecto —el saurio lo tomó en su mano y lo examinó—. Es un abejaorjo.

—Tíralo al suelo si quieres y písalo. Comprobarás que no puedes destruirlo. Es un insecto artificial, un autómat. Su mecánica está formada por más de mil piezas diminutas, más pequeñas y precisas que las de un reloj. ¿Ves sus ojillos? Cada ojo es una cámara de televisión miniatura. Las alas son accionadas por un motorcito eléctrico y sirven para impulsar y dirigir al abejaorjo. Éste se controla por radio desde estos pupitres y transmite continuamente a través de sus cámaras de televisión. En estos momentos tenemos un enjambre de abejaorjos desparramado por la ciudad; por sus calles, su aeropuerto y los muelles. Las escenas que ellos captan son las que estamos viendo en estas pantallas.

Tuanko vio la perplejidad y la desconfianza en la mente del saurio.

—¿No me crees?

—Supongo que tendré que creerte. Siempre sospeché que en sus declaraciones, ni Marek ni Adler Ban Aldrik dijeron la verdad.

—Te equivocas, ellos siempre dijeron la verdad. Lo único que hicieron fue no hablar de cosas que nadie les preguntaba.

—Siento la impresión de haber perdido la mejor oportunidad de mi vida de conocer cosas realmente maravillosas —dijo el saurio pesaroso.

—Bien, esa es Mabasa —dijo Tuanko señalando a las grandes pantallas de televisión—. ¿Estáis dispuestos a desembarcar?

Jumo regresó junto a su rey y le preguntó si estaba dispuesto a desembarcar. Togasi II dijo que estaba preparado.

Minutos después, Togasi y su séquito —tres esposas, tres hermanas y el coronel de su guardia, aparte de Jumo— eran acompañados por Marek y Fidel a un compartimiento de la bodega del crucero. En este compartimiento, especie de hangar, se encontraban dos cápsulas portadoras KT y un aerobote. Pero los saurios no iban a utilizar ninguno de estos medios para trasladarse a Mabasa.

Cuatro hombres de la tripulación acababan de hinchar un bote neumático al cual iba acoplado un motor fuera borda. La luz del día llegaba hasta el hangar por el amplio portón de seis metros de ancho abierto en el costado del buque. Las aguas del río quedaban a ras del nivel del portón, hasta el punto de que algunas ondas introducían agua en la bodega. Los astronautas botaron el bote al agua, vinieron en busca de las pesadas maletas de los saurios y las transportaron a la embarcación.

Junto al portón, Marek Aznar y Fidel Aznar se despidieron de los saurios. El motor estaba en marcha y un astronauta sostenía la amarra. Los saurios embarcaron y Jumo se hizo cargo del timón. Poco después el bote de goma se alejaba por el río en dirección a Mabasa, cuyo promontorio aparecía veladamente a través de la bruma.

—En fin —suspiró Marek—. Esta aventura acabó. Casi había llegado a encariñarme con ese orgulloso Faraón y su astuto Jumo. En verdad no eran mala gente.

—¡Oh, no! —exclamó Fidel Aznar con ironía—. Togasi fue un rey tiránico y Jumo un embaucador religioso. En fin, supongo que cierta gente no es mejor porque no tuvieron oportunidad de aprender a serlo.

Regresaron a la cámara de derrota.

—¡Venid, daos prisa! —exclamó Tuanko al verles entrar. Y señala a una de las grandes pantallas murales de televisión—. ¡Mirad eso!

La escena ocurría en los muelles. Una embarcación larga y estrecha, de proa chata, como uno de aquellos antiguos lanchones de desembarco que utilizaban la Infantería de Marina, estaba amarrada de costado. Entre el barco y el muelle había tendida una

plancha de madera. Dos saurios armados de fusiles, con uniformes pardos y un pañuelo a la cabeza, estaban pasando la plancha. Detrás de los saurios seguía una fila india media docena de hombres con las manos esposadas, todos unidos por una larga cadena.

—¡Monos rojos! —exclamó Marek roncamente. Rectificando—. Es decir, hombres. ¡Hombres auténticos!

En efecto, la imagen era perfectamente nítida y el abejorro que la enviaba debía encontrarse muy cerca de la plancha, entre el barco y el muelle. Se trataba de hombres sin la menor duda; desnudos, sin más ropa que un taparrabos de cuero, altos, esbeltos y bien proporcionados, de piel rojo-cobrizo, con largas melenas y facciones bien definidas.

En toda la cámara de derrota la presencia de los hombres cobrizos había levantado un murmullo de comentarios. Los oficiales acudían de todas partes para ver de cerca y algunos controladores abandonaban sus pupitres y se ponían en pie. Solamente Fidel Aznar permanecía callado, los labios apretados, las azules pupilas relampagueando de interés, sin apartar sus ojos de la pantalla.

—Deben haberles tomado prisioneros —comentó Marek—. ¿No dijo Jumo que estos “monos” eran tan valientes que se quitaban la vida antes de soportar la cautividad?

Ya había tres hombres sobre la plancha y quedaban otros tres en la cubierta, todos unidos por la misma cadena. Junto a la borda, un gigantesco saurio con pistola al cinto y pañuelo a la cabeza, como un viejo pirata, levantó su largo látigo y lo dejó caer sobre la espalda del último “mono” de la fila. Innecesariamente, puesto que los hombre cobrizos parecían dispuestos a tomar la plancha sin resistencia.

—¡Salvaje! —exclamó Marek furioso.

De pronto ocurrió algo totalmente inesperado. El hombre golpeado se revolvió como un tigre, y con agilidad felina levantó sus manos encadenadas y echó la cadena al cuello del bestial saurio en férrea presa. Había otros saurios en cubierta, Algunos muy cerca, pero ninguno pudo acudir a tiempo. Los tres “monos” que estaban sobre la plancha saltaron al mismo tiempo. Su peso arrastró a los tres restantes unidos por la cadena y el último al oficial saurio. Todos cayeron al agua levantando un surtidor.

En la cámara de derrota del “Coimbra”, a muchos kilómetros del

lugar donde se desarrollaban los sucesos, se hizo un silencio de estupor. El controlador del abejorro hizo moverse a éste para que sus cámaras enfocaran al espacio entre el costado del barco y el muelle. Un puñado de burbujas rompieron durante un minuto en las turbias aguas, pero ni los “monos” ni el saurio volvieron a aparecer.

—¡Se han ahogado! —exclamó roncamente Nuria Ross, la psicólogo del equipo científico—. ¡Se ahogaron voluntariamente!

—Y arrastraron consigo a ese brutal saurio. ¡Valientes muchachos! —exclamó Marek Aznar.

—¿Por qué valientes? —protestó Fidel Aznar—. Cometieron una estupidez. Su acto sólo cabe calificarlo de necia arrogancia.

—Eso es lo que tú dices —rebató Tuanko—. Tal vez opinaras de modo distinto si te vieras en una de esas minas con un pico en las manos, bajo el sol del desierto, sin apenas comida y apaleado como un animal. La vida es sagrada, ciertamente, y nosotros la respetamos en los demás y en nosotros mismos. Pero nosotros no estamos en lugar de esos hombres. Si lo estuviéramos quizás preferiríamos morir a someternos, especialmente si supiéramos que no había esperanza de redención. Recuerda lo que vino a decir Jumo. Cada día llegan nuevas remesas de esclavos al desierto, pero ninguno ha regresado jamás. Todos dejaron la vida aquí.

Respondió Fidel Aznar y dijo:

—En todo el mundo, y en el nuestro también, se han cometido abominables injusticias. La Tierra vivió largos siglos sumida en la esclavitud. Si todavía en la Edad Media todos los siervos y esclavos hubiesen adoptado la heroica actitud de quitarse la vida antes que ser sojuzgados, la humanidad habría ido en retroceso y el planeta hubiera quedado deshabitado. Si durante la invasión de los Hombres Grises los esclavos terrícolas se hubiesen suicidado y negado a tener hijos, la humanidad se habría extinguido cuando los redentores llegaron siglos después. Todo nuestro progreso, el alto nivel de vida que disfrutamos, las leyes que protegen al individuo contra el abuso de la autoridad y la fuerza, vinieron de esas multitudes de esclavos, de su clamor, de su sangre y sus lágrimas. Esto no es justo, el hombre debió ser perfecto desde que llegó a la Tierra, pero todos sabemos que no fue así ni pudo ser de otro modo.

—¿Y qué quieres decir con eso? —protestó Tuanko—. ¿Debemos permitir nosotros, hombres de una civilización avanzada, que en

este planeta se sigan cometiendo las mismas injusticias que sufrieron nuestras antiguas generaciones? ¿No hay redención posible para esos hombres rojos y esas multitudes de hombres primitivos? ¿Es forzoso que pasen por el aleccionador período de represión y abuso, para que en siglos venideros alcancen las libertades que nosotros disfrutamos?

—No he querido decir nada de eso, al contrario. Sólo vine a significar que esos hombres actuaron con precipitación innecesaria. Siempre hay esperanza mientras hay vida. Sin esperanza la humanidad terrícola no habría salido nunca de aquella larga época de oscurantismo. Sin esperanza no habría visto la llegada de los ejércitos redentores. El hombre ama la vida por instinto y se aferra a ella, incluso inventándose esperanzas que tal vez no existen. El acto de esos hombres poniendo fin a su vida implica dos carencias muy graves; de una parte falta de fe; de otra parte, falta de humildad para soportar un episodio adverso de su vida. Ninguno de nosotros habría actuado como ellos lo hicieron.

—Tendríamos que conocer las circunstancias que les llevaron a un acto tan desesperado para poder juzgarles —dijo Nuria Ross con aire de cautela.

Tuanko miró de Nuria Ross a Fidel Aznar y preguntó:

—¿Estás de acuerdo con eso, Fidel?

—Sí, por supuesto —respondió el bartpurano.

—¿Green que vale la pena buscar a esos hombres cobrizos para conocer sus problemas e interesarnos por ellos?

—¡Hombre, Tuanko! —exclamó el profesor Alejandro Aznar—. Estamos aquí para investigar y conocer cómo se ha desarrollado la vida en este planeta. Ningún insecto, ninguna planta y ningún fenómeno geológico tiene más interés que la vida de los humanos.

—Entonces estamos de acuerdo, buscaremos a los hombres cobrizos. Lo malo del asunto es que no tenemos ni la menor idea de donde podemos encontrarlos.

La brigadier Newell apuntó:

—Vinieron en barco, luego debieron capturarles en algún lugar cerca del río.

—¿Por el río hacia arriba, o hacia abajo? —preguntó Marek.

—Vosotros, los tapos, tenéis el don de la precognición —respondió la brigadier irónicamente—. ¿Por qué no echáis una

mano adivinando en qué dirección debemos ir?

—Exploraremos río arriba —dijo Tuanko, quién añadió—. Y no es precognición. En dirección al mar el desierto fue ocupado hace tiempo. Es decir, en pura lógica la invasión debió empezar desde la costa en progresión hacia el interior. Exploraremos tierra adentro.

Adoptada esta decisión, poco después el “Coimbra” abandonaba las aguas y se elevaba avanzando en sentido contrario al río. A cincuenta kilómetros de altura se reunió con el “Tobruk” y el “Benarés” que se situaron a cada lado a una distancia de cien kilómetros. En esta posición, tomando como eje el centro del río, los cruceros barrían con sus teleobjetivos una franja de trescientos kilómetros.

El río era navegable hasta tres mil kilómetros más arriba de Mabasa, constituyendo una vía natural de penetración que podían navegar los buques de mayor calado. A lo largo de las orillas eran frecuentes los poblados, la mayoría de las veces simples puestos fortificados al extremo de un oleoducto o al principio de una vía férrea que se internaba en el desierto. Debido a la escasa profundidad del río cerca de las orillas, se habían construido grandes y costosos pantanales de hormigón armado, que permitían el atraque de los petroleros y los cargueros de mineral al final de las tuberías o las cintas transportadoras. Pequeñas centrales nucleares activaban estas instalaciones. Igualmente funcionaban con energía nuclear las locomotoras que circulaban por las vías arrastrando interminables trenes de mineral.

Raramente vieron una carretera, excepto para comunicar alguno de los poblados con un campo petrolífero o una mina situados a distancia relativamente corta. El medio de transporte más usual en el desierto eran las grandes aeronaves movidas a hélice, sostenidas sobre campos gravitacionales con un reactor nuclear a bordo. Aunque no solían desarrollar más de 500 kilómetros por hora en las condiciones más favorables, estas aeronaves resultaban muy prácticas en su cometido; es decir, eran espaciosas, seguras y de una economía de funcionamiento que debía hacerlas altamente rentables, sobre todo en el desierto, donde las distancias eran enormes y no existían pistas de aterrizaje.

A 3.200 kilómetros de Mabasa los cruceros valerosos divisaron una ciudad de cierta importancia al final del tramo navegable. Un

poco más arriba el río se angostaba penetrando de un tortuoso “cañón”. La corriente se hacía rápida y tumultuosa.

La ciudad, a la que calcularon unos 120.000 habitantes, se extendía sobre una planicie y tenía todo el carácter de un puesto fronterizo avanzado, base de un ejército en operaciones. Prácticamente estaba cercada de cuarteles, cada uno bajo una bandera distinta. Al contrario que Mabasa, la ciudad tenía amplias calles tiradas a cordel, formando cuadrículas de monótona regularidad. No se veían edificios altos ni de complicada arquitectura; la inmensa mayoría eran casas de una sola planta de madera o adobe. Hacia el extrarradio había barrios enteros de barracas de hojalata y cartón.

Dos líneas férreas atravesaban la ciudad convergiendo en el puerto, donde se había construido un costoso muelle artificial para facilitar el atraque de los barcos que llegaban remontando el río. El aeródromo, en una polvorienta planicie, registraba un tráfico de aeronaves semejante o superior al de Mabasa, aunque las instalaciones eran escasas y elementales.

Tan interesante ciudad mereció que se enviara un enjambre de “abejorros” a explorarla con más detalle. Los abejorros fueron llevados hasta el centro del río en una cápsula apropiada y dirigidos luego por control remoto el resto del camino hasta desparramarse por las calles de la ciudad.

Las imágenes de televisión enviadas por los abejorros trasladaban a los valeranos en el tiempo a uno de aquellos legendarios poblados del Oeste americano durante la “fiebre del oro”. No sólo era idéntico el estilo y el carácter de los edificios, sino incluso el ambiente animado de sus calles polvorientas, con muchedumbres moviéndose de un lado a otro y un continuo tráfico de vehículos a motor, carretas... ¡y caballistas!

Los caballos llamaron especialmente la atención de los valeranos. Se trataba de unicornios, un animal semejante al caballo terrícola, pero de mayor alzada y potencia, con un pequeño cuerno en la frente. Los valeranos conocían un equino semejante; el unicornio bartpurano, cuya especie encontraron casi extinguida en el circumplaneta Atolón.

—¡Caballos unicornios! —exclamó Paulina Elorza, la zoólogo del equipo.

—Caballos y antropoides —murmuró a su vez Castillo—. Siento la impresión de que hay algo que no encaja.

—¿Cuál es tu problema, Castillo? —preguntó Alejandro Aznar.

—No sé qué decirles. Todo cuadraba mientras sólo había saurios y monos. La vida que se desarrolló en la Tierra pudo haber seguido un proceso parecido, si a partir de la Era Mesozoica hubiese habido una especie de reptiles capaz de evolucionar hacia formas inteligentes. Los monos pudieron llegar después y evolucionar a su vez manteniendo la distancia que les separa de los saurios, pero vemos que no ocurrió así. Hay antropoides además de monos, y encima caballos unicornios. ¿Por qué caballos unicornios?

—¿Y por qué no caballos, aunque sean unicornios, si también hay paquidermos? —preguntó Paulina Elorza.

—Los caballos, como los antropoides, corresponden a una época muy posterior. Su presencia en este planeta es prematura, la nota discordante en el conjunto de una naturaleza lógica.

—Si están aquí es porque existen, son lógicos.

—¿Apostarías a que son autóctonos?

—¡Castillo, por favor! Si no son autóctonos, ¿de dónde van a ser? ¿O estás pensando que pudieron llegar de afuera?

—¿Pudieron? Eso es lo que yo me pregunto —respondió Castillo.

—Recuerda que estamos dentro de una enorme esfera, totalmente aislada del espacio exterior. Para que otros exploradores pudieran penetrar aquí tendrían que haber desarrollado una técnica de vuelo semejante a la nuestra, y además eso tendría que haber ocurrido hace mucho tiempo. ¿Sabemos de alguien que utilizara la técnica de la desmaterialización antes que nosotros?

—Los bartpuranos —respondió Fidel Aznar sin vacilar—. Un millón de años antes de que los terrícolas abandonaran por primera vez su planeta tripulando una cápsula espacial, los astronautas bartpuranos recorrían el Universo volando en astronaves técnicamente más avanzadas que las nuestras actuales. No existe un documento en el que se relacione las expediciones que realizaron ni el número de mundos que descubrieron, pero sabemos que llevaron a cabo una amplia labor de prospección insemnando la vida en muchos planetas estériles. La existencia de una humanidad semejante a la nuestra en algunos de los planetas que conocemos, sólo puede explicarse mediante la intervención de un agente

común. Nuestros factores genéticos son intercambiables. Todos somos hermanos, luego es evidente que ha habido para todos una común paternidad.

—Y tú quieres que esa paternidad os la debamos a los bartpuranos —dijo el profesor Castillo con ironía.

Hijo de terrícola y de una dama bartpurana, Fidel Aznar, gustaba de creer que sus antepasados contribuyeron a la obra de la Creación, siendo a su vez propagadores de la vida que recibieron. Difícilmente podría demostrarse esta verdad, pero al menos por lo que estaban viendo, el paso de los astronautas bartpuranos por el hiperplaneta parecía razonablemente probable.

—Está bien, vamos a seguir buscando a los monos rojos —dijo Tuanko conciliadoramente—. Tal vez ellos tengan algo que decir respecto de su origen.

El desierto de Guandú era inmenso, tenía unos 125 millones de kilómetros cuadrados, casi la cuarta parte de toda la superficie de la Tierra. ¿En qué proporción se repartían los “monos” rojos sobre este enorme territorio? ¿Estaban repartidos uniformemente o habitaban una determinada región?

Habría sido muy conveniente tener a mano alguien que pudiera facilitar información.

Mientras Tuanko cavilaba la forma de secuestrar un saurio de la ciudad, veía en una de las pantallas la llegada de una pequeña caravana de camiones al aeropuerto. En todo el aeródromo no había una mala pista de cemento y los vehículos montados sobre orugas, levantaban una gran polvareda mientras avanzaban en dirección a media docena de aeronaves posadas en línea. Uno de los “abejorros” seguía a distancia a los vehículos y acabó por alcanzarlos cuando éstos se detuvieron.

De los camiones empezaron a saltar saurios de uniforme pardo armados y pertrechados como para entrar en combate. Los soldados se dirigieron en ordenadas filas a las aeronaves. Los oficiales saurios parecían activar la operación de embarque moviendo mucho los brazos.

—Soldados katumes —dijo Marek, identificando a las tropas por los vistosos pañuelos listados que llevaban en la cabeza—. Me gustaría saber dónde van.

—Seguramente a relevar la guarnición de algún puesto avanzado

—apuntó la brigadier Newell.

—Si hemos de juzgar por las prisas debe tratarse de algo más que un relevo ordinario —dijo Tuanko.

Siguieron observando de cerca a las tropas, las cuales, en efecto se comportaban como si estuvieran acuciadas de algún servicio urgente.

—¿Qué piensas? —preguntó Marek a Tuanko.

—Supongamos que esas tropas acuden a reforzar algún enclave donde se ha producido una alarma. ¿Quiénes atacarían a los saurios en el desierto? Jumo dijo algo al respecto. Las bandas de forajidos y las guerrillas de los monos rojos son el azote de los campamentos mineros.

—O sea que si seguimos a las aeronaves, ellas pueden conducirnos quizá hasta los monos —remató Marek.

—Replegad los abejorros, vamos a seguir a las aeronaves.

Un minuto después los abejorros abandonaban las calles de la ciudad, el aeródromo y los muelles, volando en enjambre sobre el río. A mitad de la corriente, súbitamente faltos de fuerza, los abejorros interrumpieron su vuelo y cayeron como ligero pedrisco en el agua. Aunque máquinas miniatura de una perfección increíble, su costo era despreciable para los valerosos, al punto de no merecer la pena recuperarlos. Simultáneamente, la sonda que proporcionó la energía eléctrica al enjambre, iniciaba un vertiginoso ascenso para reunirse con el “Coimbra”. El final de esta operación vino a coincidir aproximadamente con el despegue de las aeronaves katumes.

Antes de seguir a las aeronaves, Tuanko conversó brevemente por radio con los comandantes del “Tobruk” y el “Benarés”. A fin de reconocer una extensión más amplia del desierto. Tuanko envió al “Tobruk” a explorar el curso alto del río hasta la zona de grandes selvas que se entreveía veladamente a través de la bruma, y al “Benarés” sobre la orilla opuesta del río en dirección a las montañas. Los tres cruceros permanecerían en constante contacto por radio.

## CAPÍTULO IV

**D**ESPUÉS de las horas de persecución, viendo que regularidad inalterable el rumbo, Tuanko Aznar decidió adelantarse. Una hora más tarde el “Coimbra” había recorrido dos mil kilómetros y se encontraba a tres horas de distancia de la flota aérea que venía rezagada.

En la gran pantalla de televisión mural correspondiente al panel de proa, Tuanko Aznar veía una negra y alta columna de humo, como si estuvieran ardiendo a la vez muchos depósitos de petróleo. Estaban sobre una vía férrea; es decir, después de volar tres mil kilómetros en línea recta habían venido a encontrarse de nuevo con uno de los ferrocarriles que partían de la ciudad.

—Descended a diez mil metros. Vamos a seguir el ferrocarril.

La línea férrea iba a conducirles directamente a la gran nube de humo. El “Coimbra” redujo su velocidad. Mucho antes de llegar sobre la columna de humo vieron que ésta procedía de una serie de grandes depósitos metálicos situados en las proximidades de una refinería de petróleo. No lejos de la refinería ardía una gran instalación que alguien identificó como una planta térmica de energía eléctrica. En efecto, junto a ésta había una estación transformadora y líneas de cables de alta tensión que irradiaban en todas direcciones. Todas estas instalaciones distaban poco más de un kilómetro de una fortaleza que se levantaba sobre una pequeña elevación del terreno, rodeada de un poblado de edificios de madera y chozas de adobe.

El poblado, con su estación de ferrocarril y el aeródromo cercano, parecía tener una vida muy activa y era centro de una comarca en la que abundaban las minas de oro y de cobre. No lejos se levantaban las torres de un campo petrolífero que cubría alrededor de quinientos kilómetros cuadrados de desierto.

Cuando los valeranos llegaron sobre la vertical del poblado, la estación, el aeródromo, la refinería de petróleo y la central térmica estaban siendo atacados con intenso fuego de mortero. Las bombas estaban cayendo en todas partes provocando incendios también en la ciudad y entre el material ferroviario aparcado en las vías muertas. Los máximos aumentos de la óptica del crucero sideral mostraban escenas de gran confusión entre el humo y el polvo. En las calles ardían automóviles y carretas y se veían muchos muertos tendidos aquí y allá.

El ataque parecía venir de un cinturón de pequeñas alturas, en cuyas laderas se veía gran cantidad de carros de combate y transportes blindados despanzurrados y echando humo. La batalla, que debió ser muy dura, remitía cuando el crucero “Coimbra” se detuvo y el contralmirante Aznar pudo echar una larga mirada en rededor.

—Si lo han hecho los pieles roja tendremos que cambiar la imagen que nos habíamos formado de ellos —observó la brigadier Altair Newell—. Un asalto así no puede haberlo realizado una banda de desarrapados, esto es obra de un ejército bien entrenado.

—No hay tal ejército —dijo Tuanko—. Que sepamos, su fuerza se reduce a unas cuantas bandas armadas con desechos de los arsenales saurios, que los traficantes les venden por su peso en oro. Su derroche de valor ni siquiera servirá para retrasar la invasión de su territorio.

—¿Y si nosotros les ayudáramos?

—¡Ayudarles! ¿Cómo podríamos? —exclamó Tuanko.

—Pues supongo que habrá alguna forma de hacerlo. La más sencilla y menos costosa, proporcionándoles armas modernas y eficaces.

—¿De qué serviría? La enorme superioridad de los saurios acabará aplastándoles de todos modos. En todo caso, lo único que conseguirían sería prolongar sus sufrimientos. Los saurios no les prestarán mucho interés en tanto no pasen de unas cuantas guerrillas que luchan a pecho descubierto. El Guandú es muy grande y los saurios nunca llegarán a ocuparlo totalmente; es decir, aún en el peor de los casos los hombres rojos sobrevivirán al despojo del desierto. Por el contrario, si acosan a los saurios, éstos pueden sentirse incómodos y verse en la necesidad de

exterminarles.

Altair Newell no ocultó su desencanto.

—¿Y para aplicar una política tan conservadora hemos venido con tres cruceros de combate y tres mil hombres armados?

Tuanko no se consideró obligado a dar una respuesta. Como comandante de la expedición tenía sus atribuciones y sus limitaciones. El gobierno de la República de Valera no tenía aspiraciones territoriales, ni económicas, ni políticas sobre el hiperplaneta. Los asuntos de sus habitantes eran una cuestión aparte del interés científico que estos pudieran despertar entre una minoría estudiosa de Valera. Ni el gobierno, ni el Presidente podían utilizar las Fuerzas Armadas, declarar la guerra, ni intervenir en los asuntos de terceros países sin someter la cuestión al pleno del Parlamento y obtener su aprobación.

—Deben haberse retirado —observó Marek después de un largo silencio.

Había cesado el bombardeo. El polvo se disolvía lentamente clarificando la atmósfera, aunque todavía eran numerosos los incendios. Algunos camiones, cargados de soldados, salían del fuerte y corrían locamente por las calles saliendo de la ciudad en dirección a las colinas. Sólo una gran aeronave de transporte se encontraba en el aeródromo y echaba humo, probablemente alcanzada por alguna bomba en los comienzos del asalto.

—Sí, parece que las guerrillas se retiran —dijo Tuanko observando la escena a través de la pantalla—. Ahora empieza la persecución. Con suerte pueden ponerse a salvo antes de que lleguen las aeronaves. ¿Podemos ver lo que ocurre en las colinas?

La pregunta iba dirigida al controlador que manejaba las cámaras de televisión. Una de éstas se desconectó del resto para conectarse a una cámara especial provista de telescopio. A diez mil metros de distancia las imágenes parecían estar al alcance de la mano.

Vieron un grupo de hombres, diez o doce, que corrían ladera abajo. Pese a ir cargados con tubos y placas de mortero, cajas de municiones y fusiles, se movían con increíble agilidad. La mayoría llevaban un taparrabos por toda indumentaria, otros vestían pantalones de cuero. Todos llevaban el torso desnudo y su piel tenía un acusado color cobrizo. Los diez kilómetros de atmósfera

interpuestos entre la tierra y la lente de aumento velaban ligeramente la imagen de la pantalla; en modo alguno era posible obtener mayor nitidez.

—¡Ahí los tenemos! —exclamó Marek Aznar excitado—. ¡Son los monos!

—Querrás decir hombres —corrigió Tuanko.

Corriendo como gamos ladera abajo los hombres rojos alcanzaron un grupo de caballos que les esperaba junto a unos arbustos. Rápidamente empezaron a cargar los morteros y las cajas de municiones en los caballos. Eran caballos unicornios, animales más grandes que el caballo terrícola y de mayor potencia.

—Deberían abandonar su material y salir al galope con sus caballos —dijo la brigadier Altair Newell—. Si no se dispersan antes que lleguen las aeronaves les van a cazar como conejos.

—Todavía disponen de dos horas y media para poner tierra por medio —dijo Tuanko Aznar consultando su reloj de pulsera.

Marek se mostró disconforme con esta apreciación. Las aeronaves llegarían mucho antes si ponían en marcha sus reactores. Los katumes utilizaban dos tipos de aeronaves. Ambas eran idénticas en diseño y tamaño. La única diferencia estaba en que mientras el tipo comercial sólo utilizaba la propulsión a hélice, el modelo militar combinaba la propulsión a hélice con el estratorreactor.

El estratorreactor, también conocido en la antigüedad por “tubo de estufa”, se diferenciaba del reactor en que carecía de piezas móviles, era de una sencillez de construcción maravillosa y desarrollaba una potencia muy superior. Mientras que el reactor convencional necesitaba un compresor de paletas para meter el aire en la cámara de combustión, el estratorreactor no necesitaba nada. Sólo precisaba que otro tipo de motor lanzara a la aeronave a más de cuatrocientos kilómetros por hora. A esta velocidad el aire que entraba por la parte anterior del tubo se comprimía en una angostura. A continuación se mezclaba con la gasolina y la expansión del aire caliente impulsaba por reacción a la aeronave. En teoría no había límite para el estratorreactor, una vez en marcha parecía un caballo desbocado; mayor potencia = mayor velocidad = mayor potencia = mayor velocidad, y así en un ciclo ininterrumpido. En la práctica se presentaban una serie de

fenómenos dinámicos que ponían un techo a la fenomenal potencia de este monstruo rugidor.

—Si ponen en marcha sus reactores pueden presentarse en cualquier momento —advirtió Marek.

El contralmirante preguntó al oficial de información si seguían manteniendo contacto con la flota de aeronaves que dejaron atrás.

—Han debido cambiar de velocidad —dijo el oficial después de consultar sus instrumentos—. Contacto radar a mil cien kilómetros.

Tuanko y Marek intercambiaron una mirada; de sorpresa en el contralmirante, de resignación en el tapo. Los guerrilleros disponían de sólo media hora para alejarse. Los piel roja lo sabían y se apresuraban en su retirada.

—No les pierda de vista —indicó Tuanko al sargento controlador a cuyo cargo estaba el telescopio.

Los guerrilleros se retiraban llevando consigo su material, galopando a campo través por el desierto. Cada grupo y cada solitario jinete iban dejando tras los cascos de sus monturas una nubecilla de polvo. Este polvo delator hacía sumamente fácil el seguirles desde el aire. Las aeronaves katumes no encontrarían muchas dificultades para darles caza con sus ametralladoras. La única ventaja de los piel roja, si es que podía considerarse una ventaja, era que al dispersarse mucho sólo podían ser cazados uno a uno. Pero incluso así los katumes podían causarles muchas bajas.

—Están locos —murmuró la brigadier Newell—. Ya fue una hazaña que pudieran sorprender al campamento en este terreno y a plena luz del día. De todos modos lo conseguido no está en relación con el esfuerzo que realizaron. Demasiado elevado el precio por colocar unas cuantas bombas en unas instalaciones que los saurios no tardarán en reparar.

—Cuando se lucha a la desesperada no se cuenta el esfuerzo ni las vidas —respondió Marek con pupilas brillantes—. Así peleábamos en Maquetania.

—Son gente valiente, de eso no cabe duda —admitió la brigadier—. Merecen que alguien les eche una mano.

—No podemos hacer nada por ellos —dijo Tuanko.

Marek protestó con apasionamiento:

—Poder, sí podemos. Eres tú, con tu maldita política de no intervención quien se niega a hacerlo.

—¿Quieres que derribemos esas aeronaves con toda la tropa que traen a bordo? Dime, ¿qué derecho nos asiste a matar trescientos o cuatrocientos saurios para salvar doscientos monos?

—No son monos, sino hombres, recuérdalo. Hombres; es decir, seres humanos como nosotros.

—¿Acaso no son humanos los saurios, aunque pertenezcan a otra especie zoológica? ¿O es solamente el aspecto físico lo que hace que unos seamos humanos y los otros animales?

Marek agitó sus manos.

—¡Está bien! Está bien, no es necesario que derribemos sus aeronaves. ¿Es que no tenemos otros medios para ayudar a esos pobres infelices?

—Indícame uno —desafió Tuanko.

—Cubrámosles con una gran cortina de humo. Es fácil hacerlo... si es que tenemos botes de humo a bordo.

Tuanko Aznar estudió en silencio la proposición de Marek, recriminándose por no habérsele ocurrido a él. Aun siendo un medio elemental de defensa, todavía se utilizaba a veces el humo químico, especialmente en las operaciones de desembarco para ocultar a las cápsulas portadoras de las Karendón T mientras materializaban a las tropas en suelo enemigo. Asintió.

—Lo haremos, tenemos botes de humo. Lo malo será cuando lleguen los katumes y nos encuentren en plena faena. ¿Qué van a pensar?

—¿Y qué demonios nos importa lo que piensen?

—Nos atacarán si para entonces todavía estamos aquí.

—Su arma más eficaz son los Rayos Zeta, que no pueden causarnos daño. Si nos atacan podemos darles un toque de aviso con unos cuantos disparos de “luz sólida”... ¡demonios, Tuanko! —exclamó el tapo exasperado—. ¿A qué viene tanto remilgo? ¿O temes que todo esto acarree alguna complicación diplomática entre los katumes y nuestro gobierno?

El contralmirante se sonrió de las palabras de su sobrino.

Marek tenía razón. Difícilmente podría producirse un incidente diplomático entre los katumes y la República de Valera por lo que él hiciera, sobre todo teniendo en cuenta que no existían relaciones de ningún tipo, ni los katumes podían ir a reclamar, prisioneros como eran de su propio planeta. Sus decisiones mientras estuvo al

frente de la expedición serían analizadas más tarde y tal vez criticadas. ¿Pero quién tomaría a mal que ayudara a los “monos” de Guandú, que eran, al fin y al cabo, hombres como los valeranos? ¿No sería mil veces más censurable permitir que los pobres “monos” fueran aniquilados en su presencia, sin que él alzara una mano en su defensa?

Pensó en su abuelo, el Almirante Mayor, y en lo que diría cuando supiera lo que hizo. “¡Al diablo el Almirante, ahora estamos en el hiperplaneta y yo tomo mis propias decisiones!” —se dijo.

Fue como sacudirse un gran peso de encima, sentir que se liberaba de una grave preocupación.

Tomada la decisión había que actuar rápidamente, pues las aeronaves katumes se acercaban muy aprisa y quedaba poco tiempo.

Lo primero que hizo el contralmirante fue interesarse por la velocidad y dirección del viento a nivel del suelo. Se le informó que la velocidad era de 15 kilómetros por hora aproximadamente, soplando de cara a los guerrilleros que huían a la desbandada.

—Lanzaremos a tres mil metros de altura —dijo Tuanko tras un rápido cálculo mental—. Los botes descienden a cinco metros y medio por segundo y tardarán nueve minutos en llegar a tierra, recorriendo dos mil doscientos sesenta y nueve metros. A tres mil metros de altura y moviéndose en un ligero zig-zag, el viento esparcirá los paracaídas de modo que cubran una buena extensión. Toquen a zafarrancho.

Obedeciendo a las órdenes del contralmirante, el “Coimbra” empezó a perder altura mientras se movía lentamente alejándose del campamento. A unos diez kilómetros se detuvo a espera de los acontecimientos, mientras en la bodega la tripulación disponía los grandes botes de humo para lanzarlos por la escotilla. En la cámara de derrota el oficial de información permanecía atento a las marcaciones de la pantalla de radar.

Veinte minutos más tarde la flota de aeronaves se encontraba a sólo cincuenta kilómetros de distancia, reduciendo la velocidad al acercarse al campamento.

—Lancen los botes de humo —ordenó la comandante Izquiaola.

En la bodega del “Coimbra” los cilindros de cristal empezaron a rodar por una rampa cayendo al vacío por una trampilla

rectangular.

Cada bote abrió un pequeño paracaídas que el viento hinchó y arrastró lejos de la aeronave.

Casi nueve minutos tardaron en llegar al suelo los primeros botes. Éstos llevaban un sencillo sistema de relojería para abrirse en un tiempo previamente calculado. Algunos empezaron a echar humo incluso antes de tocar tierra.

La caída de los cilindros colgando de un paracaídas provocó el recelo de los jinetes rojos, quienes trataron de evitarlos llevando sus monturas lo más lejos posible de ellos.

Los primeros botes de humo acababan de llegar al suelo cuando las aeronaves katumes se detuvieron a dos mil metros de altura sobre la vertical del campamento, en una actitud tal como si quisieran hacer una composición del lugar antes de actuar. En la cámara de derrota del crucero sideral “Coimbra”, el contralmirante Tuanko permanecía atento a una de las grandes pantallas murales de televisión enfocada sobre las aeronaves katumes.

—¿Nos habrán visto? —preguntó Alejandro Aznar.

—Tienen que habernos visto, o al menos nos detectan en sus pantallas de radar —respondió Tuanko.

—¿Por qué no atacan? —preguntó a su vez Marek.

—Están indecisos. Saben que estamos aquí pero ignoran nuestra identidad. Los “monos” no tienen aeronaves, luego no pueden sospechar que nosotros les estemos ayudando a escapar. Supongo que en este momento están tratando de comunicarse con nosotros por radio. Al final se acercarán a ver quienes somos... ¡eh!

La exclamación de Tuanko Aznar era arrancada por un dardo plateado que en este instante cruzaba el espacio y se clavaba en una de las aeronaves.

—¡Rayos Zeta! —exclamó Marek Aznar.

El resto sucedió con rapidez eléctrica. La aeronave katume se desintegró en una explosión que dispersaba planchas metálicas y motores en todas direcciones. Pero inmediatamente a ésta seguía una segunda explosión. Una bola de fuego brilló con una intensa luz verde-azulada que barrió las pantallas de televisión y llenó la cámara de derrota del “Coimbra” arrebatando el color de los rostros expectantes de todos cuantos se encontraban en ella. ¡Una deflagración nuclear! El rayo que había desintegrado la estructura

de acero de la aeronave katume había provocado simultáneamente la explosión del reactor nuclear a bordo de la misma.

La brillante luz verde-azulada chisporroteó unos segundos, y ya parecía que iba a apagarse cuando se reavivó de nuevo llenando las pantallas.

En la cámara de derrota todos permanecieron en silencio hasta que el color volvió a las pantallas. Entonces vieron una enorme nube que parecía hervir en su base y se elevaba rápidamente adoptando la forma característica del hongo radiactivo. En la base de esta gigantesca nube ardían la refinería de petróleo, la planta térmica y los restos del campamento. Todo había sido aniquilado.

## CAPÍTULO V

**E**l origen de esta corriente de aire se debía a la explosión nuclear que había originado el desmoronamiento de la aeronave. El humo y el polvo a gran altura. En el desierto esta corriente se movía con la velocidad de un huracán, arrancando arbustos, levantando los guijarros menudos, derribando a los jinetes y haciendo relinchar asustados a los caballos unicornios.

En un minuto todo el desierto, en cuanto alcanzaba la vista, desapareció bajo la tormenta de polvo.

Zarandeado rudamente por el viento, el “Coimbra” viró sobre sí mismo mientras, en la cámara de derrota, los hombres se miraban unos a otros con estupor.

—¡Por Cristo! —exclamó el profesor Valera—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—¡Fue un impacto de Rayos Zeta en una de las aeronaves, yo lo vi! —exclamó Marek excitado.

Otros lo habían alcanzado a ver también. En toda la cámara se levantó un fuerte murmullo de comentarios. La explosión del reactor nuclear de la primera aeronave katume debió desbaratar a las otras aeronaves y provocar a su vez la explosión de los reactores de éstas. La técnica nuclear de los katumes andaba todavía bastante atrasada, haciendo sus reactores inestables y poco seguros. En la catástrofe, sin embargo, el agente provocador era extraño a las aeronaves. Un disparo de Rayos Zeta fue el causante del desastre. ¿Fue un error involuntario de alguien que estaba al cuidado del proyector de rayos? ¿Un acto de sabotaje? ¿Trajeron los “monos” el proyector para asestar este golpe mortal al campamento?

Todas estas preguntas estaban en la mente del contralmirante Tuanko, quien trató de ordenarlas.

—Vosotros que estuvisteis con los katumes —dijo dirigiéndose a Marek—. ¿Os parece razonable que trajeran hasta un lugar tan

apartado una batería de Rayos Zeta?

—Yo digo que no —respondió Marek rotundamente—. Hace muy poco que los katumes inventaron los rayos desintegradores de metales. A nivel de su tecnología los Rayos Zeta son un arma mortal, decisiva, que los katumes guardan en el mayor secreto, por cuanto supone de superioridad sobre el resto de las naciones. Casi me atrevería a asegurar que ni siquiera sus aeronaves destacadas en Guandú llevan esa arma. ¿Iban a traerla a este remoto lugar? ¿Para emplearla contra unas bandas de pobres y desarrapados “monos”? No parece razonable, no lo es.

—Pues esa arma está aquí, sea en manos de los katumes o en las de los “monos”. Ahora bien, ¿de dónde podrían obtener un proyector de Rayos Zeta los pieles roja? ¿Se puede comprar en este país la última y más sofisticada arma de los katumes? ¿Un arma que todavía es secreta para el resto de las naciones?

—Esa es una pregunta difícil de contestar. Aunque yo diría, por lo que conozco de los katumes, que si hay bastante oro para pagar un arma secreta siempre habrá alguien que la extraiga del arsenal para venderla a quien sea. Y si no es así que me desmienta Fidel, que les conoce más a fondo que yo.

—¿Qué dices tú, viejo? —preguntó Tuanko dirigiéndose al silencioso bartpurano.

—Lamentablemente puede ocurrir —dijo Fidel Aznar moviendo su gran cabeza rapada—. En un sistema donde el dinero puede colmar todas las ambiciones, hasta las lealtades tienen su precio. No es necesario ir a buscar entre los altos mandos de las Fuerzas Armadas katumes. Un general suele estar bien pagado, precisamente para que no caiga en la trampa de las tentaciones. Cualquier oficial de un arsenal podría sentirse tentado ante una oferta elevada y sustraer incluso un proyector de Rayos Zeta si se le paga su peso en oro.

—Y los hombres rojos de Guandú tienen oro, ¿no es eso? Hay oro en abundancia en el desierto, bastante oro para colmar las ambiciones de todos los mercaderes del mundo. Por lo tanto pueden haber comprado un proyector de Rayos Zeta —murmuró Tuanko mirando a las pantallas murales.

La tormenta de arena continuaba barriendo el desierto y la columna de humo y polvo crecía y crecía escalando las alturas del

cielo.

—¡Buena se la han jugado esos salvajes a los saurios! —exclamó la brigadier Newell.

—Y nosotros, ¡inocentes!, pensando que estaban en apuros y sólo podrían salvarse si les echábamos una cortina de humo —dijo Marek burlándose de las preocupaciones expresadas no hacía mucho por la guapa brigadier—. Esos “monos” son unos tunantes, atacaron el campamento y dispusieron el escenario para que los katumes cayeran en la trampa. ¿Qué por qué lo digo? Ya ven, ellos tenían su proyector de Rayos Zeta allí abajo, pero no lo utilizaron contra los carros de combate, ni tampoco contra nuestra aeronave. ¡No! Ellos esperaban una presa más sustanciosa. Y la presa llegó y la trampa se cerró. ¡Seis aeronaves destruidas de un solo golpe! Y de paso borrarón del mapa el poblado, la fortaleza, la refinería de petróleo y la planta eléctrica.

En este momento el operador de radio anunciaba estar recibiendo un mensaje del crucero “Tobruk”. El contralmirante se acercó a la consola donde el teletipo martilleaba rápidamente y leyó directamente en el papel sobre el hombro del sargento. El comandante del “Tobruk” era el capitán de fragata Der Aigor, de raza tapo, que había sido comandante de Marek en los duros días de la resistencia en Maquetania, y posteriormente se distinguió en el ataque contra el autoplaneta “thorbod” ARGOS en las proximidades de la Tierra<sup>[1]</sup>.

Aigor comunicaba que después de haber volado 2.500 kilómetros sobre el río estaba sobre una ciudad situada en un fértil valle junto a un afluente del Río Rojo. La ciudad y los campos de cultivo estaban desiertos, pero por su estado de conservación parecía deducirse que no hacía mucho que fueron abandonados.

Tuanko arrancó el papel y se lo mostró a Fidel Aznar.

—Mi opinión es que debemos ir a reunirnos con Aigor —dijo el bartpurano—. Aun abandonada, la ciudad puede aportarnos datos muy interesantes acerca de los hombres rojos.

—Suponiendo que esa ciudad estuviera habitada por los hombres rojos —apuntó Tuanko.

En un gesto característico suyo, Fidel Aznar se limitó a levantar los hombros. De este modo comprometía a Tuanko a tomar una decisión por su cuenta y riesgo.

—De todos modos no parece que haya mucho que hacer aquí — se dijo Tuanko hablando en voz alta—. Pueden pasar horas hasta que el polvo se asiente y se clarifique la atmósfera, y para entonces sólo Dios sabe donde andarán los pieles roja.

Interrumpido el lanzamiento de botes de humo, ya inútil, el “Coimbra” viró sobre sí mismo y aceleró alejándose de la gran seta radiactiva, siniestro hito que señalaba una de las mayores tragedias sufridas por los katumes en la conquista de Guandú.

La propulsión por motores fotónicos y la aplicación de los campos de fuerza gravitacionales permitían a las aeronaves valeranas aceleraciones fulminantes, del orden de hasta diez kilómetros por segundo, que ninguna máquina ni ser humano habrían sido capaces de soportar en circunstancias normales.

En sólo quince minutos, aplicando una aceleración moderada de diez metros por segundo, el “Coimbra” volaba 3.000 kilómetros y se reunía con el “Tobruk” a siete mil metros de altura sobre un amplio valle surcado por un río de apreciable caudal. A unos dos mil kilómetros de distancia, más allá de una zona de selvas, se levantaba la imponente cordillera que los valeranos estuvieron viendo desde que llegaron a Guandú; una formidable barrera rocosa, algunas de cuyas cumbres se elevaban a 16.000 metros de altura, cubiertas de nieves perpetuas. La cordillera, haciendo de muro receptor de toda la humedad existente en las grandes alturas, daba lugar a numerosos ríos, entre ellos el propio Río Rojo y la mayoría de sus afluentes.

El valle, formando parte de la región sub-desértica, era de clima seco y temperaturas moderadas. La ciudad que descubriera el comandante Aigor aparecía sobre la orilla derecha del río, rodeada de una fértil vega. Por lo que se podía advertir desde el aire, el valle había sido objeto de un cultivo intensivo, lo que era fácil de ver por las cuadrículas que formaban las abandonadas plantaciones. Detrás de la ciudad, ceñido a la ladera, discurría un canal procedente de una represa situada cinco o seis kilómetros río arriba.

La ciudad, que pudo haber albergado cincuenta mil habitantes, era amplia y tenía calles anchas perfectamente empedradas, en ligera pendiente hacia el río. Los edificios eran de una sola planta, con muros de piedra sillar, sin pretensiones arquitectónicas y muy parecidos unos a otros, destacando en la parte alta una acrópolis

con media docena de edificios notables tanto por su tamaño como por su belleza, entre ellos una especie de Partenón o templo rodeado de columnas.

El comandante Aigor había informado que la ciudad estaba desierta. En efecto, podría apreciarse desde el aire las altas hierbas crecidas entre las losas del pavimento de las calles y los caminos que conducían a la ciudad. A pesar de ello, se advertía una blanca columna de humo elevándose en la quieta atmósfera desde algún lugar en las afueras. Aigor no había dado cuenta de este indicio de vida.

—Debe tratarse de una partida de buscadores de oro —informó Aigor a través del videófono—. Llegaron hace media hora con una recua de caballerías.

—¿Saurios o “monos”?

—No pude verlos bien. Estábamos muy lejos.

Fidel Aznar vino acompañado de Valera y Castillo.

—Tuanko, nos gustaría bajar a ver la ciudad —dijo Fidel.

—Ya habéis visto, hay gente allí; “monos” o saurios, no lo sabemos, aunque para el caso da igual. Para unos y otros somos extraños. Tal vez sea mejor esperar a que se vayan.

—Todo lo contrario, debemos desembarcar ahora, antes que escapen. Si fueran hombres rojos ellos nos informarían acerca de todo lo que queremos saber.

—¿Y si son saurios y os reciben a tiros? Esperad al menos a que desembarque un pelotón de soldados y nos informen. No quiero que os expongáis a riesgos inútiles, ya vimos lo que pasó la última vez. ¡Marek!

Marek Aznar acudió a la llamada del contralmirante. Éste le expuso lo que esperaba de él.

—Desembarcarás al mando de un pelotón, rodearéis el campamento de los que están allí y procurarás hacer prisioneros, tanto si se trata de pieles roja como de saurios. Mantén en todo momento el contacto por radio y no dejes de tenernos informados de cuanto ocurra. Y ponte la armadura de vacío; los soldados que aparecerán en la cámara de restitución van equipados con ella y con sus correspondientes dorsales de levitación.

Marek se dirigió a su cabina en busca del equipo de vacío. A continuación bajó hasta la bodega, pero antes pasó por el pañol

para proveerse de un dorsal de levitación (back) y un subfusil convencional.

Semejante a una gran bomba, la cápsula portadora KT estaba dispuesta para el lanzamiento, suspendida sobre una compuerta que se abría en idéntico modo que la trampilla de un avión bombardero. Según el uso a que estuvieran destinadas, las Karendón Traslator diferían en su forma externa, pero su funcionamiento era el mismo. En su primera expedición el “Coimbra” había llevado dos cápsulas “pontón”, muy útiles para llevar a tierra pequeño material de desembarco. Para la segunda incursión en el hiperplaneta el “Coimbra” había traído otras cuatro cápsulas llamadas de “retrocámara”, por llevar la cámara de restitución a continuación de la cabina del piloto, entre ésta y el reactor nuclear que además servía para impulsar la máquina.

Introduciéndose en la cabina por una angosta escotilla circular, de considerable grosor y parecida a la puerta de una vieja cámara de seguridad, Marek ocupó el asiento del piloto y sacó del tablero una clavija telefónica que enchufó a su recia armadura de “diamantina”. Realizadas las operaciones previas al lanzamiento, la más importante de las cuales era la puesta en marcha del reactor nuclear, Marek cerró la escotilla y se anunció dispuesto para el lanzamiento. Ante sí tenía una pantalla panorámica, a través de la cual podía ver las indicaciones que aparecían en un cartel luminoso situado fuera de la cabina.

—¿Preparado, Aguilucho Uno?

—Aguilucho Uno preparado —respondió.

—Empieza el conteo; treinta segundos para el lanzamiento.

En el cartel luminoso apareció la cifra treinta, sustituida inmediatamente por la veintinueve, la veintiocho y así sucesivamente a medida que transcurrían los segundos.

No había emoción alguna en esta operación, ningún riesgo, nada que trascendiera de lo habitual y mil veces repetido. La gran compuerta se abrió bajo la cápsula, dato del que el piloto fue informado simultáneamente a través del teléfono y visualmente, por medio del cartel luminoso que veía en la pantalla de televisión. En el segundo treinta se soltó la cápsula, que arrastrada por su propio peso cayó al vacío. Marek accionó los mandos y la máquina respondió frenando la velocidad inicial de caída.

Antes de descender sobre la ciudad Marek se propuso dar una vuelta de reconocimiento. A dos mil metros de altura abrió el regulador del motor. Impulsada por un chorro de taquiones la cápsula se movió hacia adelante y siguió descendiendo trazando una espiral. A través del auricular interior de su escafandra escuchó la voz del contralmirante:

—¿Ves el humo, Marek?

—Sí, ahora lo veo.

Una delgada columna de humo azul se elevaba en la quieta y caliginosa atmósfera desde la chimenea de un edificio en la parte baja de la ciudad, los visitantes debieron llegar por un camino empedrado, bordeando un canal y una fila de árboles, deteniéndose en la primera casa que hallaron. Junto a la casa Marek vio un cobertizo y un corral cerrado por una baja tapia de ladrillos, cuya puerta abría directamente sobre el camino. Al lado opuesto del camino vio un campo de cultivo abandonado, cubierto de altas hierbas. Marek decidió aterrizar en este lugar.

Mientras viraba para colocarse en posición escuchó a sus espaldas el martilleo de la Karendón confeccionando una cinta perforada. Al cesar el tableteo fue informado por radio:

—“Coimbra” a Aguilucho Uno. Ya tiene el “vetatom” a bordo.

—Me he dado cuenta, gracias. Voy a aterrizar.

Manteniendo la proa enfilada sobre la casa, Marek descendió hasta que sintió el leve golpe del casco contra el suelo. En esta posición estabilizó el reostato y accionó el botón que ponía en marcha la Karendón. Un poderoso zumbido indicó que la máquina se cargaba para disparar las partículas que restituirían la materia en el inferior de la cámara. En efecto, el zumbido bajó de tono y a continuación escuchó el amortiguado latigazo de la descarga eléctrica.

En la cámara de la Karendón, veinticinco hombres perfectamente armados, equipados con armadura de “diamantina” y dorsal de levitación, debían estar preguntándose donde demonios se encontraban.

Desmaterializados en el autoplaneta Valera, estos hombres no existían mientras el “Coimbra” viajaba, ni cuando convertido en una nube de partículas atravesaba la pared del hiperplaneta, ni el resto del tiempo hasta este momento. Aniquilados por la máquina

Karendón, desmontados molécula a molécula, eran seres completamente nuevos, reconstruidos átomo a átomo según la fórmula expresada en un código de perforaciones sobre una simple tira metálica. Nuevos pero idénticos, tan iguales a sí mismos, que al ser restituidos llevaban consigo incluso los recuerdos del hombre destruido.

Sobreimpresa sobre la imagen de la pantalla de televisión apareció ante los ojos de Marek una lista encabezada por el sargento que mandaba el grupo, pero no esperó a leerla hasta el final; era demasiado larga para memorizarla en una sola lectura. Pulsó el botón de apertura, tomó la metralleta y se dirigió a la escotilla.

Al saltar a tierra vio que ya estaban abiertas las puertas de la cámara de restitución, una a cada lado del cilindro. El primer hombre en aparecer por la puerta llevaba escrito un nombre sobre el peto de su armadura de “diamantina” azul; “Sarg. N. Origo”. Saltó el sargento, y tras él aparecieron otros hombres empuñando sus “metralletas”, mirando recelosamente a un lado y otro.

Las hierbas eran tan altas que llegaban hasta el pecho de Marek. Éste miró entre los árboles en dirección a la ciudad, pero todo parecía tranquilo. Utilizó su radio para dirigirse a la tropa antes que cundiera el desconcierto.

—Por favor, guarden silencio y escuchen. Soy el comandante Aznar. Nos encontramos en el interior del hiperplaneta, en un lugar del desierto de Guandú. Miren a su alrededor, allí tras los árboles verán una ciudad. La ciudad está deshabitada, salvo un pequeño grupo de siete u ocho tipos que llegaron con sus caballos hace como una hora. Como ustedes deben saber el hiperplaneta está habitado por una raza de saurios inteligentes en forma de antropoides. Esto lo averiguamos en el primer viaje que el contralmirante Aznar hizo al hiperplaneta, ahora sabemos que además de saurios hay hombres; es decir, seres humanos como nosotros a los que hemos dado en llamar “rojos” por el color de su piel. No sabemos nada acerca de los hombres rojos. Nuestra misión es rodear el grupo de individuos que llegaron a la ciudad y hacerles prisioneros. No sabemos si se trata de saurios o pieles roja, pero les apresaremos sean quienes sean para obtener información, bien entendido que les queremos vivos.

—¿Y si no podemos cogerles vivos? —preguntó una voz a través de la radio.

—Podemos y debemos cogerles vivos —replicó Marek—. Probablemente estarán armados. Su armamento habitual consiste en fusiles y pistolas convencionales, cuyos proyectiles no pueden atravesar nuestras armaduras. Se supone que esta es una operación sencilla, que debemos realizar sin dificultades y sin derramamiento de sangre. Digan si tienen alguna duda más.

Sólo un hombre levantó una mano, el sargento.

—Soy el sargento Origo. Dígame, comandante; si no podemos disparar nuestras armas, ¿cómo podremos conminarles para que se rindan?

—No digo que no puedan disparar sus armas. Pueden tirar por encima de sus cabezas, a sus pies si echan a correr, sólo para asustarles. En último extremo les superamos en número, podemos capturarles con nuestras manos. Debí haber traído conmigo sprays narcotizantes, no se me ocurrió, lo siento.

—No se preocupe, comandante. Trataremos de cogerles de todos modos —dijo Origo.

Desplegaron por el campo, avanzando agazapados entre las altas hierbas hasta el canal contiguo al camino, donde se detuvieron. Murmuraba el agua en el canal de riego y se escuchaba el zumbido de algunos insectos. Lejos piaba un pájaro, pero salvo estos ruidos todo era silencio. El sol, desde el cenit, dejaba caer sus perpendiculares rayos sobre las cabezas y los hombros de la tropa, haciendo subir la temperatura en el interior de las escafandras. Marek señaló a Origo la delgada columna de humo.

—¿Qué pasará si me elevo con una docena de hombres y volamos por encima de la casa hasta el otro lado? —preguntó el sargento.

—No puede pasar nada, excepto que les descubran. Vuelen a baja altura dando un pequeño rodeo y así no les verán. Yo avanzaré por el camino con el resto del pelotón —respondió Marek.

Llamó Origo por sus nombres a los que debían acompañarle. Todo el grupo se elevó con sus “backs”, pasó por encima de la copa de los árboles y voló dando un rodeo para evitar el tejado de cuya chimenea salía el humo.

Saltando sobre el canal de riego Marek cruzó el camino hasta la

fila de árboles. Luego, siguiendo la sombra de éstos, avanzó casi hasta la misma casa. La casa tenía dos ventanas sobre el camino, ventanas sin puertas ni marco, detalle en el que Marek no había reparado. Si alguien se hubiera asomado a cualquiera de las ventanas, por fuerza habría tenido que descubrir la cápsula cuando ésta estaba aterrizando.

Algunas voces dentro de la casa indicaban que sus habitantes se encontraban confiados.

—Sígame —dijo Marek por radio.

Abandonando los árboles trepó a la carrera un pequeño talud hasta el muro de la casa. Envío seis hombres para que deslizándose por debajo de las ventanas alcanzaran la esquina y penetraran en el corral por la puerta recayente a la calle. Los soldados pasaron a gatas bajo las ventanas, llegaron a la esquina y la doblaron perdiéndose de vista. Poco después uno de ellos comunicaba por radio:

—Estamos en la entrada del corral. No hay puerta.

—Bien, entren y esperen. Yo voy a hacerlo por las ventanas, los tipos echarán a correr hacia el corral y caerán en sus manos. ¿Dónde está el sargento?

El sargento comunicó que estaba sobre el tejado de la casa inmediata, también sobre el corral.

—Veo siete caballos amarrados al pesebre en el porche.

—Quédese donde está, preparado para caer sobre estos tipos. No pueden escapar —indicó Marek.

A continuación envió tres hombres hasta la segunda ventana. Cuando los soldados ya estaban agazapados bajo la ventana ordenó:

—¡Al asalto!

Se puso en pie, apoyó sus manos sobre el repecho y se impulsó saltando limpiamente dentro de la casa. El cristal polarizado de su escafandra se acomodaba a la luz ambiente haciéndose claro u oscuro, según el caso. A Marek le pareció que tardaba mucho en aclararse el cristal hasta que vio dos hombres que estaban de cuclillas ante la chimenea. Otros tres estaban tendidos en el suelo cerca de la pared, al parecer durmiendo. Eran hombres rojos, con largas pelambreras rubias, el desnudo torso de un fuerte color bronceado.

Los hombres volvieron la cabeza y al mismo tiempo saltaron en

pie. La vivacidad de sus movimientos evidenciaba una larga práctica en el ejercicio de sus sentidos; fino oído, vista aguda y mano rápida. Los dos estaban armados, la pistola colgando del cinturón en una funda sin tapa, a una altura adecuada para extraerla de un solo y rápido movimiento, como los legendarios “gun-man” del remoto y salvaje Oeste americano.

En efecto, los dos fueron muy ágiles empuñando sus respectivas pistolas, lo cual hicieron al mismo tiempo que proferían un grito espeluznante, capaz de despertar a un muerto. Los tres hombres que dormían pegaron un brinco y echaron mano de sus armas, que tenían cerca arrimadas contra la pared. Simultáneamente sonaron los disparos.

La primera bala golpeó a Marek en el pecho y rebotó sobre la dura “diamantina”. La segunda, más certera todavía, resbaló sobre el frente de cristal de la escafandra. El segundo piel-roja hizo varios disparos rápidos contra los soldados que estaban entrando por la otra ventana. Mientras tanto los restantes piel-roja habían alcanzado sus armas y se incorporaban disparando.

Los soldados cayeron sobre ellos y se entabló un breve y duro forcejeo entre gritos, golpes y disparos a quemarropa. Las armaduras rechazaban las balas y los golpes, pero a cambio de una total protección los soldados estaban en desventaja, pues los salvajes eran mucho más ágiles y seguramente habrían ganado en rapidez a sus contrincantes incluso si estos no hubiesen llevado las armaduras que tanto entorpecían sus movimientos.

Sólo uno de los piel-roja quedó en manos de los valeranos, mientras el resto escapaba por la puerta del corral.

—¡Atentos los del corral, allá van! —advirtió Marek por la radio.

En efecto, al irrumpir en el corral los cuatro salvajes se vieron ante los seis soldados vestidos de vidrio que cubrían la salida y la baja tapia de ladrillo. Los soldados dispararon sus “metralletas” al aire para amedrentarles, pero los piel-roja no se detuvieron. Echaron a correr hacia la tapia. En este momento entraba en acción el grupo de Origo que estaba sobre el tejado. Los soldados saltaron al vacío y literalmente volaron hasta caer sobre las espaldas de los hombres rojos.

Ni uno solo de los piel-roja logró escapar. Abrumados por el peso del número lucharon repartiendo patadas y puñetazos,

aullando como demonios mientras tuvieron aliento. Sólo después de un largo forcejeo pudieron ser reducidos. Los soldados les ataron con sus mismos cinturones.

—No les lastiméis —dijo Marek a cuatro soldados que estaban sentados sobre la espalda y los riñones de uno de los salvajes.

Pensó que si los piel-roja conocieran su identidad se tranquilizarían. Los hombres rojos debían creerse capturados por los saurios, lo que justificaría su indomable propósito de no rendirse.

Los soldados habían amarrado a uno de los salvajes a un poste del porche y Marek se acercó sacándose la escafandra. La rubia cabeza del tapo surgió de la esfera de vidrio azul y su efecto fue instantáneo sobre el prisionero. Éste, un individuo joven, de larga pelambrera rubia, le miraba con ojos desorbitados por el asombro. Utilizando sus facultades telepáticas Marek investigó en la mente del piel-roja para conocer sus pensamientos.

“No son saurios y tampoco guandúes... En realidad son idénticos a nosotros. ¿Por qué nos atacan?”

Marek le habló en voz alta, aunque dirigiéndose a él simultáneamente con la mente:

—No temáis nada, no vamos a causaros daño. Somos vuestros amigos. Díselo a tus compañeros, somos hombres como vosotros.

—¡Hablas nuestra lengua! —exclamó el salvaje.

Marek abrió ahora sus ojos fijándolos en el salvaje. ¡El hombre hablaba en castellano!

## CAPÍTULO VI

**E**radados sí de pronto se valieron desordenando humedades en los hiperplaneta hablando castellano!

—Debimos habérmolo figurado —decía el profesor Gerardo Castillo sacudiendo la cabeza, como enojado consigo mismo—. El hiperplaneta nunca ha generado por sí mismo otra vida inteligente que la de los saurios. El origen de los hombres rojos debemos buscarlo en la Tierra, son terrícolas.

—¿Terrícolas de qué época? —preguntó Tuanko Aznar.

—La llegada de astronautas terrícolas al hiperplaneta debió producirse en un pasado remoto, hace tal vez un millón de años. Recordemos que después de expulsar a los “sadritas” de la Tierra, contaminada ésta de radioactividad, el autoplaneta Valera dejó parte de su Flota y una numerosa guarnición en Ganímedes. Después de aquella campaña contra los “sadritas” el autoplaneta probó por primera vez la teoría del vuelo en el sub-espacio a mayor velocidad que la luz. Valera cruzó el hiperespacio, llegó hasta el anti-Universo, conoció el mundo anti-materia y regresó a Atolón. A su regreso había transcurrido un millón de años, el mismo que en la Tierra. Pero mientras la civilización atolonita se había extinguido, en la Tierra sobrevivía una Humanidad corrupta y decadente. ¿Qué habían hecho los terrícolas durante todo este tiempo? Rehabilitaron su planeta y alcanzaron un alto grado de bienestar. Durante los primeros milenios, antes de que se iniciara su declive, realizaron obras fabulosas. También experimentaron el vuelo en el sub-espacio y lanzaron sus grandes astronaves en todas direcciones explorando el Universo. Debió ser por ese tiempo cuando los astronautas terrícolas llegaron hasta el hiperplaneta, dejándonos testimonio de su presencia en esos descendientes suyos en quienes perpetuaron nuestra lengua. Lo siento por Fidel —agrego el profesor Castillo

cáusticamente—. No fueron sus antepasados los bartpuranos quienes descubrieron este planeta, sino los nuestros.

Fidel Aznar soportó estoicamente tanto la sonrisa burlona de Castillo como la mirada de Nuria Ross, Mario Valera, Alejandro Aznar y Paulina Elorza. Se encontraban reunidos en la cámara de la Karendón Traslator, esperando la llegada de Marek con los prisioneros.

En este momento la máquina anunciaba con un zumbido estar preparada para integrar a los viajeros, lo cual hizo disparando en un relámpago los componentes moleculares que restituían a los hombres a su condición física.

El primero en salir de la cámara fue Marek Aznar, seguido de los cinco piel-roja, todavía con las manos atadas a la espalda. Los salvajes miraron recelosamente a su alrededor.

Excepto uno de los prisioneros, que tenía el cabello castaño, los cuatro restantes eran rubios de ojos claros. Se observaba que el individuo moreno tenía la piel más oscura que sus compañeros, de lo que parecía deducirse que la coloración rojiza de los otros cuatro era más producto de la acción solar que del pigmento de la piel.

—Estupendos ejemplares —observó Gerardo Castillo, antropólogo y arqueólogo de la expedición—. ¿Qué haremos con ellos?

—Interrogarles, naturalmente —dijo Mario Valera. Se acercó a uno de los salvajes y le sonrió amistosamente—. Soy Mario Valera. ¿Cómo te llamas? ¿No quieres decírmelo?

El hombre, desconfiado, no respondió.

—¿Tienes miedo, eh? No debes temer de nosotros, somos vuestros amigos —aseguró el profesor.

—Puede que ellos no lo vean de ese modo —apuntó Nuria Ross, sociólogo y psicólogo de la expedición—. ¿Por qué les llevan atados?

—Tuvimos que atarles para reducirles y hacerles entrar en la cápsula —se disculpó Marek Aznar—. Son fuertes y ágiles como gatos, y desconfían de nuestra divinidad.

—¿Cuál divinidad?

—En un principio nos tomaron por dioses. Ahora empiezan a ponerlo en duda, especialmente desde que dije que mi nombre era simplemente Marek.

—¡No es posible! —Nuria Ross esbozó una sonrisa incrédula.

—¿No me crees? Pregúntales, sus dioses tienen nuestro mismo aspecto y moran en una gran montaña llamada el Olimpo.

—Estás bromeando.

—¡No!

Los científicos se miraron unos a otros entre sorprendidos y regocijados. Solamente Fidel Aznar conservaba su seriedad habitual. Acercándose de pronto al indígena interrogado por Mario Valera le apuntó con el dedo y dijo suavemente:

—¿Por qué no quieres decirlo? Tú eres Marto, hijo de Bruno Marto. ¿Lo eres?

La expresión del salvaje se transfiguró.

—¿Conoces a mi padre, señor? Él fue senador de Lutinia. Soy Marto, ¿cómo lo has adivinado?

—Leo en tu pensamiento.

—¡Entonces eres uno de ellos, señor! ¿Quién eres?

—¿Quién crees que soy?

—No puedo adivinarlo, señor. ¡Sois tantos!

—¿Cuántos dioses conoces?

—Conozco vuestros nombres: Brentana, Austín, Flavio, Mikerino, Marcos, Eslava, Vázquez, Gil, Ayala y Lorenzo. También están los hijos de los dioses: Luna, Tetis, Rea, Vesta, Afritrite...

—No soy ninguno de ellos, me llamo Fidel. Y tenéis motivos para desconfiar de nuestra divinidad, puesto que no somos dioses.

Marto expresó su desencanto con una mueca elocuente.

—¡Hombre, Fidel, tampoco tenías por qué negarlo tan rotundamente! —exclamó disgustado el profesor Castillo—. Hubiera bastado dejar en ellos la sombra de una duda. Al menos suponiéndonos dioses los habríamos tenido de nuestra parte.

Haciendo caso omiso de la queja de Castillo, el bartpurano se dirigió a la media docena de soldados que habían venido escoltando a los prisioneros.

—Quítenles las ligaduras.

Los cinco guandúas fueron desatados. Mientras se ponían los cinturones que habían servido para maniatarles, el profesor Valera observaba:

—¿Se han dado cuenta de que sus dioses tienen nombres castellanos? Al menos fueron honrados en eso. No se titularon Zeus,

ni Cronos ni otro nombre rimbombante de la antigua mitología.

—Necesito un lugar tranquilo donde pueda interrogarles —dijo Fidel, quien observó—: Están muy excitados, todo es demasiado nuevo para ellos. Me veré obligado a dormirles.

—¿Por qué no les interrogamos en la máquina “psí”? Es lo más rápido y efectivo —sugirió Castillo.

—Yo lo haré a mi manera —respondió Fidel Aznar.

Desentendiéndose del asunto, el contralmirante Tuanko abandonó la cabina de la Traslator para regresar a la cámara de derrota. El resto de la tropa que había acompañado a Marek había sido desmaterializada en la Traslator que todavía se encontraba en tierra. A fin de no tener demasiada gente desocupada moviéndose por el buque, Tuanko dejó a los soldados desmaterializados e hizo regresar a la cápsula dirigida por control remoto.

Con la cápsula KT a bordo, después de comunicar con el crucero “Benarés”, Tuanko decidió aprovechar su forzosa inactividad hasta que Fidel hubiera interrogado a los prisioneros, y se fue a echar una larga siesta.

Al levantarse, descansado y hambriento, Tuanko se afeitó, se cambió de ropa y salió en busca de Fidel y de algún resultado positivo. Se encontró en el pasillo con Paulina Elorza, Castillo y Valera que se dirigían al comedor de oficiales.

—Vamos a comer —dijo el profesor Valera—. Fidel, Alejandro y Nuria terminaron ya con los guandúas y se reunirán con nosotros en el comedor.

Tuanko siguió a los dos hombres y a la mujer hasta el comedor, donde utilizó el teléfono para llamar a Marek, a la brigadier Newell y a la comandante Izquiaola. Los tres invitados llegaron antes que el grupo de Fidel. Este vino seguido de Alejandro Aznar y Nuria Ross. Flotaba en el ambiente cierta expectación por escuchar lo que habían averiguado a través del interrogatorio de los guandúas y todos guardaron silencio.

—Como verán, el resultado es bastante decepcionante —dijo Fidel Aznar—. Los guandúas no saben tanto como nos gustaría que supieran. No se trata de gente culta, sino de hombres del pueblo llano, jóvenes combativos y atolondrados que forman parte de una de esas bandas armadas que habitualmente recorren el desierto, atacando, asesinando y saqueando las caravanas y los pequeños

campamentos de los buscadores de oro saurios.

—Yo no diría que son tan ignorantes —apuntó Alejandro—. Por lo menos saben leer y escribir.

—Querrás decir que apenas saben leer y escribir.

Alejandro Aznar hizo una mueca y Fidel prosiguió:

—La ciudad que está allá abajo se llama Lutinia, abandonada hace aproximadamente quince años. Lutinia registró el mayor fracaso de los saurios en su tentativa por someter y esclavizar a los guandúas. La ciudad fue atacada desde el aire con bombas de gases nerviosos. Diecisiete mil lutinios fueron hechos prisioneros y conducidos por el río hasta Mabasa, desde donde fueron distribuidos para trabajar en las minas. Salvo unos pocos que lograron escapar con vida, el resto pereció en sus repetidas tentativas por fugarse, bien abatidos a tiros, molidos a palos o negándose a comer hasta morir por inanición. Los que se salvaron del desastre, en su mayoría ancianos y niños, abandonaron la ciudad y fueron a refugiarse en Ventura, un poblado remoto en el mismo borde de la selva.

—¿Averiguasteis algo acerca de su origen? —preguntó el contralmirante.

—Por más que esté claro que descienden de terrícolas, todo es muy confuso a este respecto —dijo Alejandro Aznar—. Los guandúas cifran su mayor orgullo en considerarse hijos de los dioses, lo cual podría ser rigurosamente cierto si los astronautas terrícolas, mezclándose entre sí, hubieran sido los padres de la nación guandú. Pudo haber ocurrido que los terrícolas hallaran en el Guandú una raza de homínidos más evolucionada que los “monos” del resto del planeta, los cuales inseminarían dando lugar a esta nueva raza. Pero eso parece poco probable. Los rasgos observados en los guandúas son de una pureza que no admite objeciones. Más probable parece que después de nacer unas cuantas generaciones, los terrícolas regresaran a su mundo dejando instituidas sus leyes, justificando su ausencia con la leyenda de un pretendido retorno a su morada divina. No deja de ser curiosa la estrecha correlación entre los personajes de la antigua Mitología latina y la de esos seres extraordinarios que la leyenda sitúa en un Olimpo inaccesible. Los nombres de Zeus, de Cronos, de Júpiter y todos los demás, han sido sustituidos por apellidos claramente

terricolas, probablemente los de aquellos que llegaron por primera vez al hiperplaneta. He aquí pues unos dioses con aspecto humano... dioses que tienen sus propias diferencias, sus antagonismos y sus luchas intestinas... que gustan de los placeres y no desdeñan emparejarse con los mortales, dando la paternidad a nuevas generaciones de semi-dioses, sus hijos, los héroes de la gran nación guandú. Los guandúas no pueden haberse inventado esa leyenda.

—O sea, que los tales dioses no existen —apuntó Tuanko, evidentemente decepcionado.

—Existen para los guandúas, forman parte de su vida cotidiana, de sus tradiciones y sus costumbres. En sus trances dolorosos y en sus alegrías, para que la caza sea abundante, para agradecer una buena cosecha, los guandúas se dirigen a sus dioses. De sus dioses recibieron las leyes, el código de conducta moral, la promesa de otra vida después de la muerte. No puede decirse por lo tanto que no existan; están ahí, en todas partes, rigiendo de algún modo la vida de todo un pueblo que cree y confía en ellos.

—Digamos mejor que confiaba —corrigió Fidel Aznar—. Actualmente los guandúas pasan por una crisis de fe. Rogaron a sus dioses para que intercedieran en su favor y arrojaron a los saurios del desierto, pero los dioses no correspondieron a la confianza de su pueblo, no hicieron absolutamente nada. Decepcionados, enojados con los dioses, los guandúas cerraron los templos y salieron a luchar contra el invasor. Esto ocurrió hace aproximadamente quince años, a raíz del ataque contra Lutinia. Pero mucho antes ya había bandas armadas guandúas luchando contra los saurios, atacando las caravanas y asaltando los campamentos allí donde el número y las condiciones del terreno eran favorables. De sus razzias los guandúas aprendieron la ventaja de poseer armas de fuego, y de las armas hicieron un instrumento, una herramienta de trabajo que les proporcionaba un botín fácil y sustancioso; alimentos, ropas, caballos y más armas y municiones para ampliar el radio de acción de sus correrías. Es decir, la guerra que comenzó como un rechazo legítimo de los invasores, se ha convertido en un medio para millares de guandúas dedicados de lleno al asesinato y el pillaje.

La brigadier Altair Newell miró sorprendida al bartpurano y dijo:

—Parece que reprueba usted la conducta de los guandúas, doctor Aznar.

—En mi código moral, la violencia siempre es responsable, cualquiera que sea la forma en que se presente —respondió Fidel.

—Sin embargo, si esa pobre gente es atacada, expoliada y esclavizada, ¿qué otra respuesta cabe, si no es la resistencia armada? Los guandúas no tienen aeronaves, ni artillería atómica ni un ejército regular para enfrentarse a los saurios en igualdad de condiciones. Luchan a su manera, es decir, de la única forma que pueden, y no veo que haya nada ilícito en su particular manera de hacer la guerra.

Fidel Aznar, pacifista irreductible, eludió entrar en discusión con la guapa y temperamental general brigadier, limitándose a levantar los hombros y guardar silencio.

—Resumiendo —dijo Tuanko—. Después de interrogar a los guandúas no sabemos mucho más que antes de capturarles. ¿Qué sugieren que hagamos?

—Proseguir las investigaciones, naturalmente —dijo Alejandro Aznar—. Los prisioneros nos conducirán hasta Ventura. Éste es actualmente el último reducto de los guandúas, aunque hay otras ciudades. Los guandúas no tienen un concepto muy claro de su nacionalidad. El país es inmenso y está proporcionalmente poco poblado. Ningún guandúa ha recorrido jamás todo el territorio, cosa que está fuera de las posibilidades de sus primitivos medios de locomoción. La célula básica de la sociedad guandúa es la familia. El patriarca es el jefe de la tribu, que puede ser nómada o sedentaria, pero que está en todos los casos organizada en una comuna. Las ciudades funcionan como pequeñas repúblicas independientes y suelen estar gobernadas por tribunos, elegidos libre y democráticamente por el pueblo cada cierto tiempo. Las tierras y el ganado pertenecen a la comunidad; los cónsules distribuyen la tarea. El guandúa sólo es propietario de su casa, de su tienda, de su caballo y sus armas cuando las tiene. En general el sistema de comuna está más radicalizado en las ciudades que entre las tribus nómadas, por razones obvias de funcionamiento. Ventura, que acogió a los refugiados de otras ciudades y aldeas, ha visto aumentada su población en más de veinte veces en los últimos años. Desgraciadamente sus recursos no han crecido en la misma

proporción. Los guandúas están pasando verdadera hambre. La disentería, la falta de viviendas, la escasez de alimentos y la desocupación empuja a los jóvenes al desierto, donde con un arma en la mano hay alguna posibilidad de encontrar comida atacando los campamentos mineros.

—Una máquina Karendón les vendría de perillas a esa pobre gente —insinuó Paulina Elorza mirando de soslayo al contralmirante.

—Que nadie me hable de obsequiar una Karendón a los guandúas, porque le voy a mandar al cuerno —replicó Tuanko—. Las Karendón no se regalan.

—Pero podemos echarles una mano —sugirió Castillo.

—No me niego a eso, pero tengan presente que el problema de los guandúas no se arregla con unas toneladas de carne y unos sacos de patatas. Sólo podemos aliviar su situación por unos días. Luego tendremos que regresar a Valera, los guandúas se comerán sus reservas y todo volverá a ser como antes.

—Efectivamente, no basta con que les saciemos el hambre por unas semanas —dijo la brigadier Newell—. Más que alimentos, lo que necesitan son armas adecuadas para defender su territorio.

—¿Qué clase de armas? —interrogó Tuanko agresivamente—. Solamente las armas de luz sólida son efectivas contra las aeronaves katumes. Pero, naturalmente, no vamos a darles esas armas. Los guandúas no tienen una industria capaz de copiarlas, pero los katumes poseen una tecnología propia muy avanzada que sabría sacar provecho de nuestro error. Porque entregar esas armas a los guandúas sería como ofrecérselas también a los saurios. Más pronto o más tarde alguno de nuestros fusiles caería en sus manos. Con el tiempo los saurios regresarían equipados con ese nuevo armamento, lo que apresuraría el exterminio de los guandúas y la conquista total del desierto.

—También los Rayos Zeta son efectivos contra las aeronaves katumes —replicó Newell—. Y esa arma no tendrían que copiarla los saurios. Ya la tienen. Aunque bien mirado, ¿para qué andarnos con rodeos? Nosotros, con los tres cruceros que tenemos en el hiperplaneta, nos bastamos y sobramos para echar a los saurios de Guandú.

—¿Declararles la guerra a las potencias saurios? ¡Estás loca!

Sabes muy bien que no puedo hacer eso, ¿cómo justificaría tan descabellada acción ante nuestro Gobierno? ¡Ni siquiera el Presidente de la República tiene poderes para declarar la guerra!

—Hazlo de esta manera; no declares la guerra. Presenta un ultimátum a los saurios para que evacúen el desierto en un mes y veamos qué ocurre.

Tuanko Aznar pasó su mirada atónita sobre los rostros expectantes de sus colegas y amigos. Por absurdo que pareciera todos daban muestra de participar de los sentimientos y las descabelladas ideas de la brigadier Newell. Hasta tal punto habían despertado su conmiseración y sus simpatías aquellos valientes y salvajes pieles roja del Guandú.

—¡Estáis locos! —dijo Tuanko entre dientes.

Y haciendo retroceder la silla se puso en pie y abandonó airadamente la habitación.

## CAPÍTULO VII

**L**a "Pedrés" volvió en persecución de la "Coimbra" y el "Torrek" alcanzándoles cuando estos reducían la velocidad al aproximarse a Ventura.

Desde veinte mil metros de altura, gracias a los potentes teleobjetivos de sus cámaras, la ciudad y sus alrededores aparecían proyectados en las pantallas murales de la cámara de derrota del "Coimbra" como un mapa a todo color.

La ciudad, ensanchada alrededor del primitivo núcleo de casas de adobe, se extendía sobre una franja de terreno entre el borde de la quebrada y una línea de cerros pardo-rojizos. El río, rápido en la quebrada, quedaba demasiado profundo. Pero los guandúas, excelentes ingenieros hidráulicos, habían construido un canal que tomaba las aguas de un lago veinte kilómetros más arriba de la ciudad. Este lago, originado al parecer por el desprendimiento de toda una pared del profundo "cañón" por donde corría el río, formaba una represa de doce kilómetros de anchura y una longitud de más de cuarenta kilómetros entre montañas cubiertas de bosque.

—¿Es esa vuestra ciudad? —preguntó Tuanko a los guandúas.

—Sí, esa es Ventura —dijo Marto—. Casi puedo ver la casa de mis padres desde aquí.

—¿Qué crees que ocurrirá si descendemos con nuestras aeronaves sobre esos campos? ¿Se asustarán mucho tus paisanos?

Marto meditó el asunto y a continuación asintió con profundos movimientos de cabeza.

—Se asustarán. Ellos ignoran que sois amigos, os confundirán con los saurios y echarán a correr. Tal vez si nos asomamos a esa ventana y gritamos nuestros nombres podamos tranquilizarles.

—No podéis asomaros a esa ventana. Y vuestras voces no llegarían a oídos de vuestros paisanos con tiempo para evitar el

pánico. Será mejor descender sobre el lago y llegar a la ciudad sin llamar excesivamente la atención.

—El lago está lejos —dijo Necto, otro de los guandúas—. Y no tenemos caballos.

—No te apures, no te cansarás en el viaje entre el lago y Ventura —dijo Nuria Ross tranquilizadora.

Después de instruir al resto de la escuadrilla sobre la maniobra que iban a realizar, Tuanko llevó a los cruceros hasta el extremo de la cola del lago, lejos de la vista de los habitantes de la ciudad. Volando a ras del agua, los tres cruceros regresaron en dirección a Ventura y se dejaron caer en el lago a un par de kilómetros de la represa. El “Benarés” y el “Tobruk” se hundieron hasta asomar solamente el periscopio y el extremo de la antena, mientras el “Coimbra” flotaba aparentemente hasta la línea del gran portón que acababa de abrirse en uno de sus férreos costados para facilitar la salida de un aerobote.

En su primera incursión Tuanko Aznar no había llegado siquiera a pisar el suelo del hiperplaneta. Por el gusto de pisar tierra, y porque desconfiaba de sus amigos los científicos, Tuanko se propuso desembarcar esta vez y tratar directamente con los principales de la ciudad.

El aerobote del “Coimbra”, enteramente de serie, tenía el aspecto de un proyectil ligeramente aplastado, adelgazándose en su extremo posterior para insertar dos cortas aletas estabilizadoras y un timón de profundidad. Capaz para dieciséis pasajeros, era una navecilla de uso múltiple, armada con dos cañones y cuatro proyectores de “luz sólida” en la proa. Su amplia cabina, enteramente acristalada, podía recorrerse de atrás hacia adelante hasta su mitad. Su propulsión se conseguía por medio de un motor fotónico con una tobera de salida a popa.

Belén Izquiaola, que al igual que Tuanko tampoco tuvo ocasión de pisar el hiperplaneta en su viaje anterior, solicitó permiso para acompañar al grupo a tierra. Otro tanto hizo la brigadier Newell, recibiendo una firme negativa del contralmirante.

—Si algo nos ocurriera a los que vamos a tierra, la expedición quedaría prácticamente sin mandos. No, tú te quedas a bordo con Marek.

Con el sargento Eced y el cabo Turón como pilotos, el resto de

las plazas ocupadas por los guandúas y el equipo científico, el aerobote abandonó el buque y voló a ras de las quietas aguas del lago hacia el lugar donde el desprendimiento de media montaña había cegado parte del “cañón” dando lugar a la formación del embalse.

El aerobote llevaba recorrida la cubierta transparente de mitad hacia atrás, lo que permitía a Tuanko disfrutar del aire que le azotaba el rostro. El sol en el cénit, de donde no se movía jamás, lanzaba perpendicularmente sus rayos sobre la cabeza y los hombros de los expedicionarios, la mayoría de los cuales se cubrían con “salacot” de corcho forrado de tela caqui, a excepción de los astronautas que vestían sus uniformes blancos y conservaban sus gorras de visera charolada. Las aguas del lago tenían un bello color azul, y las montañas que rodeaban el embalse aparecían cubiertas de bosque.

Volviendo la vista hacia atrás para ver cómo el “Coimbra” se sumergía lentamente, Tuanko Aznar podía ver, a través del velo de la neblina, en la distancia, aquella misma formidable cordillera que se divisaba desde cualquier lugar del Guandú, con sus cumbres cubiertas de nieves perpetuas. La más alta de todas las montañas, cuyo cono aparecía hasta más de la mitad cubierto de nieve, tenía por lo menos 20.000 metros de altura, destacando por mucho de todas las demás que formaban la imponente barrera. Éste era el monte Olimpo, el Refugio de los Dioses según la tradición guandúa. Curiosamente, mientras la base de la montaña permanecía oculta por la niebla y las nubes, la mitad superior del cono emergía brillando por la acción reflectante de la nieve al ser herida por el sol. La concavidad de la esfera, puesto que se encontraban en el interior hueco del hiperplaneta, hacía teóricamente posible ver la montaña desde cualquier punto del terreno.

Leyendo telepáticamente el pensamiento de su hijo, el profesor Alejandro, sentado junto a Tuanko, dijo en voz alta:

—Magnífico lugar para servir de atalaya a los dioses... si los dioses existieran realmente.

Dos asientos más adelante, Nuria Ross volvió la cabeza y dijo:

—Oigan lo que dice Marto. El lago fue creado por los dioses del Olimpo... por petición de la tribu de los Longos, cuyo ganado pastaba en los bordes de la quebrada donde actualmente se levanta

Ventura. Los Longos cultivaban algunos huertos en una franja arenosa de la quebrada, pero repetidamente las avenidas del río arrasaban sus cosechas. Entonces llamaron a los dioses en su ayuda, pidiéndoles que moderaran los ímpetus del río. Acudieron Ayala y Gil y estudiaron el problema de los Longos sobre el terreno. Después de eso regresaron con sus herramientas y provocaron un gran trueno que hizo que la montaña se derrumbara sobre el desfiladero. El río quedó represado y la tribu pudo canalizar el agua desde el lago a los nuevos regadíos de Ventura. ¿Qué les parece?

—Pues que pudo haber ocurrido —dijo el profesor Alejandro observando el aspecto de la montaña—. Un terremoto ocasionaría un deslizamiento de tierras que iría a rellenar el desfiladero.

—También surtiría el mismo efecto un barreno de altos explosivos, ¿no es cierto? —sugirió la comandante Belén Izquiaola.

El profesor Alejandro quedó tan sorprendido que no acertó a contestar, hasta que dándole con el codo Tuanko dijo con sorna:

—Bueno, papá. Di algo.

—De cualquier forma, barreno o terremoto, tuvo que ocurrir en fecha reciente —dijo el profesor—. No han debido transcurrir más allá de veinte años, el corte de la roca se ve fresco.

—¡Vaya, eso tiene gracia! —exclamó Belén Izquiaola—. ¿A que resulta que los dioses existen todavía en la actualidad?

—Eso no es posible —rechazó el profesor Castillo enojado.

—¿Por qué no? Deme una razón.

—Hemos dado por supuesto que los pretendidos dioses no fueron otros que un grupo de astronautas terrícolas llegados al hiperplaneta en un tiempo remoto. Durante su permanencia aquí se harían pasar por dioses, cediendo sus leyes, sus reglas morales y su lengua al nuevo pueblo creado por su descendencia. Luego se marcharían.

—Supongamos que no se marcharan, que todavía estuvieran aquí instalados en el Olimpo o en cualquier otro lugar.

—Los guandúas aseguran conservar recuerdos de su civilización que se remontan a dos mil años atrás. Para que los “dioses” pudieran sobrevivir tan largo tiempo habrían tenido que reencarnar repetidamente en sí mismos, lo cual sólo es posible mediante una máquina Karendón. Ahora bien, ¿puede conservarse una Karendón funcionando durante dos mil años?

La respuesta llegó de Fidel Aznar, que ocupaba uno de los asientos delanteros junto a los guandúas:

—Una máquina Karendón podría funcionar durante miles de años si, estando bien atendida, llevara consigo los “vetatom” necesarios para hacerse sus propias piezas de repuesto, incluido el reactor y el combustible nuclear.

—¡Definitivo! —dijo la comandante Izquiaola—. ¡Los dioses existen! No regresaron a la Tierra, sino que viven aquí, velando por este ingenuo y encantador pueblo guandúa. No me sorprendería verles aparecer en cualquier momento. ¡Oigan, que gran idea!

—¿Tienes una idea, Izquiaola? ¿Cómo es posible? —preguntó el contralmirante en son de guasa.

Pero la comandante no se lo tuvo en cuenta y prosiguió exaltadamente, divertida con la cosa que se le acababa de ocurrir:

—Supongan que empezamos a realizar milagros propios de los dioses. Como un reguero de pólvora cunde por todo el desierto la noticia de la llegada de unos extranjeros que acumulan y aun superan las hazañas de los dioses. La noticia finalmente llega al Olimpo. ¿Saben que ocurrirá?

—Dínoslo tú —invitó Tuanko sonriendo.

—Pues que los dioses, celosos de nuestra competencia, acudirán a dar la cara y a pedirnos cuenta de lo que estamos haciendo. ¡Y les conoceremos! ¿No les parece divertido?

—Lo sería si llegara a ocurrir, lo cual no parece probable de todos modos —dijo Tuanko—. Todo viene a cuenta de si este desmoronamiento de la montaña se produjo natural o intencionadamente. Lo más seguro es que los dioses no hayan tenido participación en ello. Ocurrió que, cansados los Longos de ver perdidas sus cosechas por las avenidas del río, pidieron a los dioses que pusieran remedio a sus desdichas. Ocurrió poco después que se hundió la montaña creando la represa, y los Longos volvieron sus miradas hacia el Olimpo y exclamaron: ¡los dioses nos han escuchado!

—¿Y qué me dices de esos Ayala y Gil que vinieron a poner los explosivos?

Fue Alejandro Aznar quien contestó:

—Pues que seguramente estuvieron por aquí cuando nadie podía verles, que es como suelen pasar estas cosas. De todos modos el

derrumbamiento se produjo no hace mucho tiempo, o sea, que todavía deben vivir muchos de los que lo presenciaron. Preguntaremos en la ciudad.

El aerobote acababa de pasar sobre el gran taponamiento de grandes rocas y volaba muy cerca de la ladera donde los guandúas habían excavado el canal. Unos kilómetros más adelante la montaña se retiraba dejando una ancha cornisa, donde cuadrillas de indígenas, con el torso desnudo, trabajaban en la construcción de la nueva acequia. La aparición de la pequeña aeronave, volando a ras de la cornisa sin tocar el suelo, produjo distintas reacciones según el temperamento de quienes la veían. La mayoría soltó las herramientas y echaron a correr trepando la ladera, otros se quedaron parados, mirando con la boca abierta como el bólido cruzaba por delante de sus ojos, y algunos se echaron dentro de la zanja gritando de terror.

Desde el aerobote, lanzado a unos sesenta kilómetros por hora, Marto y sus cuatro amigos, puestos de pie, agitaban las manos y gritaban alegremente.

—¡Eh, chicos, soy Marto! ¡Soy Marto, hijo de Bruno!

—¡Tontos, cobardes! —chillaba otro—. ¡Soy Crino el “Buda”!

Pero si ellos se hubiesen encontrado en el lugar de los excavadores, probablemente habrían corrido lo mismo.

En toda la cornisa, que formaba una acusada pendiente en dirección a Ventura, era grande la actividad de hombres y carros que llevaban cal y ladrillos a los tramos de obra, y en todas partes la presencia de la silenciosa aeronave pintada de amarillo provocaba idénticas escenas de temor y asombro. Los guandúas corrían a la desbandada, los caballos unicornios se espantaban y volcaban los carros. El “cañón” se ensanchaba formando la quebrada y por indicación de Fidel Aznar, para evitar el pánico, el sargento Eced llevó el aerobote hacia el centro de la quebrada, lo que permitió descender por debajo del nivel de la cornisa y pasar así desapercibidos el resto del trayecto.

A la altura de Ventura el aerobote se detuvo, flotando inmóvil en el aire junto al borde de la quebrada.

—Si entramos en la ciudad con el aerobote, aquello va a ser una casa de locos —advirtió prudentemente el sargento Eced.

Tuanko ya había pensado en ello y ordenó al sargento aterrizar

en el mismo borde de la quebrada para que pudieran desembarcar los guandúas.

—Llegad andando al pueblo y avisad de nuestra presencia para que nadie se asuste —dijo luego a los guandúas—. No nos acercaremos hasta en tanto no regreséis diciendo que podemos entrar.

Visiblemente decepcionados, por no poder entrar en la ciudad cabalgando triunfalmente en aquella nave prodigiosa, los guandúas se alejaron corriendo en dirección a Ventura. Para los valeranos empezaba una espera que iba a parecerles muy larga.

Hacía mucho calor y el contralmirante ordenó correr la cubierta de “diamantina”, que por ser de cristal polarizado se oscurecía y mitigaba notablemente el ardor de los rayos solares. Pusieron en funcionamiento el sistema de aire acondicionado y esperaron en un clima agradablemente fresco el regreso de los guandúas.

Mientras tanto, la presencia del extraño artefacto amarillo había sido advertida por un grupo de guandúas que trabajaban con las caballerías en los cultivos cercanos. Los guandúas se acercaron hasta una prudencial distancia y luego se dispersaron. Unos echaron a correr hacia la ciudad y otros permanecieron escondidos, vigilando entre los maizales.

—En efecto, es maíz —observó Paulina Elorza después de investigar con los prismáticos—. Y allí hay trigo. Los “dioses” no sólo dejaron su lengua y sus leyes a los guandúas, sino también las semillas traídas desde la Tierra. Sin duda han sido unos dioses bienhechores para su pueblo.

—Pues no lo fueron tanto al permitir que el Guandú fuera invadido por los saurios —replicó la comandante Izquiaola.

—¿Cómo habrían podido impedirlo? —preguntó Fidel Aznar.

—Si se trata de los mismos que suponemos, deben tener conocimientos y recursos para alejar a los saurios.

—Tal vez posean los conocimientos y carezcan de los recursos. O tal vez se perdieron sus conocimientos. —Fidel hizo una pausa y añadió—: Tal vez ni siquiera existan.

—Eso es lo que siempre he sostenido —dijo el profesor Gerardo Castillo—. Mucho antes que nosotros, astronautas terrícolas descubrieron el hiperplaneta, penetraron en él y vivieron aquí por algún tiempo. Tal vez estuvo en su propósito crear una nueva

cultura sobre la base de una vida sencilla, sin el maquinismo y el cienticismo que había conducido a la degeneración a la civilización que dejaron en la Tierra. Más tarde quizás les faltaran fuerzas para continuar su impulso, lo abandonarían todo y regresarían a la Tierra, que era al fin y al cabo el mundo al que pertenecían.

En este momento el sargento Eced veía en su pantalla de televisión cierto movimiento en el camino que venía de la ciudad entre sembrados y árboles frutales.

—Bueno, parece que vienen por nosotros. Miren aquella polvareda en el camino —señaló.

Instintivamente los ocupantes del aerobote movieron sus manos atendiendo al acicalamiento de sus personas, como en un infantil prurito por quedar bien ante la curiosidad de los salvajes.

—¡Qué magnífica oportunidad hemos perdido de hacernos adorar como dioses! —exclamó Belén Izquiaola enderezándose la gorra.

—¿Y para qué demonios necesitas ser adorada? —preguntó Tuanko en son de zumba—. ¿No te basta ser la hija del presidente de la República de Valera? ¿Qué pueden ofrecerte los guandúas que no tengas?

—¡Jesús, que prosaico eres! Tú no puedes entenderlo.

La nube de polvo se acercaba muy aprisa. Anticipándose a la masa de gente que venía detrás, se vio llegar a Marto, a Crino y Porto montando a pelo tres corpulentos caballos unicornios. Tuanko hizo descorrer la cubierta del aerobote y saltó a tierra seguido de la comandante Izquiaola y el grupo de científicos, permaneciendo el sargento Eced y el cabo Turón ante los mandos, comunicados por radio con el crucero “Coimbra” para advertir de cualquier contratiempo.

—¡Ya llegan! —gritó Marto descabalgando de un salto, cubierto el torso de sudor, rojo de excitación el rostro—. Vienen los tribunales, el Senado y los cónsules. Les dije que erais los dioses.

—Te advertí que no éramos dioses —dijo Tuanko enojado.

—Sabemos que sois los dioses, lo habéis demostrado.

Belén Izquiaola tiró de la manga del contralmirante diciendo en voz baja:

—¿Lo ves? No has podido impedirlo. Por una vez voy a sentirme como una diosa.

—¡Vaya por Dios! —murmuró Tuanko haciendo una mueca.

Se escuchaba un griterío, que al estar más cerca resultó ser una especie de himno desastrosamente entonado, acompañado de tambores, platillos y desafinadas trompetas. El público que acompañaba al cortejo desbordaba el camino y en su impaciencia por ver a los dioses invadía los sembrados formando a cada lado un ala avanzada. Toda la línea se ensanchaba continuamente, llegando a preocupar a algunos de los científicos como Alejandro Aznar y Mario Valera.

—¿Estaremos seguros? —murmuró Valera.

—No me digan que quieren salir corriendo ahora. Ustedes se lo buscaron —respondió el contralmirante.

Poco después los extremos de cada ala alcanzaban el borde de la quebrada y los expedicionarios quedaban encerrados en un semicírculo que se iba estrechando rápidamente a su alrededor. La polvareda y el ruido tenían aturridos a los astronautas. Por el centro del semicírculo avanzaron los notables de la ciudad, sudorosos y cubiertos de polvo, envueltos en largas túnicas de algodón blanco y cubiertos con grandes sombreros de paja, empuñando cada uno una larga vara o báculo.

Inmóviles, en línea ante el aerobote, esperaban los extranjeros; Tuanko y la comandante Izquiaola vestidos de blanco de pies a cabeza. Los demás con pantalón corto, sahariana de manga corta y “salacot”, unos de blanco y otros de caqui.

Dos hombres se adelantaron unos pasos, se quitaron al mismo tiempo el sombrero y saludaron inclinando la cabeza.

Utilizando sus facultades paragnósticas, Tuanko escudriñó en el pensamiento de los guandúas. Vio dos hombres asustados, temerosos de haber incurrido en alguna omisión, preocupados por la presencia de tan altos personajes y del juicio que éstos pudieran haber formado de su gestión pública.

Se había hecho un gran silencio alrededor de los extranjeros, un silencio hecho de respeto, de expectación y de temor, porque al fin y al cabo ellos eran los dioses, y aunque tenían poderes para sembrar el bien, también tenían la facultad de castigar con dureza e inapelablemente a los insolentes. En este aplomante silencio se levantó la voz alterada de uno de los notables y dijo:

—Señores, sed bienvenidos a Ventura. Yo soy Bardo, y este es mi

compañero Sexto. Perdonad que os preguntemos quiénes sois, pues aparte de estúpido nunca tuve el gozo de veros personalmente.

Respondió el contralmirante y dijo:

—Mi nombre es Tuanko, pero tú no me conoces ni conoces a mis amigos. Por el contrario, nosotros hemos oído hablar de ti y los demás notables de Ventura. Sabemos de vuestros problemas y venimos a colaborar con vosotros y ayudaros en lo que buenamente podamos.

Bardo pegó un respingo de gozo, se volvió hacia los que estaban tras él y levantó los brazos, empuñando el báculo y sosteniendo el sombrero para gritar:

—¡Los dioses vienen a ayudarnos! ¡Albricias!

Dos mil gargantas prorrumpieron en un solo grito ensordecedor. La multitud se puso a cantar, acompañando su salmodia con pequeños saltos rítmicos sobre las puntas de los pies. Se movían al mismo ritmo las plumas de las cabezas, los sombreros de paja y los desnudos pechos de las mujeres. Salvo raras excepciones los guandúas llevaban el torso descubierto, lo mismo si se trataba de hombres o de mujeres. Los hombres por lo general llevaban pantalones de piel de ante con bocas acampanadas y las mujeres un taparrabos o una faldita corta también de piel. Todos, al saltar al mismo tiempo, levantaban una enorme polvareda.

—Servíos subir a nuestra carroza —invitó Tuanko—. Los tribunos también.

La multitud se abrió para dejar paso a la extraordinaria carroza, desde la cual, puestos en pie, saludaban los cónsules y los tribunos, mientras los sorprendidos “dioses” sonreían a derecha e izquierda y estrechaban las manos que se tendían hacia ellos.

## CAPÍTULO VIII

**D**esde que llegaron los dioses la ciudad vivía presa de una venturinos, entregados a un inacabable festín donde se saciaba el hambre acumulada de muchos años. Cuando se hartaban de comer, los guandúas iban a presenciar los prodigios de los dioses, que era cosa de contar y no acabar.

La necesidad más urgente de los venturinos era la comida. También padecían muchas enfermedades, pero éstas en su mayoría eran consecuencia de una prolongada desnutrición.

Desde los mil quinientos habitantes que tenía Ventura en su origen, la población había pasado a ser de algo más de diecisiete mil. Los guandúas poseían en alto grado el sentido de la hospitalidad y la solidaridad, y jamás rechazaban a un semejante que llegara en demanda de ayuda, lo mismo si se trataba de uno o de mil. La ciudad funcionaba como una comuna y lo que había se repartía entre todos sin distinción.

Hasta que los saurios llegaron al desierto, los guandúas eran predominantemente pastores. El clima y la sequedad del desierto eran poco aptos para la agricultura, salvo en algunos casos como Lutinia y otras ciudades que cobraron su importancia por sus condiciones naturales de accesibilidad al riego. Los grandes ríos que cruzaban el Guandú solían ir muy profundos, y sus incontroladas avenidas acababan con cuantos intentos se hacían por cultivar las orillas bajas abonadas por la deposición de limos.

El nomadismo iba bien al carácter libre de los guandúas, educados en el amor a la independencia, el individualismo y los grandes espacios abiertos. La vegetación era escasa y obligaba a las tribus a seguir a sus rebaños en una búsqueda continua de pastos. Estos rebaños estaban constituidos por una especie de bisonte nativo, animal de gran alzada provisto de dos largos colmillos que

le daban cierto parecido con los jabalíes. El unicornio bartpurano, resistente, sobrio y bien adaptado al desierto, y el perro-lobo terrícola, eran indispensables compañeros y colaboradores del pastor nómada. Los guandúas no habían conocido las armas hasta que los saurios las introdujeron en el desierto. Al adoptarlas para su propia defensa los guandúas se revelaron magníficos tiradores.

Después de haber tenido a los dioses tanto tiempo de espaldas, los guandúas estaban sorprendidos de su generosidad. Los dioses habían venido en tres grandes aeronaves que flotaban en el lago y de éstas sacaron unos grandes cilindros amarillos rematados por una punta cónica, que fueron a posarse en un sembrado de trigo en las afueras de Ventura.

De estos impresionantes cilindros los “dioses” empezaron a sacar grandes cantidades de cajas llenas de botes de hojalata, que a su vez contenían toda suerte de alimentos en conserva. También sacaron canales de reses recién sacrificadas, cajas de pescado fresco y montones de verduras acabadas de cosechar. Los venturinos entraban en los cilindros para sacar las provisiones y los vaciaban totalmente, pero una vez vacío un cilindro, brillaba un gran relámpago, se escuchaba un trallazo y el cilindro volvía a aparecer lleno a rebosar. Se trataba por supuesto de cajas mágicas, que los venturinos aceptaron con toda naturalidad.

Sólo en un punto fracasaron las cajas mágicas. Los graneros de la ciudad estaban prácticamente vacíos, pues aunque las cosechas se sucedían unas a otras, nunca había ocasión de almacenar grano, siendo bajo el rendimiento de las tierras y muchas las bocas a alimentar. Los cónsules, viendo poco práctico la acumulación de latas de conserva, rogaron al contralmirante que les llenara los graneros de trigo y maíz, base de la alimentación de los guandúas. Pero los “dioses” no habían traído grano en sus cajas mágicas, imperdonable olvido que fue hábilmente subsanado.

Fidel Aznar hizo que se llenara cada uno de los cilindros con las menguadas reservas de los graneros; trigo, cebada y maíz. Una vez llenos los cilindros desintegró totalmente su contenido, lo cual hizo palidecer a los cónsules, temiendo haber perdido el poco grano que les quedaba. Pero Fidel les calmó asegurándoles que el grano volvería a las cajas mágicas, como en efecto ocurrió. Los guandúas se apresuraron a vaciar los dichos cilindros, no fuera a

desaparecer de nuevo el cereal. Pero una vez sacado hasta el último grano vieron con asombro cómo brillaba un relámpago y aparecían nuevamente repletos de trigo, cebada y maíz.

Los venturinos renunciaron a comprender cómo podía haber ocurrido semejante prodigio y durante tres días, sin parar un minuto, estuvieron acarreando carretas de grano desde los cilindros a los silos, hasta colmarlos por completo. Luego se dedicaron a llenar de grano sacos, cajas, tinajas y cuantos recipientes hallaron a mano. Había grano por todas partes.

Al cuarto día los cónsules fueron a buscar al contralmirante, que se encontraba en compañía de Marek y Nuria Ross en las afueras de la Ciudad, junto a los incansables cilindros. Desde hacía rato se escuchaba un sordo retumbar de tambores, sin que los valeranos se atrevieran a preguntar cual era la causa del ruido. Evidentemente los guandúas utilizaban un sistema de telégrafo por percusión, semejante al de muchos pueblos primitivos de la tierra, cosa que habían ignorado hasta hoy.

Los dos cónsules llegaron hasta el contralmirante y saludaron ceremoniosamente, tomando Sexto la palabra:

—Tuanko, señor, perdona que vengamos a distraer tu atención. La noticia de vuestra presencia en Ventura y de las bondades que derramáis sobre nosotros, ha alcanzado a todos los lugares del desierto. ¿Oís esos tambores? Os llaman de todas partes para que vayáis a verles. Por nuestra parte tenemos llenos los graneros, las tinajas y hasta los jergones; los venturinos duermen sobre el grano y éste rebosa por todas partes. O sea, que si queréis acudir en ayuda de esas otras ciudades y aldeas, podéis llevaros vuestras calderas mágicas y hacerles el don de vuestra generosidad.

—¿Queréis decir con eso que ya habéis recibido bastante ayuda? —preguntó Tuanko. Pero leyendo en el pensamiento de Sexto vio que no se trataba de esto. Entonces respondió—: Tal vez debierais construir graneros de mayor capacidad, ya que los que tenéis son muy pequeños. Quiero dejar bien sentado que debéis aprovechar esta oportunidad, ya que difícilmente volverá a repetirse en el futuro.

Se vio palidecer a los cónsules. Bardo exclamó:

—¡Señor! ¿Quieres decir que jamás en lo sucesivo volveréis a ayudarnos?

—Los dioses no acostumbran atender este tipo de necesidades, ni los guandúas debéis descuidar vuestros cultivos, confiando en que acudiremos cada vez que nos llaméis a sacaros de un apuro. Sabed que después que nos marchemos no volveréis a vernos jamás.

Las palabras del contralmirante produjeron sobre los cónsules la misma impresión que si acabaran de recibir una ducha de agua fría. Los dos hombres cambiaron entre sí sus miradas. Después de un largo silencio Burdo habló de nuevo y dijo:

—Tuanko, señor. Tus palabras nos llenan de consternación. ¿Podemos demorar nuestra respuesta por una hora, mientras reunimos al Senado en consulta?

—Por supuesto que sí. Y para que no tengáis que desplazaros hasta aquí, yo mismo acudiré al Senado de regreso a mis buques.

Una fila de carretas esperaba para tomar los cereales que las “calderas” mágicas iban fabricando incansablemente. Mego, uno de los capataces, se acercó a los cónsules y dijo algo en voz baja. Bardo hizo un gesto airado y contestó:

—No importa, seguir acarreando el grano.

—¡Pero si ya no sabemos donde meterlo, cónsul! —exclamó el capataz.

—Amontonadlo en mitad de la plaza. ¡Haced lo que os parezca!

Los dos cónsules se marcharon por el camino barriendo el polvo con el borde de sus túnicas. Marek dijo a Tuanko:

—¿No has sido demasiado brusco con ellos? Les has dejado fríos.

—Bueno, mejor que sepan la verdad desde ahora, no vayan a hacerse falsas ilusiones.

—Piensas que nunca debimos acudir en su ayuda, ¿no es eso?

—La ayuda más efectiva que podemos prestarles en este momento, es abrir ese canal para que puedan ampliar sus tierras de regadío. Todo lo demás que hagamos sólo tendrá el valor de lo anecdótico. Dentro de cincuenta años los abuelos relatarán a sus nietos cómo los dioses descendieron del Olimpo y llenaron los graneros de Ventura de trigo, cebada y maíz. Pero eso no hará más felices a aquellos niños, que seguirán sufriendo el hambre.

—Tuanko, a menos que les prestemos una ayuda más efectiva, dentro de cincuenta años no habrá niños guandúas para escuchar los hermosos cuentos de sus abuelos. El pueblo guandúa habrá sido totalmente exterminado mucho antes.

No necesitaba Tuanko que le aguijonearan para hacerle saltar. Desde hacía tres días no dejaba de cavilar en busca de una salida al problema de los guaduas. Pero por más vueltas que le daba al asunto no veía la solución. Efectivamente, en sus manos tenía un poderoso argumento disuasorio: la escuadrilla de cruceros siderales. Ni siquiera los katumes, con su avanzada tecnología, habían inventado todavía un arma de tan tremendo poder. Sólo bastaba dar una orden a sus comandantes, y los cruceros barrerían del cielo las lentas y torpes aeronaves katumes, hundirían todos los barcos en diez millones de kilómetros a la redonda, y arrasarían los campamentos y las ciudades saurios del Guandú. Los saurios tendrían que evacuar el continente. ¿Pero, qué ocurriría después, cuando los cruceros tuvieran que retirarse para regresar al autoplaneta Valera? ¿Cuánto tardarían en regresar los saurios después de convencerse de que el peligro se había alejado? ¿Tenía que aniquilar forzosamente a millones de seres humanos para que en unos pocos años todo quedara igual?

—¿No sería mejor buscar a los verdaderos dioses y confiar a ellos la misión de tener a raya a los saurios en lo sucesivo? —preguntó Marek.

Sorprendido en sus pensamientos, Tuanko experimentó un ligero sobresalto. Marek se burló de él:

—¿Olvidas que también soy tapo? Estoy siguiendo tus pensamientos. Y digo si no valdría la pena buscar a los auténticos dioses y depositar en ellos los medios para que se realicen como protectores de su pueblo.

—¿Qué dioses?

—Los moradores del Olimpo, los auténticos.

—¡Tú te habrás creído que existen los dioses!

—Nadie me ha demostrado todavía que no existan.

De nuevo guardó silencio el contralmirante. Después de una interrupción los tambores volvían a sonar arrítmicamente. Mego, el capataz que dirigía la carga de los carros, escuchaba con atención ladeando la cabeza. Los guaduas que andaban por allí se acercaban a Mego y le rodeaban en silencio, pero no escuchaban. Los tambores batieron unos breves minutos y callaron. Entonces Mego dijo algo a los guaduas que provocó un grito de alegría.

Los guaduas daban saltos y se abrazaban, como los jugadores de

un equipo de fútbol tras la consecución de un gran gol.

—¿Qué les pasa a esos muchachos? —preguntó Nuria Ross acercándose—. Diríase que acaban de recibir una buena noticia.

Tuanko llamó a Mego, el cual vino hasta la escotilla de acceso a la Karendón donde estaban reunidos los extranjeros.

—Mego, dime. ¿Entiendes el lenguaje de los tambores? —le preguntó Tuanko.

—¡Oh, sí, señor! —respondió el guandúa—. Anuncian que en la región del Pequeño Cono la tribu de los Grundos alcanzó una gran victoria sobre los saurios. Utilizando un cañón de luz, los Grundos abatieron siete aeronaves y arrasaron completamente el poblado, la fortaleza y la fábrica de aguardiente de los saurios. ¡Una gran victoria, señor!

Los guandúas llamaban aguardiente al líquido inflamable que resultaba de la destilación del petróleo crudo; es decir, la gasolina.

Tuanko hizo una seña a Mego para que regresara con sus alborozados compañeros y luego comentó:

—Cuatro días para que la noticia recorriera dos mil kilómetros. No es mala marca, considerando los rodeos que habrá tenido que dar ese telegrama alrededor de grandes zonas deshabitadas para llegar hasta aquí.

Tuanko se interrumpió bruscamente, herido su oído por un sonido vagamente familiar... Giró sobre sus tacones buscando la procedencia del ruido, miró hacia la quebrada...

De pronto experimentó un sobresalto. Una gran mole, que en el primer momento le pareció gigantesca, salió rugiendo de la quebrada y se elevó un centenar de metros al pasar no lejos de la Karendón. ¡Una aeronave katume! ¡Dos aeronaves!

Pintadas de color gris-plateado, las dos aeronaves pasaron haciendo bramar sus poderosos reactores mientras ganaban altura para virar en un amplio círculo. Sus superficies cromadas y sus cristales centelleaban siniestramente heridas por el sol. Sus grandes hélices giraban en la parte posterior trazando brillantes discos plateados. Eran realmente grandes, lo menos debían tener cincuenta metros de envergadura, incluyendo los motores que sobresalían como asas por cada lado.

Al alejarse para virar se inclinaban hasta ponerse totalmente de canto. No iban a llegar hasta el lago, a pesar de la amplitud del arco

que tenían que trazar. Al apagarse el ensordecedor trueno de los reactores se escucharon los gritos de los guandúas. Éstos, en su mayoría, reaccionaron abandonándolo todo y echando a correr hacia la ciudad.

—¡Vuelvan aquí! —gritó Marek, aunque inútilmente pues nadie le escuchó.

Tuanko apretó los puños con rabia, preguntándose cómo era posible que le hubiesen podido sorprender de forma tan estúpida, ¡a él, es decir, todo un almirante de la Armada Sideral Valerana!

Indudablemente los saurios conocían perfectamente la situación de la ciudad. Tal vez sospechaban que allí se escondían las misteriosas aeronaves que alguien habría detectado en su pantalla de radar, aunque esto era menos probable. Desde una distancia superior a dos mil kilómetros las aeronaves saurio volarían a baja altura utilizando sus motores de hélice, y sólo al encontrarse cerca encenderían los reactores para avanzar de un salto y caer por sorpresa sobre la ciudad. La ancha y profunda quebrada les deparó una excelente vía de penetración.

Además de Tuanko, de Marek y de Nuria Ross, se encontraban en las máquinas siete técnicos del “Coimbra” especialistas en el manejo de las Karendón. Marek fue el primero en reaccionar.

—¡Seguro que van a atacar la ciudad! —exclamó—. ¡Voy a llamar a los cruceros!

Echó a correr hacia el aerobote, que estaba bastante apartado del tráfico de los carros que venían a cargar el grano a las máquinas Karendón. Tuanko se quedó un momento contemplando las aeronaves, que se habían alejado efectuando un derrape de costado mientras viraban.

—¡Métanse en las cápsulas! —gritó a sus hombres. Y dirigiéndose a Nuria—: ¡Ve con ellos, estaréis más seguros en las cabinas de las cápsulas!

—¡Voy contigo! —dijo Nuria viéndole moverse en dirección al aerobote.

—¡Vuelve atrás! ¡Ve a las cápsulas! —la detuvo Tuanko con un ademán imperioso.

Tuanko temía que iban a ser bombardeados, en cuyo caso las cápsulas portadoras KT ofrecían muchas más garantías de seguridad. Estas máquinas estaban hechas para efectuar desembarco

de tropas en las condiciones más difíciles, incluso bajo un bombardeo nuclear. Su casco de “dedona”, de un metro de espesor, podría resistir incluso el impacto directo de una granada atómica, al contrario que los aerobotes, cuya plancha sólo tenía cinco centímetros de grosor. Nuria Ross retrocedió hacia la Karendón más próxima, donde un técnico le hacía señas para que se apresurara.

Mientras tanto Tuanko proseguía su carrera y llegaba hasta el aerobote. Marek estaba intentando comunicarse por radio con los cruceros.

—¡Aló, “Coimbra”! ¡Hola, cruceros!

—¡Deja eso!, olvida los cruceros. Ellos no pueden hacer nada ahora —le dijo Tuanko llegando hasta el asiento del piloto.

Con el micrófono en la mano Marek miró a través del parabrisas hacia las dos pesadas aeronaves. Éstas habían completado el viraje y enderezaban el rumbo hacia Ventura, en línea recta con las cápsulas portadoras KT.

Marek masculló un reniego. Habría sido fácil para los cruceros volatilizar a las aeronaves con sus Rayos Zeta, o simplemente derribarlas con sus proyectores de “luz sólida”. Incluso el aerobote podría hacerlo con sus cuatro proyectores de proa que se apuntaban automáticamente por radar. Pero Tuanko tenía razón; no podían utilizar sus armas contra las aeronaves. A su mente acudió el recuerdo de lo ocurrido en el Pequeño Cono, donde la destrucción de una aeronave provocó la explosión de otras cinco y la ruina total del campamento saurio. Lo mismo podía ocurrir aquí si alguna de las aeronaves estallaba sobre Ventura.

Desde el “Coimbra” contestaron:

—¡Hola, Marek! Aquí el “Coimbra”, diga...

Marek respondió:

—Tenemos dos aeronaves katumes sobre nosotros. Suponemos que van a atacarnos, pero ustedes no hagan nada; simplemente quédense donde están. No podemos utilizar contra ellas nuestros Zeta ni los perforantes, porque si estallan van a arrasarse también la ciudad, y no queremos que ocurra un desastre...

Las aeronaves habían ganado altura mientras viraban. A pesar de su tamaño y su aparente tosquedad se movían con gran agilidad, siendo un factor importante para ello el hecho de estar sostenidas por un campo de fuerza antigravitacional. En estas condiciones no

pesaban nada, no había planos inclinados sustentadores que las frenaran.

Volando muy juntas, ligeramente rezagadas una respecto a la otra, las dos aeronaves alcanzaron las primeras casas de la ciudad y dejaron caer las bombas.

Dos regueros de silbantes proyectiles atravesaron la población de un extremo al otro, seguidos de sendos rosarios de explosiones. Lanzaban simultáneamente bombas rompedoras y de fósforo. Unas derrumbaban las casas como castillos de naipes y lanzaban a gran altura bloques de adobe y techumbres de madera y ramaje, mientras el fósforo hacía arder el aire aureolando de fuego las explosiones.

Las dos aeronaves cruzaron de punta a punta la población. Tuanko tenía la duda de si los aviadores habrían descubierto las cápsulas KT posadas en el campo de cultivo entre la ciudad y la quebrada, pero pronto iba a salir de dudas. Sin dejar de soltar su rosario de bombas, las aeronaves atacaron a las cápsulas con fuego de cañón y ametralladoras gruesas.

El aerobote estaba despegando cuando una rociada de balas cayó como violento pedrisco sobre la cubierta transparente de “diamantina”. Los proyectiles levantaron el polvo alrededor de las Karendón, rebotaron con escalofriante aullido contra las corazas de “dedona”, derribaron algunos caballos y casi cercenaron por la cintura a dos guandúas que corrían tardíamente a buscar refugio en las cápsulas KT.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó Tuanko mientras hacía girar el aerobote en el aire.

Las grandes aeronaves pasaron con ensordecedor estruendo, cubriendo fugazmente con su sombra al aerobote, y dejaron caer sus bombas. Un carro ya cargado, acertado de lleno, voló en mil pedazos sembrando maíz en dos kilómetros a la redonda. Otros carros resultaron volcados y una bomba de fósforo cayó junto al aerobote envolviendo a éste en una abrasadora ola de fuego. Afortunadamente Tuanko había tenido la precaución de cerrar la cubierta transparente de “diamantina”, que era impenetrable a las balas y les aisló del efecto del fósforo.

Las aeronaves se alejaban para virar de nuevo, y todavía los artilleros zagueros dispararon sus ametralladoras contra la

concentración de cápsulas, carros y caballos. Pero Tuanko no miró atrás para ver el resultado del fulminante ataque. Empuñando con resolución la rueda del timón tiró de ella y simultáneamente abrió el regulador del motor.

El aerobote se elevó con rapidez y salió impulsado hacia adelante.

## CAPÍTULO IX

**C**ambiando de rumbo perpendicularmente a la quebrada, las aeronaves se inclinaron y completaron su viraje. Si hubieran dibujado un ocho que les llevaría de nuevo sobre la ciudad, volando paralelamente a la quebrada.

Capaz de aceleraciones fulminantes, el aerobote dio un salto prodigioso hacia adelante y se situó detrás de la aeronave más rezagada, acompañando a ésta en su amplio viraje a la derecha.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Marek al observar que el contralmirante extendía su mano sobre los botones y sensores del tablero de instrumentos.

El aerobote era más rápido que las aeronaves y Tuanko tuvo que reducir la velocidad para no precipitarse sobre la máquina que le precedía. Desde la torreta acristalada trasera, situada en una prominencia entre los dos motores de hélice, dispararon una ráfaga de cañón. Los proyectiles rebotaron en la proa del aerobote y en la cubierta de “diamantina”.

—¡Aléjate más, Tuanko, que esos proyectiles pueden acabar rompiendo el cristal! —advirtió Marek.

La maniobra de giro de la aeronave dificultaba la puntería del artillero y el resto de los proyectiles pasaron bastante lejos. El aerobote quedó rezagado unos quinientos metros. Las aeronaves salieron del viraje y enderezaron nuevamente el rumbo en línea recta sobre la ciudad. En esta ocasión iban a pasar bastante lejos de las cápsulas Karendón T.

Tuanko pulsó un sensor. Ante sí, más baja que el parabrisas, tenía una pequeña pantalla de radar. La pantalla se iluminó, apareciendo en ella la aeronave katume a través de una serie de círculos concéntricos. La pantalla se había convertido en un visor electrónico de puntería para tiro directo.

Las aeronaves estaban casi sobre la ciudad cuando Tuanko

consiguió situar en el centro de la retícula el reactor de estribor de la máquina que le precedía. En cada manguito del timón tenía un botón; el de la derecha para disparar los proyectores de “luz sólida” y el de la izquierda para disparar los dos cañones convencionales.

Tuanko pulsó el botón de la derecha. Cuatro rayos de luz, no más gruesos que el dedo pulgar, brotaron de la proa del aerobote y atravesaron limpiamente el reactor de la aeronave. Amarillos como lanzas de oro, más brillantes que la luz solar, estos rayos ofrecían entre otras muchas ventajas la de poderse dirigir como una manguera. El chorro seguía los movimientos de la mano.

Acribillado de múltiples agujeros —los proyectores funcionaban con una frecuencia de cincuenta períodos por segundo— el enorme motor reventó como una carcasa arrojando una llamarada de gasolina. Inmediatamente Tuanko retiró el pulgar del disparador y movió ligeramente el aerobote a un lado para enfilar en el visor el motor de la izquierda.

Las aeronaves llegaban en este momento sobre la ciudad y empezaban a soltar largas ristas de bombas.

—¡Maldito seas, cerdo! —murmuró Tuanko pulsando de nuevo el disparador.

El motor de babor de la aeronave, por un defecto de la puntería de Tuanko, fue arrancado de sus soportes al serle cercenadas las barras de acero que lo unían al fuselaje. El motor cayó como una bomba más sobre la ciudad. La máquina experimentó una súbita pérdida de velocidad, que obligó a Tuanko a elevar bruscamente su aparato para no dar alcance a la aeronave y colisionar con ella.

—¡Bravo, tío, lo estás haciendo muy bien! —animó Marek señalando la segunda aeronave—. Ahora a por la otra. Espero que esto les asustará y pondrán pies en polvorosa.

Tuanko hizo desviar el aerobote para situarse a la zaga de la segunda aeronave. Desde la torreta les dispararon de nuevo y los gruesos proyectiles golpearon peligrosamente el cristal parabrisas, lo que hizo enfurecer al contralmirante.

Lamentablemente no podían soslayar aquel peligro. El artillero saurio iba sentado en el centro del borde posterior de aquella especie de pastilla de jabón, muy cerca del reactor nuclear, que por razones estructurales debía ir situado en el centro de la aeronave y más bien hacia atrás para dejar espacio libre delante. Es decir, si

Tuanko disparaba contra la torreta artillera corría el grave peligro de alcanzar también al reactor, el cual estallaría como una bomba arrasando todo en dos o tres kilómetros de radio, y por supuesto la ciudad.

Una andanada de rayos lumínicos no acertó en el motor por poco, pasando por encima de éste. Tuanko se estaba poniendo cada vez más nervioso y Marek le miraba con el rabillo del ojo, preguntándose si en sus circunstancias él lo habría hecho mejor. En la segunda andanada hubo más fortuna y el motor estalló igual que había hecho el de la primera aeronave.

Las dos máquinas habían pasado sobre Ventura largando sus bombas y ahora empezaba a preocuparles el enemigo que llevaban tras su estela. La primera aeronave había quedado rezagada y la otra, todavía con un reactor en marcha, viraba a estribor de nuevo hacia la quebrada. El impulso de un solo motor, el de babor, le ayudó en esta maniobra. La verdad era que con un solo motor estas grandes máquinas eran incontrolables. El comandante de la nave apagó el reactor y conectó los motores eléctricos de hélice.

Reduciendo todavía más la velocidad, Tuanko siguió a la máquina en su viraje. Comprobó que se alejaba.

—¡Huye! —exclamó Marek jubilosamente—. ¡Ese lagarto no quiere más historias con nosotros!

Tuanko echó una ojeada a la otra aeronave. Había virado también y se alejaba haciendo girar sus hélices, bastante rezagada respecto de la primera.

—¡Corred, malditos, que no llegaréis muy lejos! —dijo Tuanko entre sus dientes apretados.

Miró hacia la ciudad, que ahora tenía a estribor, y vio salir de ella mucho humo.

—Los graneros están ardiendo —dijo Marek, que iba sentado a la derecha de Tuanko y tenía una mejor visión—. ¡Pobre gente, otra vez se han quedado sin comida!

—Les repondremos el grano que han perdido, eso tiene fácil arreglo. Lo que no podremos hacer es devolver la vida a sus muertos. ¡Como pude dejarme sorprender tan tontamente! —exclamó Tuanko con amargura.

Marek se limitó a guardar silencio espiándole con el rabillo del ojo. En este momento brotaba de la radio la voz de Belén Izquiaola

preguntando qué ocurría.

—Las aeronaves han huido —informó Marek—. Los destrozos en la ciudad han debido ser considerables.

—Dile que traiga el buque a la ciudad, y a Fidel que prepare material quirúrgico y equipo sanitario para atender a los heridos. Esos criminales lanzaron bombas de fósforo. Habrá muchos quemados.

—Te escucho, Tuanko —respondió Izquiaola—. Vamos allá.

—Aterrizo lo más cerca posible de la ciudad. Y déjame hablar con Aigor —ordenó Tuanko.

Der Aigor estaba a la escucha y acababa de oír la conversación entre el contralmirante e Izquiaola.

—Aigor, quiero que te eleves y persigas a esas aeronaves del demonio.

—¿Quieres que las derribe?

—No. Sólo síguelas y acósalas. Acércate para que puedan verte bien, pero no las derribes. Quiero que sus pilotos regresen a su base y puedan contar lo que han visto. Los saurios deben conocer nuestra presencia en el Guandú, y deben aprender a temernos. Porque las cosas van a cambiar de ahora en adelante —dijo Tuanko.

—Comprendo lo que quieres decir. Les seguiré y les daré un buen susto —prometió Der Aigor.

Abandonando la persecución de las aeronaves Tuanko viró y regresó hacia Ventura. Una vista desde el aire permitía apreciar los daños sufridos. Las aeronaves saurio habían efectuado dos pasadas sobre la ciudad y el camino que recorrieron quedaba perfectamente marcado por una especie de “X” de casas hundidas o reventadas por las bombas. Había incendios por todas partes, muchos de ellos provocados por la caída de pavesas en las techumbres de ramaje, y la gente corría enloquecida por las calles llenas de escombros, ignorando que el peligro ya se había alejado.

Poco después el aerobote tripulado por Tuanko y Marek descendía verticalmente sobre la Plaza Mayor, frente al derruido edificio del Senado. Los guandúas iban de un lado a otro como atontecidos, buscándose unos a otros y removiendo los escombros entre sollozos y gritos lastimeros. Era la primera vez que los venturinos sufrían un ataque aéreo, aunque muchos de los refugiados tenían experiencia en hechos similares ocurridos en las

ciudades y aldeas que tuvieron que abandonar.

Las víctimas eran muy numerosas entre los escombros del Senado, por hallarse reunidos los senadores en sesión pública cuando sobrevino el ataque. La plaza, tomada como eje del ataque saurio, había sido por dos veces blanco de las bombas, apareciendo en ruinas prácticamente todas las casas que cerraban el cuadrilátero.

Las casas de los venturinos, de adobe y ramaje, eran ligeras y no podían haber causado muchas víctimas como consecuencia del desplome de paredes y techos. Pero los heridos de quemaduras eran abundantes y su estado siempre revestía alguna gravedad. Muchos de los heridos que pasaban ante los valeranos eran gimientes piltrafas en carne viva.

—¡Nos hemos lucido como dioses protectores del pueblo! — exclamó el contralmirante en determinado momento.

—No digas tonterías —replicó Marek.

En presencia de los dos astronautas los guandúas extrajeron de los escombros el cadáver del cónsul Bardo. Había muchas otras víctimas entre los senadores y el público que asistía a la reunión del Senado.

—¿Por qué no está aquí ya ese cabezón de Fidel con los sanitarios? —exclamó Tuanko lleno de impaciencia mirando al cielo.

Sin embargo Fidel Aznar no había perdido un minuto después de saber que la ciudad estaba siendo bombardeada. Acudió antes que el “Coimbra” adelantándose a éste en un aerobote que aterrizó también en la Plaza Mayor y transformó en ambulancia. Mientras tanto, una de las cápsulas Karendón Traslator que todavía quedaban a bordo del “Coimbra” venía siguiendo al aerobote y aterrizaba igualmente en la plaza. Pilotaba la cápsula la brigadier Altair Newell, quien al saltar a tierra buscó a Tuanko y le informó que traía en la cápsula el “vetatom” del Primer Regimiento de Tropas Especiales por si era necesaria su colaboración.

—Naturalmente que les necesitamos —respondió Tuanko—. Los guandúas están traumatizados y tampoco entienden de prestar primeros auxilios. Que venga la tropa.

La Karendón empezó a funcionar, restituyendo de cada golpe veinticinco hombres con equipo de combate. Este equipo consistía

en armadura total de vacío, dorsal de levitación (back) y fusil lumínico. Con la primera sección fue restituido el comandante Ariko, jefe del Primer Batallón, a quien se informó de la misión que iba a cumplir la tropa.

Desmaterializadas en Valera, estas tropas habían viajado en los cruceros en forma de grandes rollos de cinta perforada (vetatom) hasta el momento de ser restituidas. Al aparecer en la cámara de la Karendón, los soldados ignoraban en qué lugar y qué tiempo se encontraban; su último recuerdo era que iban a ser desmaterializados para formar parte de la expedición del contralmirante Tuanko Aznar al hiperplaneta, si bien se les había advertido que quizá no fuera necesaria la intervención, en cuyo caso regresarían a Valera sin haber conocido el mundo interior del gigantesco Negro.

Lo primero que escuchaba cada soldado, al ser restituido, era la voz de su comandante resumiéndole la situación:

“Se encuentran ustedes en el interior del hiperplaneta Negro. No existe peligro, van ustedes a colaborar en una operación de auxilio a un poblado indígena que ha sido bombardeado. Abandonen la cámara en orden y rapidez.”

Mientras la tropa salía por las dos portillas de la cámara era informada por radio del resto de las instrucciones:

“Formen sus armas en pabellón y quítense la armadura, no la van a necesitar y sólo será un estorbo. Conserven los zapatos”.

Los soldados echaban una mirada de curiosidad a su alrededor y corrían a formar. Dejaban sus fusiles en pabellón, se desembarazaban de sus escafandras y armaduras y corrían a colaborar con los sorprendidos guandúas en la tarea de desescombro y rescate de heridos. Cada tres minutos aproximadamente llegaban veinticinco hombres para sumarse a los que ya estaban actuando. En media hora ya había doscientos cincuenta hombres participando eficazmente en las tareas de socorro.

—Que venga el “Benarés” —ordenó el contralmirante Tuanko, pareciéndole que la operación iba demasiado lenta.

Mientras tanto había llegado el “Coimbra”, cuya mole de 300 metros de longitud y 40 metros de altura se posó en un maizal contiguo a las últimas casas de la ciudad. La aeronave, debido a su

enorme peso, se hundió en el terreno hasta la altura del umbral de sus grandes portones laterales, abiertos de par en par. Mientras tanto, el “Benarés”, que todavía se encontraba en el lago, transmitía a la Karendón del “Coimbra” la clave para confeccionar una copia de los “vetatom” de cinco compañías del Tercer Batallón. Los soldados del Tercer Batallón empezaron a salir por la Karendón Traslator del “Coimbra”.

Abandonando la Plaza Mayor, el contralmirante Tuanko atravesó andando media ciudad para llegar hasta el lugar donde el “Coimbra” hacía un despliegue espectacular de sus recursos. El Ejército Valerano no estaba entrenado solamente para la guerra, sino también en misiones de paz y auxilio, para colaborar en las grandes catástrofes nacionales. Tuanko había cuidado mucho su segunda expedición al hiperplaneta, acumulando todos los recursos que pudiera necesitar.

En un campo de alfalfa inmediato al “Coimbra” los soldados recién llegados procedían a levantar un campamento de grandes tiendas de lona, donde eran hospitalizados los heridos menos graves, a cubierto de los ardores del inclemente sol del desierto. Los sesenta hombres y mujeres de la tripulación del buque colaboraban activamente abriendo cajas de medicinas y material sanitario. Todos los aerobotes estaban en servicio, trasladando heridos desde la ciudad al “Coimbra”, cuya amplia enfermería estaba atendida por Fidel Aznar y un grupo de enfermeras. La organización era perfecta en todos sentidos y los altavoces del crucero impartían continuamente órdenes e instrucciones.

Uno de los recados era para Tuanko:

—Se ruega al contralmirante Aznar se ponga inmediatamente en comunicación por cualquier medio con la sala de derrota. ¡Es muy urgente!

Tuanko apresuró el paso entrando por uno de los grandes portalones y subiendo hasta la primera cubierta. La primera cara conocida que se encontró fue Paulina Elorza que venía por el corredor en dirección a la cámara de derrota.

—¿Lo sabes? ¡Hay novedades! —exclamó la joven—. ¡Los dioses se deciden a visitarnos!

—¡Qué dices!

—¿No lo sabías? —Paulina lanzó un chillido de alegría—. ¡Y he

tenido que ser yo quien te diera la noticia, qué bueno!

Tuanko la dejó plantada y entró en la cámara. Casi todos los del equipo científico estaban reunidos alrededor de la consola del operador de radio. Belén Izquiaola bajó corriendo los cuatro escalones del puente y casi se precipitó en los brazos de Tuanko.

—¿Dónde has estado? ¡Hace una hora que te busco!

—Calma, chica. No hace una hora, ni media hora que hablé contigo. ¿Qué ocurre?

—¡Los dioses! ¡Los dioses anuncian que vienen a entrevistarse con nosotros!

—¿Cómo lo anunciaron?

—¡Por la radio! ¿Cómo iban a hacerlo? Vienen en dos “sillas voladoras” y ya están en camino. Sadra ha establecido contacto por radar. En efecto, hay dos objetos volantes no identificados en ruta hacia aquí. Deben ser las “sillas voladoras”, pero aunque insistieron en el carácter pacífico de su visita, no estando tú para decidir otra cosa, hemos tomado nuestras precauciones. Sadra se quedó allá arriba vigilando, y he advertido a los dioses que disparemos contra sus máquinas si se acercan a menos de doscientos kilómetros.

—¿Qué clase de máquinas son esas “sillas voladoras”?

—No se sabe. De cualquier forma no son aparatos muy rápidos. Acabo de hablar con Sadra y me dice que esas máquinas se desplazan a una velocidad de mil kilómetros por hora aproximadamente, o sea, que todavía tardarán más de una hora en alcanzar el punto límite que hemos fijado.

Tuanko aprobó con firmes movimientos de cabeza las medidas de precaución de sus comandantes. Naturalmente, si los “dioses” no se podían acercar a los cruceros, él tendría que salir al encuentro de los visitantes.

—Por cierto —preguntó de pronto—. ¿De qué lado vienen?

Belén Izquiaola le miró sorprendida, como si acabara de preguntar cualquier tontería.

—De la montaña, naturalmente. Del Olimpo.

—¿O sea, que la leyenda de los guandúas tenía una base de realidad? Los dioses se refugian en el Olimpo y desde él vigilan todo cuanto ocurre en el desierto —murmuró.

Gerardo Castillo, Mario Valera y Nuria Ross acababan de advertir la presencia del contralmirante y acudieron a rodearle.

—Ya lo has visto, Tuanko —dijo el profesor Valera—. Nuestra estrategia dio resultado. Los dioses han sabido de nuestra presencia y vienen a buscarnos.

—¿Quién habló con ellos? ¿Qué fue lo que dijeron exactamente? —preguntó Tuanko.

Respondió Belén Izquiaola:

—Fue Ira Sadra quien captó su radio. Parece ser que dijeron algo como: “Somos los dioses del Guandú, los dioses del Olimpo. A las aeronaves terrícolas o valeranas que se encuentran en Ventura; los dioses queremos hablar con vosotros. Vamos a ir a vuestro encuentro tripulando dos “sillas voladoras”. Estos aparatos van totalmente desarmados, queremos parlamentar.”

—¿No dijeron nada más?

—Ira dijo que iba a consultar el asunto. Luego, como tardábamos en dar contigo, comunicó de nuevo con los dioses para advertirles que bajo ningún pretexto se acercaran a menos de doscientos kilómetros de Ventura. Contestaron ellos que se detendrían en algún punto situado sobre el río y que esperarían nuestras instrucciones.

—Saldremos a su encuentro —dijo Tuanko—. Utilizaremos un aerobote.

—¿Podemos ir también? —preguntó Valera. Y ante la vacilación de Tuanko añadió—: Se trata de una entrevista amistosa. Sería absurdo que los dioses trataran de matarnos.

—De acuerdo, iremos todos —aprobó Tuanko.

Minutos después aparecía Marek Aznar con el blanco uniforme tiznado y manchado de sangre. Después de colaborar en el rescate de las víctimas del Senado, habiendo escuchado en la radio el aviso para que se presentara Tuanko, tomó uno de los aerobotes cargados de heridos para regresar al buque.

Marek se mostraba encantado.

—Sabía que estaban allí, siempre lo dije. Y sabía que ellos serían los primeros interesados en ponerse en contacto con nosotros. Al contrario que los guandúas, que sólo tienen una idea confusa de su origen, los “dioses” deben guardar memoria oral y escrita de la llegada de sus abuelos al hiperplaneta. Después de tanto tiempo, no es aventurado suponer que hayan experimentado una gran emoción al escuchar nuestras voces hablando su mismo idioma en nuestras

comunicaciones por radio.

—Pronto lo sabremos —dijo Tuanko.

Media hora más tarde, después de haberse cambiado de ropa, el contralmirante se reunía con los científicos al pie del aerobote pilotado por Marek. Después de mudarse de ropa, el propio Marek se había ocupado de que lavaran el aerobote quitando la sangre y la mugre que cubría asientos y alfombrillas. Sólo faltaba Fidel, ocupado en prodigar sus conocimientos médicos a gran cantidad de heridos de quemaduras.

El aerobote remontó el vuelo y siguió a escasa altura el curso del río, pasando sobre el lago y continuando hasta la cola del embalse. Más adelante el río se metía en una serie de “cañones” y desfiladeros, donde abundaban las cascadas y los rápidos. El suelo ascendía continuamente. Volaban sobre el borde de una plataforma. A doscientos kilómetros de Ventura se detuvieron. En este punto comenzaba la selva; una faja de mil quinientos kilómetros en profundidad hasta las estribaciones de la cordillera donde se alzaba majestuoso el formidable Olimpo con sus 16.000 metros de altitud, casi enteramente cubierto de nieves perpetuas.

El lugar era fácilmente identificable y Tuanko comunicó por radio con el “Benarés” para informar el punto donde se encontraban. A su vez desde el “Benarés” informaron que las “sillas volantes” se hallaban a doscientos kilómetros del lugar donde acababa de aterrizar el aerobote. En quince minutos los valeranos debían avistar a los dioses del Olimpo.

## CAPÍTULO X

**A** las grandes y silenciosas, bajo la sombra de un árbol solitario, en la dirección donde esperaban ver aparecer las máquinas voladoras de los moradores del Olimpo. Unos metros abajo, al pie del collado, el aerobote reflejaba el sol en la cubierta acristalada. Debajo de esta cubierta, disfrutando las ventajas del aire acondicionado, Marek Aznar y el sargento Eced permanecían atentos a la pantalla de radar. Cruzados sobre las rodillas tenían sus fusiles de “luz sólida”, una simple precaución por lo que pudiera pasar.

Fuera de la sombra del árbol, Tuanko Aznar miraba al espacio lleno de luz, los párpados ligeramente entornados. En la mano sostenía un pequeño aparato de radio, no mayor que una cajetilla de cigarrillos. Del aparato brotó la voz de Marek anunciando:

—Ahí llegan, velocidad y rumbo inalterables.

Paulina Elorza salió corriendo de la sombra y lanzó un grito estridente que sobresaltó a todos:

—¡Ahí, ahí... los veo!

En este momento Tuanko vio los aparatos. Eran dos pequeñas esferas que brillaban al sol moviéndose rápidamente a unos mil metros de altura sobre el río. Escuchó la voz de Marek dirigiéndose a los aparatos:

—¡Aló, sillas voladoras! Están acercándose a nuestra posición, van a pasar de largo si no reducen la velocidad. ¿Me escuchan?

Tuanko no pudo oír la respuesta de los aviadores, pero le pareció advertir que las máquinas reducían bruscamente la velocidad. Esto pudo asegurarlo después viendo como se alargaba el tiempo. Las esferas estaban descendiendo en una larga picada que apuntaba directamente al lugar donde se encontraba el aerobote. A trescientos metros de altura sobre el aerobote se detuvieron por completo y quedaron un momento inmóviles, para a continuación

descender verticalmente.

Tuanko estudió con curiosidad los aparatos. El nombre que le dieron los “dioses” les describía perfectamente; “sillas voladoras”. Eso eran, una amplia silla con brazos y reposacabezas, envuelta en una esfera de cristal. Eran como pompas de jabón con una butaca y un individuo dentro. Cada esfera tenía en la parte inferior un par de patines. Detrás del respaldo de la silla asomaba la boquilla de un motor de iones: todo sencillo, elemental y muy práctico.

La “silla voladora”, por lo que podía verse, era ancha para un solo individuo y resultaba algo estrecha para dos. En cada una de las pompas venían dos tripulantes. El cristal de la esfera, teñido de azul, no dejaba ver muy bien las facciones de los ocupantes. Sí lo suficiente para asegurarse de que eran humanos. La sustentación de estos extraños aparatos, evidentemente, se obtenía mediante un campo de fuerza antigravitacional. La base de cada esfera sobre la que se atornillaba la butaca y descansaban los pies de los tripulantes, debía ser de “dedona”.

Las dos “sillas” aterrizaron con suavidad, posándose sobre sus patines a unos cincuenta metros de distancia del aerobote.

—Bien, vamos allá —dijo Tuanko haciendo un gesto a sus amigos para que le siguieran.

Mientras los valeranos bajaban por la ladera se abrieron las esferas por la parte delantera. Un hombre y una mujer saltaron a tierra desde la primera esfera. De la segunda saltaron otro hombre y otra mujer. Todos vestían de forma parecida, es decir, llevaban trajes de una sola pieza ceñidos al cuerpo, poco prácticos considerando el calor reinante. La hechura de los trajes resultaba más aparente en las mujeres, al ceñir los muslos, la curva de las caderas y los senos.

Una de las mujeres era especialmente atractiva; joven, alta, de largas y torneadas piernas, desarrollado el busto y los cabellos largos y dorados como una lluvia de oro. La segunda mujer era igualmente joven, con una belleza singular, distinta. De estatura mediana tenía las formas más redondeadas, especialmente las caderas, los cabellos negros y los ojos castaños, grandes y sombreados de largas pestañas.

Los hombres eran rubios, altos y bien proporcionados; uno de ellos muy joven, el otro hacia los treinta y tantos años, con

profundas entradas en las sienes y el cabello clareando en la parte superior del cráneo. Excepto la muchacha morena, que lucía con plenitud la belleza de sus rasgados ojos, todos los demás llevaban gafas de cristales ahumados.

Buscando alguna expresión en los rostros de los desconocidos, Tuanko fue a fijarse en los ojos de la muchacha morena. Ella le miró a su vez con una expresión entre incrédula, sorprendida y emocionada.

—¿Terrícolas? —preguntó la chica.

—Valeranos —respondió Tuanko.

Puestos en una fila, los “dioses” guardaron silencio. Aun con las gafas se les advertía emocionados. Especialmente la muchacha morena parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro. Sus bellos ojos estaban húmedos de lágrimas. El hombre de más edad se aclaró la voz con un carraspeo.

—Me llamo Ayala —dijo roncamente—. Soy Fernando Ayala. Ella es mi hija Eslava. Aquí Brentona, y este es Mikerino. ¿Esos luceros corresponden a un contralmirante?

—Soy el contralmirante Tuanko Aznar, de la Armada Sideral Valerana...

Como si las fuerzas le fallaran, suavemente, Eslava se dejó caer hasta que sus rodillas se hincaron en la tierra caliente. Incluyó la cabeza, dejando que los largos cabellos le ocultaran el rostro como una cortina, y sollozó sacudiendo esporádicamente sus hombros.

—¿Se siente bien? —preguntó Tuanko a Ayala.

—No es nada... sólo la emoción de este momento. Es una chica muy emotiva, discúlpenla.

—Bien. Éstos son mis amigos; profesor Eduardo Castillo, profesora Paulina Elorza, profesora Nuria Ross, profesor Mario Valera.

Fernando Ayala estrechó la mano a todos, haciéndolo a continuación Brentona y Mikerino. Eslava se puso en pie.

—Disculpen mi curiosidad —dijo el profesor Valera—. ¿Cuánto tiempo llevan en el hiperplaneta?

Ayala sonrió.

—Ellos poco —dijo señalando a Mikerino y Eslava—. Todavía están en su primera y genuina encarnación. Brentona y yo somos algo más viejos... Digamos que unos mil doscientos años más.

—¡Mil doscientos años! O sea, que tienen ustedes una Karendón de la cual se han servido todo este tiempo para sus sucesivas reencarnaciones.

—En efecto, tenemos una vieja y descacharrada Karendón.

Sorprendentemente y a pesar de lo mucho que tenían que preguntarse unos a otros, sobrevino un largo y tirante silencio.

—¿Por qué no vamos a charlar en nuestro aerobote, o buscamos al menos la sombra de aquel árbol? Este sol me está matando, aunque ustedes, naturalmente, deben estar acostumbrados —dijo Tuanko.

—No lo crea —negó Ayala—. Allí en la montaña el sol es fuerte, pero tenemos otra temperatura. ¿Por qué no nos acompañan a nuestro refugio? Volando en su aerobote llegaríamos en unos minutos.

Hagámoslo al revés —propuso Tuanko—. Ustedes nos acompañan a nosotros, y luego les visitamos en su refugio.

Fernando Ayala se quedó dudando y la hermosa Brentona espetó con rudeza:

—¿No lo ves, tonto? Ellos desconfían de nosotros. Se niegan a venir a nuestro refugio temiendo que les secuestremos o algo parecido. ¿No es cierto, señor Aznar?

—¿Tengo que disculparme si ustedes no me merecen toda la confianza? —respondió Tuanko—. Después de todo somos unos perfectos desconocidos unos para otros. Supongo que alguien tendrá que dar la primera muestra de buena voluntad. ¿Por qué no ustedes, que necesitan de nosotros más que nosotros de ustedes?

—¿Quién ha dicho que les necesitemos? —protestó Brentona.

—Yo lo sé, señora. Están ustedes llenos de problemas y dificultades. No les he investigado en profundidad, pero lo sé y puedo averiguarlo.

—Esperen, no discutamos por eso —dijo Ayala conciliador—. El señor Aznar está en lo cierto. Demostraremos nuestra confianza acompañándoles.

—Yo no iré —dijo Brentona. Y como queriendo justificar la brusquedad de su negativa añadió—: Regresaré pilotando la silla, alguien tiene que hacerlo. Mikerino pilotará la otra.

Mikerino, que no debería tener más de dieciocho años y apenas había murmurado un “mucho gusto” al estrechar la mano de los

valeranos, siguió dócilmente a la gallarda Brentona.

—Muy bien, vengan a nuestro aerobote —invitó Tuanko con un ademán.

En el aerobote, Tuanko presentó a Marek a los Ayala.

—¿Así que ustedes son los moradores del Olimpo? —exclamó Marek—. No tienen idea de la saliva que hemos gastado hablando de ustedes desde que tuvimos noticias de su existencia. ¿Y ustedes cómo supieron de nosotros?

—Por los tambores. Tenemos algunos puestos de escucha para interpretar los mensajes que los guandúas intercambian con sus tambores.

—Muy práctico —murmuró Marek.

Y empuñando los mandos hizo elevarse el aerobote volando sobre el río en dirección a Ventura.

—¿Son ustedes muchos en el Olimpo? —preguntó Nuria Ross.

—Nuestra población está actualmente por encima de los cien mil habitantes.

—Teniendo en cuenta el tiempo que llevan aquí, ¿no son pocos?

—Nos esforzamos por no crecer demasiado —respondió Ayala.

—¿Controlan el número de nacimientos? ¿Cuál es la razón?

—Una colonia de cien mil individuos puede vivir con cierta comodidad con los medios que poseemos. Si hace mil cuatrocientos años hubiésemos abierto la puerta del crecimiento ilimitado, hoy seríamos tres o cuatro mil millones. Una población tan numerosa nos hubiera obligado a explotar nuevos recursos o recurrir al maquinismo, o sea todo lo contrario de lo que nos propusimos el día que llegamos al desierto porque no podíamos ir a ninguna otra parte.

—Entiendo que no permanecen ustedes aquí por su gusto —dijo el profesor Valera—. ¿Qué fue lo que les obligó a quedarse? ¿Un accidente tal vez?

—Efectivamente, fue un accidente. Sobrevivieron veinte, entre ellos mi padre. Pero también murió, hace cuatrocientos sesenta años.

—O sea, que el origen de la primera colonia terrícola en el hiperplaneta se remonta a... ¿cuántos años?

—Mil seiscientos ochenta años. Por aquel tiempo mi padre formaba parte de la tripulación de un autoplaneta del tipo

esferonave, de quinientos millones de toneladas. Viajaban en el sub-espacio por control automático, buscando nuevas estrellas de composición semejante a la del Sol. El sistema de frenado debía reaccionar al ser impresionado por la luz de una de estas estrellas, hasta que la esferonave pasara a velocidad sub-lumínica, momento en el cual se pondrían en marcha las Karendón regresando la tripulación que se habría desmaterializado antes de alcanzar la velocidad de la luz. El azar puso en el camino de la nave este hiperplaneta maldito, formado como ya saben por una enorme burbuja de materia en cuyo interior hay un sol. Mi padre, que fue tercer oficial de la esferonave, solía achacar el accidente a la mala suerte. Por supuesto, no estaba previsto que fueran a encontrarse con un planeta de estas características. Si la nave hubiese llevado menos velocidad, el sistema de frenado habría actuado con tiempo suficiente para eludir el sol que ocupa el centro de este espacio. Si hubiese llevado mucha más velocidad, el sistema de freno habría actuado demasiado tarde; la nave, todavía convertida en una nube de partículas de alta energía, habría pasado a través del sol y luego a través de la pared opuesta del planeta materializándose en el espacio exterior. Pero la velocidad que llevaba la nave fue la justa para que al materializarse se encontrara prácticamente encima del sol. Los primeros tripulantes que fueron materializados por la Karendón vieron con horror que la nave se precipitaba sobre el sol. Hicieron todo lo posible por evitar la colisión desviando a la nave de su trayectoria, y algo debieron conseguir, aunque poco. Se produjo una escena de terror. Mi padre, entre otros, corrió hacia una cápsula Karendón Traslator. La explosión que desintegraba a la esferonave lanzó fuera a la cápsula y sus ocupantes se vieron impensadamente alejándose de aquella voraz hoguera. Es decir, la esferonave no se estrelló contra el sol, sino que pasó tan cerca de éste que el intenso calor incendió el hormigón del casco. La cápsula en la cual se salvaron mi padre y sus compañeros era muy fuerte, tenía un casco de “dedona” de un metro de espesor y sobrevivió a la explosión y la enorme temperatura. Así fue como se salvaron y pudieron llegar a tierra, pero quedaron para siempre prisioneros del hiperplaneta.

Los valeranos permanecieron en silencio, impresionados por el relato de Fernando Ayala, hasta que Nuria Ross preguntó:

—¿Por qué unos hombres que tenían una Karendón y los conocimientos básicos para reconstruir su mundo tecnológico, optaron por crear una sociedad de tipo primitivo?

Ayala dejó escapar un leve suspiro.

—Había entre los náufragos catorce hombres y ocho mujeres. Después de las primeras semanas de desesperación vino la reflexión y con ella el convencimiento de que nadie vendría a rescatarles. Exploraron el hiperplaneta volando en la cápsula y comprobaron que la única vida inteligente estaba representada por una raza de saurios. Sus tentativas de confraternizar con los saurios fracasaron lamentablemente, todas las pruebas demostraron que jamás podrían convivir humanos y saurios. Entonces decidieron recrear su propia civilización.

—E inventaron un tipo de sociedad modélica, donde el hombre no conocería los tremendos traumas de nuestra antigua civilización; la esclavitud, las guerras de conquista, la explotación y la tiranía...

—En principio no se puso a discusión cómo sería el mundo que ellos y sus descendientes iban a crear. Se suponía que todos los supervivientes de la catástrofe eran individuos de una moralidad intachable. Esto era así, porque en los tiempos que mi padre se embarcó para explorar el espacio, eran muy escasas las personas dispuestas a arriesgar su vida en una empresa sin provecho material aparente. En la Tierra, las máquinas Karendón cubrían todas las necesidades de una nación de zánganos que, buscando nuevas emociones a su aburrida existencia, recurrían al abuso del alcohol y el consumo masivo de drogas alucinógenas. La criminalidad había alcanzado cotas increíbles. La gente se suicidaba en sus crisis depresivas. El prodigio de las máquinas Karendón, al permitir sucesivas reencarnaciones, había dado lugar a un juego infernal. Los jóvenes obtenían su “vetatom” personal de la máquina y luego se dedicaban a destruir su cuerpo con toda suerte de excesos. A los veinticinco años, si había sobrevivido a sus crisis nerviosas, a la agresión o a la muerte repentina por una sobredosis de alcohol o de droga, el individuo era una ruina total. Medio muerto iba en busca de su “vetatom”, con sus últimas fuerzas llegaba a una Karendón y se hacía reencarnar en su cuerpo de quince o dieciséis años. Al transmigrar ignoraba todo lo ocurrido en el transcurso de su vida anterior. No tenía recuerdos, era un individuo nuevo, dispuesto a

descubrir por sí mismo la emoción de sensaciones y placeres desconocidos. Rápidamente se incorporaba al vértigo de aquel mundo alucinante... y diez años más tarde estaba de regreso en la Karendón para dar otro “salto atrás” y comenzar una nueva vida. Salvo raras excepciones, esta era la gente que habitaba la Tierra en el tiempo que mi padre se embarcó. Había, naturalmente, hombres y mujeres que miraban a su alrededor y se horrorizaban de aquel desatino. Todos los que viajaban en aquella esferonave eran como mi padre, gente inconformista, soñadores que todavía creían que la Humanidad había sido creada para algo más limpio y más digno. De modo que en los primeros años no hubo problemas ni se discutió como debería ser la nación que estaban creando aquí en el hiperplaneta. Todos sabían “como no debía de ser”. Pero no se pensaba en eso, sino en otras cosas más inmediatas y urgentes, tales como sobrevivir. La exploración del hiperplaneta había demostrado que éste era un mundo prácticamente inhabitable. Se miró hacia los planetas que orbitan el sol, y se utilizó la cápsula portadora como aeronave de compromiso. De los planetas que se exploraron dos al menos reunían condiciones para la vida...

—¡Caramba! —exclamó Mario Valera sorprendido—. ¿Hay también planetas habitables entre los que orbitan este sol? ¿Está seguro?

—Me consta que al menos uno de ellos está habitado. Mi padre vivió en él, se llama Gea. Lo bautizaron Gea por su parecido en tamaño, por la inclinación de la elíptica y otras características semejantes a las de la Tierra. Gea es uno de los nombres de Cibeles, que fue hija del Cielo y diosa de la Tierra.

—O sea que hay vida en él.

—Hay la vida que aportaron nuestros padres. Cuando éstos pisaron por primera vez el planeta, Gea era un mundo completamente estéril, aséptico. Allí estaban las tierras, los mares, las montañas y los ríos, el cielo y las nubes, la lluvia y el viento. Sólo faltaban los gérmenes, las bacterias y las semillas para alumbrar una vida nueva. Los náufragos decidieron quedarse en Gea. Sólo tenían la Karendón, pero en verdad no podía decirse que fuera sólo esto. La máquina, preparada para inseminar la vida en los planetas estériles que la expedición pudiera descubrir, llevaba consigo un auténtico tesoro en forma de cintas perforadas. Semillas,

por supuesto, y también abonos y herramientas apropiadas para cultivar la tierra, familias de insectos, de peces, de aves y animales domésticos, incluso caballos unicornios, toda una pequeña Arca de Noé...

—Pero todos esos animales, incluso los peces, no podrían multiplicarse en Gea antes de que brotara la hierba y se extendieran las especies vegetales —apuntó Paulina Elorza.

—En efecto, fue un proceso muy lento y costoso propagar la vida en el estéril planeta. Con todo, dos siglos después, ya estaba cubierto de vegetación un territorio tan grande como toda Europa. La prole de los náufragos se había multiplicado y sus descendientes se cruzaban entre sí combinando de todas las formas posibles una sola veintena de apellidos. Naturalmente con el crecimiento de la población aumentaban las necesidades y ganaba terreno la tendencia a depender cada vez más de las máquinas. La Karendón estaba programada para fabricar algunas pequeñas máquinas auxiliares, como mulas mecánicas, bombas de agua, reactores nucleares y vehículos ligeros todo terreno, de los que se hizo un uso abusivo, especialmente de los últimos. Empezaba a hablarse de un mundo futuro lleno de automóviles y trenes, de aparatos de televisión y electrodomésticos. Por supuesto, lleno también de karendones que lo harían todo y liberarían al individuo de la maldición del trabajo...

Ayala se interrumpió para mirar al paisaje a través del cristal azulado que mitigaba los ardores del sol.

—Realmente, las máquinas pueden hacer la vida muy agradable.

—Pero su padre de usted tal vez no lo pensaba así —dijo Nuria Ross espiando la expresión de Ayala.

—Mi padre y algunos de sus amigos veían con preocupación esta marcha de la sociedad hacia una forma de vida que iba a ser una repetición del mundo que dejaron en la Tierra. Para mi padre, el problema consistía en que el individuo no era capaz de moderar sus impulsos, dando al hombre lo que era del hombre, y a la máquina lo que era de la máquina. Se reunieron los padres de la patria y discutieron. Los más recalcitrantes enemigos del maquinismo propusieron poner la Karendón entre rejas y limitar su uso a las transmigraciones periódicas, que pronto serían muchas. Pero era demasiado tarde, la juventud se negaba a renunciar al derecho de

alcanzar un nivel de vida mejor, entendiendo por mejor la conquista de nuevas comodidades y la disminución gradual del trabajo y la ganancia del ocio para dedicarlo al deporte, al cultivo de las artes y la expansión del espíritu. En la Tierra, estos buenos propósitos habían conducido al hastío colectivo, a la masificación y la búsqueda de nuevas sensaciones en el abuso del alcohol, las drogas y el estímulo de los instintos sexuales. Surgió la desavenencia entre los padres de la patria, y mi padre y otros nueve amigos decidieron separarse de la colonia.

—Y decidieron venir al hiperplaneta. ¿Por qué escogieron el Guandú? —preguntó Nuria.

—Las razones fueron simples. El clima del desierto era más sano que el del resto del planeta. En el Guandú no había saurios y quedaba lejos de las tierras habitadas por éstos. Además, las especiales condiciones del desierto no iban a permitir la concentración en grandes núcleos urbanos. Era, y lo es todavía, un territorio más propio para el pastor nómada. Además, aquí la colonia no se vería en la necesidad de recurrir a la eficaz ayuda de la Karendón, los guandúas no verían jamás esta máquina ni conocerían su existencia; por lo tanto no ambicionarían tenerla jamás.

—Su padre y sus amigos abandonaron Gea tripulando la cápsula portadora Karendón, eso es evidente —apuntó el profesor Castillo.

—No había otra forma de hacerlo, la cápsula era el único vehículo capaz de volar entre Gea y el hiperplaneta. Tuvieron que robar la cápsula y escapar con ella, ya que de otra forma la colonia no se lo hubiera permitido.

—Pero al escapar con la Karendón les hicieron una mala faena a los Gea. Entre otras cosas les privaron de la posibilidad de transmigrar, y en consecuencia de prolongar su vida en sucesivas reencarnaciones.

—En efecto, así fue —admitió Ayala.

—¿Y usted lo considera ético?

—Bueno, fue cosa de mi padre, no mía. De mi padre y de sus amigos; Brentona, Austin, Flavio, Mikerino, Marcos, Eslava, Vázquez, Gil y Lorenzo.

—¿Y su padre y sus amigos nunca sintieron remordimientos de conciencia?

—No lo recuerdo, mi padre falleció en un accidente cuando yo tenía diez años. Todos los demás murieron también, pero durante el tiempo que conviví con ellos nunca les oí lamentarse de lo que hicieron. Supongo que pensaron que su conducta estuvo justificada por el fin perseguido. La verdad fue que realizaron una obra admirable a la medida de sus propósitos. Pero como toda obra humana ésta tuvo un fallo. Aunque renunciaron a toda intención de progreso, el progreso al fin nos alcanzó y arrolló. El mundo siguió andando mientras los guandúas vivían estacionados en su idílico atraso y el desarrollo de la energía nuclear puso al Guandú al alcance de los barcos y las aeronaves saurios. Éste es un hecho irreversible. Los guandúas han sido fatalmente destruidos por el progreso que rechazaron.

Fernando Ayala calló, viendo deslizarse por los costados del aerobote las montañas que ceñían el lago. Minutos después volaban sobre la represa. Ayala miraba al rojizo corte donde la montaña se desplomó hasta el fondo del desfiladero dando origen al embalse.

—¿Conoce este lugar? —le preguntó Valera.

Ayala asintió sonriendo.

—Aquí fue donde Gil y yo pusimos las cargas nucleares que desmoronaron la montaña. Debe hacer lo menos veinte años de aquello, Eslava no había nacido.

—¿Cómo se enteraban los dioses de las necesidades de los guandúas?

—Bueno, es fácil para nosotros mezclarnos con ellos y escuchar sus problemas. Basta broncearse la piel con un tinte y ponerse un taparrabos.

—¿Atienden siempre sus problemas, incluso los menudos? —interrogó Nuria Ross.

—Hicimos cuanto pudimos. Combatíamos las plagas de langosta, las enfermedades epidémicas del ganado... No fue mucho, pero es que tampoco podíamos hacer más. Nuestros medios son casi tan limitados como los de los guandúas.

—¿Rechazaron el maquinismo incluso para ustedes mismos?

—Bueno, tenemos algunas pequeñas máquinas, no muchas. Las que nos proporcionó la Karendón. Ya saben ustedes que las Karendón no inventan nada, sólo hacen aquello para lo cual se las programa a través de un “vetatom”.

—Pero en mil cuatrocientos años, ¿no crearon nada por sí mismos? ¿No inventaron nada? ¿Y esas sillas voladoras?

—Las sillas las hicimos nosotros utilizando parte de la “dedona” del casco de la cápsula y los pequeños reactores nucleares que fabrica la Karendón. Tengan en cuenta que entre los veinte supervivientes de la catástrofe del autoplaneta no había ningún técnico de alta cualificación. Eran gentes de una cultura general al uso, astronautas de oficio sin los conocimientos que podría haber tenido un físico nuclear o un ingeniero metalúrgico. La rapidez con que se produjo el accidente tampoco permitió sacar de la nave libros de texto especializados en temas que podrían habernos sido útiles. Es decir, las cosas que sabemos hemos tenido que descubrirlas por nosotros mismos en el transcurso de muchas generaciones.

De nuevo se interrumpió Ayala para pegar la frente al azulado cristal de la cubierta y echar una larga mirada al exterior. Estaban sobre Ventura y Marek inclinó el aerobote para virar en busca de un lugar apropiado para aterrizar. El “Benarés” había ido a reunirse con el “Tobruk” y ambos buques se veían uno a continuación de otro posados en los campos de cultivo, rodeados de gran número de tiendas de campaña, de vehículos, de gente y de cajas desparramadas por todas partes.

—¿Qué ha ocurrido en la ciudad? —preguntó Ayala sorprendido.

—Creí que lo sabía —respondió Tuanko—. Dos aeronaves saurio la bombardearon.

Ayala se volvió con expresión atónita.

—¡Cerdos, miserables saurios! —exclamó colérico. Hizo un esfuerzo por serenarse y preguntó—: ¿Ha habido muchas víctimas?

—No lo sé, la impresión es de que ha habido bastantes, sobre todo porque utilizaron bombas de fósforo, lo cual hace que los heridos revistan mayor gravedad.

—¡Pobres guandúas! —murmuró Ayala con ojos húmedos—. Durante siglos les hemos enseñado a prodigar el amor y la amistad, renunciando a todo acto de venganza. Tienen razón al renegar de sus dioses. Les hemos decepcionado cuando más nos necesitaban.

En este momento el aerobote descendía verticalmente para posarse en un campo de alfalfa, entre los cruceros y el borde de la

quebrada.

## CAPÍTULO XI

**A** más significado de los visitantes Ayala y su hijo visitaron la enfermería del “Coimbra” para interesarse por el estado de los heridos, siendo presentados a Fidel y al profesor Alejandro Aznar.

Llamado desde la cámara de derrota el contralmirante los dejó con Nuria Ross, Paulina Elorza, Valera y Castillo. Tanto Ayala como Eslava quedaron fuertemente impresionados por el tamaño del buque y el perfecto orden con que funcionaban todos los servicios. Respecto a Fidel Aznar, no había pasado desapercibida su poderosa personalidad. Eslava lo expresó a su modo diciendo:

—Es un hombre muy extraño. El desarrollo de su cabeza, ¿es un defecto congénito?

—Yo no diría que sea un defecto —respondió Nuria—. El tamaño de su cabeza solamente es un signo externo de la extraordinaria capacidad de su cerebro. Fidel es bartpurano. Su nombre Bartpurano es Adler Ban Aldrik.

—¡Un bartpurano! —exclamó Eslava admirativamente—. ¿Es cierto que los bartpuranos tienen dotes psíquicas extraordinarias?

—¡Ya lo creo! Y no sólo los bartpuranos, sino también los tapos. El contralmirante Tuanko, el comandante Marek y el profesor Alejandro son tapos. Incluso lo era el sargento que venía en el aerobote. Los tapos son mestizos de bartpuranos y terrícolas.

Después de visitar las dependencias del buque y la cámara de derrota, donde fueron presentados a la comandante Belén Izquiaola, los Ayala bajaron a tierra y recorrieron el improvisado campamento de tiendas de lona, hasta que llamados por los altavoces regresaron al “Coimbra”. Conducidos al comedor de oficiales, los Ayala se reunieron con el contralmirante Aznar, quien les presentó a la brigadier Newell y a los comandantes del “Tobruk” y el “Benarés”.

—Tengo malas noticias —dijo el contralmirante—. El

comandante Aigor persiguió a las aeronaves saurio hasta el mismo Mabasa y de regreso detectó la deflagración de un ingenio nuclear en un punto situado unos dos mil quinientos kilómetros al Este. Aigor se apartó de su ruta para ir a echar un vistazo y vio las ruinas de una ciudad grande inmediata a un río. ¿Saben de qué ciudad se trata?

Surgió a este propósito una cierta confusión. Ayala indicó que podía tratarse de Lutinia, pero Aigor la situó en el lado diametralmente opuesto. Todo venía de distintos puntos de vista; para los “dioses” el Este era lo que estaba a su derecha mirando desde el Olimpo hacia el desierto, y para Aigor el Este se situaba a la derecha de Ventura.

—En tal caso se trata de Elmonte —dijo Ayala—. En efecto es una ciudad de las mayores del Guandú, de aproximadamente treinta mil habitantes.

—Pues los saurios la borraron del mapa —aseguró Aigor.

Los Ayala se miraron aterrados. Después de la deflagración nuclear del Pequeño Cono, era la primera vez que los saurios utilizaban bombas atómicas contra los guandúas.

—Presentía que iba a ocurrir esto —dijo Ayala, abrumado por la magnitud de la catástrofe—. Después que los Grundos utilizaron un cañón de Rayos Zeta en el Pequeño Cono, temía que los saurios replicarían con todo el poder de su armamento nuclear.

—¿Su refugio del Olimpo está protegido contra un ataque aéreo con bombas atómicas? —preguntó Tuanko.

—Últimamente se han construido algunas galerías profundas en la montaña, pero la ciudad carece de cualquier otra protección.

—¿No tienen siquiera una batería de Rayos Zeta para defenderse de un ataque aéreo?

—Nunca hemos tenido Rayos Zeta, nuestra tecnología está todavía lejos de esta meta, aunque en pura verdad nunca haya sido esa nuestra meta. Nunca hemos fabricado armas de ningún tipo, ni siquiera fusiles. Siempre tuvimos a orgullo declararnos un pueblo pacífico. Las leyes que dimos a los guandúas eran muy rigurosas en este aspecto, y fueron estrictamente mantenidas hasta en tanto intervino un tercer factor: los saurios.

—Apuesto a que entonces se sintieron arrepentidos de su política no armamentista —sugirió la brigadier Newell.

Pero Ayala negó con energía:

—No, nada de eso. Aunque es evidente que pecamos de un exceso de buena fe, en un principio pensamos que si cedíamos ante los saurios sin ofrecer resistencia éstos respetarían a nuestro pueblo. El oro, el petróleo y los minerales que codician los saurios no tenían ningún valor para nosotros. Pero desgraciadamente los saurios no se contentaron con tomar las riquezas de nuestro subsuelo. Los guandúas no tardaron en descubrir esta pasión de los saurios por el dorado metal y la utilización en su provecho. De los saurios aprendieron también la mortífera eficacia de las armas de fuego, capaces de matar a distancia, y todo su interés se encauzó en ese sentido, conseguir armas. Todavía es inexplicable para mí el hecho de que los saurios sean capaces de vender a los guandúas las armas que luego estos utilizarán para matar saurios, pero al parecer es así como funciona el código moral de esos individuos. Nuestra sorpresa subió de punto cuando supimos que en el Pequeño Cono la tribu de los Grundos había obtenido una gran victoria sobre las aeronaves saurio utilizando por primera vez un cañón de Rayos Zeta. ¿Cómo consiguieron un arma de tanto valor, que incluso los katumes guardaban en el más celoso secreto? Simultáneamente nos enteramos de que los “dioses” estaban en Ventura repartiendo alimentos y llenando los graneros de la ciudad...

—Ustedes debieron pensar que éramos nosotros quienes habían cedido un cañón de Rayos Zeta a los Grundos —apuntó la brigadier Newell, quien añadió—: Dígame, Ayala. Cuando ustedes supieron que había gente extraña ayudando a los venturinos, ¿quiénes pensaron que éramos? ¿Terrícolas? ¿Valeranos? ¿Tal vez individuos de otra galaxia, como nahumitas, o redentores, o?...

Fernando Ayala sacudió la cabeza esbozando una melancólica sonrisa.

—Podría decirles que pensamos en cualquiera de ellos, pero sería faltar a la verdad. Otros, más próximos que terrícolas o valeranos, podían llegar en cualquier momento. De hecho les esperamos hace siglos, y las probabilidades de que lleguen son mayores cuanto más tiempo transcurre.

—¡Los geanos! —exclamó Marek Aznar.

Ruborizado de vergüenza Ayala asintió con la cabeza.

Tuanko y Marek cambiaron una mirada entre sí. Ambos estaban

siguiendo el relato de Ayala utilizando sus facultades telepáticas. La consecuencia de esta inspección en la profundidad de la mente de Ayala no fue sólo descubrir su pensamiento, sino algo más hondo y secreto. ¡Ayala temía el regreso de los geanos! Lo temía como ninguna otra cosa, mucho más que la reacción violenta de los saurios después del descalabro que éstos sufrieran en el Pequeño Cono.

—Diga, Ayala —preguntó la brigadier Newell—. Después que su padre y sus amigos escaparon de Gea, ¿nunca más volvieron a saber de los que quedaron en aquel planeta?

—No, nunca.

—¿Nunca volvieron allá, a pesar de que tenían la cápsula KT con la que podrían haber efectuado un vuelo hasta Gea?

—Confieso que me avergüenza hablar de esto —murmuró Fernando Ayala rehusando mirar a la cara de los valeranos—. La conducta de mi padre y los que huyeron con él no fue todo lo honesta que a mi juicio debió haber sido. No cabe duda que al escapar con la cápsula Karendón, los disidentes privaron a sus amigos de la posibilidad de transmigrar en lo sucesivo. Un gesto más noble habría sido, por ejemplo, que los fugitivos devolvieran la cápsula a Gea. Pero eso habría sido excesivo, mucho más de lo que puede esperarse del ser humano. ¿Quién renunciaría a la propia vida para ofrecérsela a otro que ni siquiera coincide con nuestra forma de pensar? Después de explorar el hiperplaneta, una vez decidido el lugar donde en adelante habitaríamos, se procedió a desmontar el equipo de vuelo de la cápsula. No fue un puro acto simbólico de renuncia, sino una medida de precaución para que ningún arrepentido pudiera robar la cápsula y regresar a Gea. Posteriormente se utilizó la “dedona” del casco de la cápsula para construir algunas máquinas voladoras como las “sillas”. Es decir, aunque las generaciones que se sucedieron hubiésemos cambiado nuestra forma de vida por la sociedad progresista de Gea, tampoco habríamos podido hacerlo.

Los presentes guardaron silencio mirándose unos a otros. Fue Tuanko quien tomando de nuevo la palabra dijo:

—Al referirse usted a la gente que quedó en Gea parece dar por supuesto que la sociedad de allí evolucionó hacia un creciente progreso tecnológico. De haber sido así, en los mil seiscientos años

transcurridos, ¿no cree que los geanos tuvieron tiempo más que sobrado para alcanzar la técnica de los vuelos espaciales y poder llegar hasta aquí?

—Hace tiempo que esperamos ver aparecer las aeronaves geanas de un momento a otro, y también nos sorprende como a usted que no lo hayan hecho todavía.

—Supongamos que los geanos llegan hoy mismo o mañana. ¿Cuál cree usted que sería su actitud respecto a los moradores del Olimpo, los descendientes directos de aquellos que les abandonaron privándoles de toda posibilidad de transmigrar, y por consiguiente de prolongar indefinidamente su vida, como ustedes lo han hecho?

—No lo sabemos, aunque lógicamente, no cabe esperar que nos dispensen un trato muy amistoso. En honor a la verdad, vivimos bajo una psicosis de temor constante, y este temor se acentúa a medida que transcurre el tiempo. Tan es así, que algunos sectores jóvenes de nuestra colonia, los de las últimas generaciones, empiezan a preconizar un cambio de política, insistiendo en la necesidad de investigar en el campo de la técnica armamentística, completamente descuidado. Pero es demasiado tarde. Ni en cien años, ni siquiera copiando la técnica de los saurios y progresando a partir de ella, lograríamos ponernos al nivel de los avances tecnológicos que sin duda habrán conquistado los geanos... Eso sin contar que la mayoría de nosotros somos contrarios a toda idea de armarnos, ni siquiera para defendernos de los geanos.

—¿Dijo usted que los moradores de Olimpo eran unos cien mil? Tal vez podríamos evacuarlos a Valera, aunque para ello, lógicamente, tendríamos que contar con la aprobación del Gobierno de la República. Pero eso podría arreglarse —dijo Tuanko.

Esta proposición pilló completamente de sorpresa a Fernando Ayala, el cual cambió una mirada de perplejidad con Eslava. Los bellos ojos de la muchacha se iluminaron de esperanza.

—Podría ser una solución —dijo Eslava.

—¿Solución, para quién? —replicó Ayala con acento de amargura—. ¿Es lícito que los dioses del Olimpo se pongan a salvo, dejando abandonado a su pueblo? ¿Qué sería de los guandúas? ¿Quién cuidaría de ellos en lo sucesivo? ¡No, de ningún modo! Le agradecemos sus buenas intenciones, contralmirante, pero no nos es posible aceptar su generosa proposición.

—Bueno, no le urjo a tomar una decisión ahora mismo. Nosotros estamos aquí y no vamos a permitir que los saurios, o los geanos si se presentan de improviso, les hagan pedazos con sus bombas. Sólo le pido que reconsideren su posición. El rearme es indispensable de cara al futuro. Piense que si los saurios o los geanos atacan Olimpo, los guandúas quedarán igualmente abandonados a su suerte, sin nadie que les proteja. Desgraciadamente nuestros buques tienen que regresar a Valera antes de un mes, o sea, que no vamos a poder ofrecerles una protección por tiempo indefinido. Lo único que podemos hacer por ustedes, aparte de evacuarles a nuestro autoplaneta, es proporcionarles armas adecuadas para su defensa.

Ayala seguía negando con la cabeza a las palabras de Tuanko.

—No, no. ¿De qué nos servirían sus armas? No tenemos talante de guerreros, ni siquiera conocimientos para utilizar sus armas, es inútil —rechazó obcecadamente.

—Todavía disponemos de veinticinco días para adiestrar a los moradores del Olimpo. ¿Recuerda haber oído hablar de las máquinas psíquicas? Ya se utilizaban ampliamente en los tiempos que su padre y los amigos de su padre abandonaron la Tierra para realizar aquella expedición de la que jamás regresarían.

—Sí, conozco las máquinas psíquicas por referencia. Los supervivientes de la catástrofe escribieron varios libros con todo lo que podían recordar acerca de cómo se vivía en la Tierra en su tiempo y los progresos alcanzados por su tecnología. Lo sabemos todo y no queremos retornar al pasado. Estamos bien como estamos ahora. Lo único que aceptaríamos de ustedes son algunas de sus máquinas Karendón. Con nuevas Karendón para atender a las necesidades más vitales de nuestro pueblo podríamos resistir hasta que los malditos saurios arramblen con todas las riquezas del desierto y regresen a sus casas.

—Señor Ayala, pienso que está usted en un error. En mi opinión es inútil tratar de detener el progreso. El progreso se les va a colar a ustedes por todos los resquicios. Los mismos guandúas no van a contentarse con la antigua forma de vida tradicional. Los saurios no van a marcharse del Guandú ni en cien años, y en el horizonte está la amenaza del regreso de los geanos. La vida idílica que ustedes impusieron a los guandúas no puede continuar; de hecho terminó el mismo día que abordó este continente el primer barco saurio

movido por energía nuclear. Si quieren conservar algo de lo que tienen, tendrán que modificar algo de lo que tienen, o el progreso les arrollará y destruirá.

Fernando Ayala inclinó la cabeza en actitud abatida, como si orara. En este punto solamente los tapos y Fidel Aznar podían seguir sus pensamientos. Y lo que los tapos vieron fue un hombre descorazonado y cansado. Cansado de luchar contra su propio convencimiento de que todo estaba perdido, de que no podría impedir que la vida cambiara en el Guandú, después de catorce milenios de inmovilidad, mientras el mundo a su alrededor seguía andando, como un barco arrastrado por la corriente del progreso.

Sólo por curiosidad, Tuanko Aznar investigó en la mente de Eslava Ayala. Descubrió lo que ya había imaginado; es decir, la muchacha, contrariamente al sentir de su padre, era de la opinión que la vida podía cambiar también en el Guandú sin llegar necesariamente a los excesos que tuvieran lugar en el viejo planeta Tierra. Probablemente muchas decenas de miles de “dioses” estarían de acuerdo con Eslava, a pesar de que el viejo Ayala aseguraba que “la mayoría” era contraria a la introducción de armas en el Olimpo.

Después de permanecer un buen rato en actitud pensativa, Ayala suspiró y levantó la cabeza.

—Naturalmente, no puedo decidir por mí mismo. Tendré que exponer el asunto a la consideración de nuestro Senado.

En este momento sonaba el zumbador del videófono, que estaba en una esquina de la habitación sobre una repisa. Marek acudió al aparato, en cuya pequeña pantalla aparecía el rostro del capitán Sendo, segundo del crucero sideral “Tobruk”.

—Es para ti, Aigor —llamó Marek.

Der Aigor acudió al aparato. El informe de Sendo pudieron escucharlo todos los demás:

—Hay mucha actividad aérea en todo el desierto, las aeronaves saurio saltan de un lado a otro como pulgas. Pero no es eso lo más importante, desde hace una hora seguimos en nuestro radar una fuerza de unas veinte aeronaves en vuelo continuo hacia algún lugar determinado.

—¿Habéis podido determinar su rumbo?

—Sí, y es lo que me hace llamarte. Salvo error, esa flota vuela

en línea recta hacia el Monte Olimpo.

—¡El Monte Olimpo! ¿Estás seguro?

—Bueno, lo estaré más dentro de otra hora. Esos trastos vuelan muy despacio, uno se duerme rastreándolos en la pantalla.

—No volarán tan despacio cuando enciendan sus reactores y se lancen a mil kilómetros por hora sobre su objetivo. ¿Cuál es su distancia al Monte Olimpo?

—Todavía están lejos, es decir, a unos dos mil kilómetros, casi en el borde del desierto, con toda la franja de selva por delante. ¿Debemos tomar alguna medida extraordinaria?

—No lo sé, te llamaré más tarde.

Aigor cerró la comunicación y regresó a la mesa.

—Puedes ahorrarte la explicación, lo he oído todo —dijo el contralmirante Tuanko. Se volvió hacia Ayala—. ¿Los saurios tienen alguna otra base importante al Este del territorio, o sea al Oeste según ustedes?

—Sí, allá hay otro de los grandes ríos que nacen en la zona tropical y junto al río está Orudo, comunicada por el mar en un tramo de tres mil quinientos kilómetros de río navegable. Orudo es tan grande como Mabasa, aunque de creación más reciente.

—¿Qué ciudad queda más cerca del Olimpo?

—Aproximadamente la distancia es la misma. Si trazáramos un triángulo, Mabasa estaría en uno de los ángulos, Orudo en el opuesto y el Olimpo sobre el vértice superior. ¿Cree usted que esas aeronaves se dirigen a atacar el Olimpo? —acabó preguntando Ayala.

—Respóndase usted mismo. ¿Qué pueden hacer tantas aeronaves en el borde del desierto, volando oblicuamente hacia la selva? ¿Es frecuente que los saurios merodeen por allí?

—No, no lo es. La selva carece de ningún interés para los saurios; es húmeda, peligrosa y malsana.

—Bien, respóndame, ¿habla usted alguna de las lenguas saurio?

—Hablo algo de katume y de mutón. Es una especie de jerga que los saurios hablan en el Guandú para entenderse entre tantas lenguas distintas —respondió Ayala.

—De acuerdo. Va a venir usted conmigo. Embarcaremos en el “Tobruk” con el comandante Aigor y nos acercaremos a investigar las intenciones de esas aeronaves. A continuación iremos a Olimpo

y hablaremos todo que haya que hablar en el Senado, pero antes quizá nos acerquemos por Mabasa, ya veremos.

Los Ayala siguieron el movimiento del contralmirante al retirar éste la silla y ponerse en pie. El profesor Castillo, como era ya costumbre preguntó si podían acompañarles. Tanto Castillo, como Valera, y por supuesto Nuria Ross, tenían mucho interés en admirar el refugio de los dioses.

—Bueno, venid también —dijo Tuanko. Y volviéndose hacia los Ayala preguntó—: ¿No les importará, supongo?

Ayala aseguró que no tenía el menor inconveniente, antes bien al contrario, se sentiría muy honrado con la visita de los profesores.

Un minuto después el grupo era desmaterializado en la Karendón Traslator de a bordo, e inmediatamente, transferidos los datos al “Tobruk”, volvían a materializarse en la Karendón de éste.

## CAPÍTULO XII

**M**ientras la hora más tarde de "Tobruk" navegaba a su velocidad acompañado por la más grande de "Tobruk" hacia su destino, se deslizaba a un sosegado vuelo sobre la selva. Lanzando una visual en línea recta sobre la proa del "Tobruk", al fondo aparecía la imponente mole del Olimpo con sus dieciséis mil metros de altitud y su blanco cono cubierto de hielo.

No eran necesarias mayores evidencias para asegurar que la fuerza aérea se dirigía al Olimpo. ¿Cómo habían llegado los saurios a conocer la existencia de una ciudad al pie de la montaña?

—Supongo que a través de los millares de prisioneros que nos han cogido —respondió Ayala.

Los "dioses" eran muy populares en todo el desierto y no era aventurado suponer que los guandúas hablaron alguna vez de ellos a los saurios, probablemente a los traficantes de armas que visitaban el Guandú con frecuencia y se esforzaban de alguna forma por entenderse con los salvajes.

El contralmirante cambió algunas impresiones con el comandante Aigor.

—Vamos a bajar sobre ellos, tan cerca que no tengan más remedio que vernos —dijo Tuanko—. Supongo que se alarmarán y empezarán a parlotear por la radio. En este momento el señor Ayala les hablará según hemos convenido.

Momentos antes dos operadores del "Tobruk" habían conseguido sintonizar en la longitud de onda que los aviadores saurios utilizaban para sus comunicaciones por radio. Pero desde hacía un buen rato los saurios permanecían silenciosos, tal vez temiendo que los moradores del Olimpo interceptaran su conversación y adoptaran alguna medida de precaución, con lo cual se malograría el factor sorpresa.

Todo esto no pasaban de ser simples conjeturas porque,

¿conocían los aviadores saurios la localización de la ciudad? No se sabía. Las aeronaves saurio quizá hubieran volado alguna vez a gran altura explorando los alrededores de la montaña, sin que los moradores del Olimpo llegaran a enterarse. No tenían radar. El que equipara la cápsula Traslator en otro tiempo se había estropeado hacía muchísimo.

Siguiendo las instrucciones del contralmirante, el “Tobruk” descendió de las alturas y se situó directamente encima de la formación aérea. Prácticamente se incrustó en el centro del triángulo de aeronaves, obligando a éstas a dispersarse. Inmediatamente se escucharon en los altavoces de la cámara de derrota del “Tobruk” las voces excitadas de los pilotos.

—Ahora es el momento, hábleles —dijo Tuanko ofreciendo el micrófono a Ayala, ante la mirada expectante de Eslava, de los científicos y buena parte de la tripulación que atendía a las consolas de control.

Ayala se dirigió a los saurios en una endiablada jerga:

“A los comandantes de las aeronaves saurio, escuchadme. Soy Ayala, dios de los guandúas y morador del Monte Olimpo. Conozco vuestras malvadas intenciones y os digo, ¡volved atrás! ¡Dad media vuelta y regresad a vuestra base, so pena de ser fulminantemente destruidos!”

Ayala tuvo que esperar a que cesara el parloteo excitado de los saurios para repetir su alocución. Siguió al mensaje un gran silencio, y a continuación una voz que daba una orden en áspero acento. Ayala se volvió hacia el contralmirante e informó:

—El jefe de la fuerza ordena a los aparatos encender los reactores y dispersarse. Va a tratar de desintegrarnos con su cañón de rayos.

—O sea, que van armados de Rayos Zeta —murmuró Tuanko—. Bien, dejémosle intentarlo. Su desesperación será mayor cuando se convengan de que somos indestructibles.

Inmediatamente las aeronaves encendieron sus motores de reacción, dispersándose en todas direcciones, a excepción del guía que siguió volando impulsado por sus dos motores de hélice. El jefe de la flota esperó hasta que el resto de sus aeronaves se hubo alejado. Casi pegado a su zaga, el “Tobruk” le seguía imperturbable. Entonces el jefe de la flota encendió sus reactores, en un intento

claro por ganarle la mano al crucero y poner alguna distancia por medio antes de disparar sus Rayos Zeta.

Aunque fácilmente habría podido seguir a la aeronave, Tuanko optó por seguirle el juego al saurio. Desde la torreta artillera de popa dispararon con un proyector de Rayos Zeta. El dardo plateado tocó al “Tobruk” en la proa sin afectar en absoluto a la “dedona” que formaba el monocasco del buque. La aeronave aumentaba rápidamente la distancia.

—Lamento tener que matar a nadie, aunque sea un sapo —dijo Tuanko entre dientes—. Pero es preciso hacerlo para que estos imbéciles reptiles se convenzan de una vez de nuestra aplastante superioridad.

Der Aigor hizo una silenciosa seña al oficial de dirección de tiro, que esperaba tranquilo ante su consola llena de botones. El “Tobruk”, como todos los de su clase, tenía el grueso de sus baterías alineadas a los costados, y sólo unos pocos proyectores en la proa. Pero bastaban para aniquilar a la aeronave que huía ante ellos. Media docena de rayos plateados brotaron de la proa del navío acertando de lleno en la aeronave. Ésta se desintegró en una llamarada, inmediatamente seguida por la deflagración de su reactor nuclear. La violenta explosión hizo moverse apenas al crucero.

El resto de la formación viró en redondo y huyó en el más completo desorden.

—Ya ven lo fácil que es parar a esas aeronaves con sólo media docena de proyectores Zeta —dijo Tuanko a Ayala—. Unas pocas baterías distribuidas por su montaña bastarían para hacer del Olimpo un bastión inexpugnable. Sus hombres ni siquiera tendrían que apuntar, el radar dirige automáticamente los rayos al blanco.

Fernando Ayala no respondió, pero ya en su ánimo estaba el aceptar la oferta de los valeranos.

—Daremos tiempo a los saurios para que regresen a su base y relaten su tremenda experiencia —dijo Tuanko—. Vamos al Olimpo.

El crucero aceleró impulsado por sus motores lumínicos, y pocos minutos después frenaba al aproximarse al Monte Olimpo. Bajo el navío se extendía la selva, de un verde oscuro exuberante, cubriendo como un manto las pequeñas lomas. Éstas crecían en altura y se transformaban en largas colinas que servían de

contrafuertes a la cordillera. Por los angostos valles y desfiladeros corrían abundantes los arroyos, origen de todos los ríos que cruzaban el inmenso Guandú hasta el mar. Las nubes cubrían la base de la montaña, la cual emergía con su blanco cono ofreciendo un espectáculo de incomparable belleza.

Olimpia, la ciudad de los “dioses”, estaba a tres mil metros de altitud, extendida sobre una cornisa de apenas quinientos metros de anchura que terminaba bruscamente en un enorme acantilado sobre un abismo de vértigo. Los campos de cultivo formaban angostos bancales a modo de una escalinata en la falda de la montaña. Los olimpios debían tener buenos pulmones y ágiles piernas, tanto por la altitud como para subir y bajar por los empinados senderos y las largas escalinatas de los bancales. El pan que comían se lo ganaban trabajosamente.

Más arriba de los bancales, los sorprendidos valeranos vieron las manchas blancas y rojizas del ganado que pastaba en los prados de las empinadas laderas.

—Muy bonito —comentó Tuanko—. ¿Pero por qué escogieron un lugar tan difícil? No debe resultar muy cómodo subir y bajar por esas escaleras.

—Estamos acostumbrados —respondió Ayala—. La vida aquí es muy sencilla, muy apacible, y el trabajo nos tiene saludablemente ocupados todo el tiempo. Escogimos este lugar por la sencilla razón de que la selva es prácticamente inhabitable. Por otro lado, deseábamos vivir lejos de los guandúas, a fin de no contaminarles con el espectáculo de nuestras nefastas costumbres, y este es un lugar inaccesible, excepto para las águilas.

Ayala se apartó para dar instrucciones al piloto acerca del mejor sitio para el aterrizaje. Mientras el crucero maniobra para situarse en posición de descender, los demás admiraban el paisaje a través de las grandes pantallas murales de televisión.

—Si me condenaran a tener que vivir aquí para el resto de mi vida, creo que me moriría en cuatro días —dijo Paulina Elorza.

—Después de ver esto agradecerás más las comodidades de nuestro pequeño Valera —dijo Nuria Ross en son de broma.

Minutos después el “Tobruk” aterrizaba sobre los campos de cultivo contiguos a uno de los extremos de la ciudad, ante la expectación de varios millares de olimpios que tuvieron que

apretarse a fin de dejar el espacio libre necesario para el poderoso navío. En atención a los olimpios, que tan primorosamente cuidaban su escasa tierra, el comandante Der Aigor no permitió que la quilla del crucero se hundiera más de unos centímetros en el blando suelo. El campo de patatas sobre el que aterrizó ya había sido irremediablemente echado a perder por los pies de la excitada multitud.

Para descender a tierra hubo que tenderse una escala, por la que bajaron los Ayala, seguidos del contralmirante Tuanko y los miembros del equipo científico. Una gran ovación acompañó a la aparición del contralmirante valerano en el gran portón abierto en el férreo costado de la nave. Las hazañas del autoplaneta Valera formaban parte de la historia del pasado de los olimpios, vinculados en su origen al fabuloso planetillo, pues fueron valeranos los hombres y las mujeres que después de reconquistar la Tierra la repoblaron de nuevo, si bien más tarde volvieron a llamarse terrícolas. Pero valeranos eran todos en sus raíces, y más aún; algunos de los hombres que hoy visitaban Olimpia, como Mario Valera y Gerardo Castillo, habían vivido el emocionante momento de retorno de los valeranos a la Tierra, sobreviviendo al tiempo transcurrido como seres mitológicos poseídos del don de la inmortalidad.

Rodeados de la multitud, apretujados y casi aplastados, los valeranos se abrieron paso a duras penas hasta la ciudad. Allí eran esperados por una recepción oficial, formada por el alcalde, el presidente del Senado y una representación de los senadores. Preciosas niñas entregaron a los visitantes grandes ramos de flores, mientras una fanfarria de jóvenes músicos interpretaba a todo pulmón alegres marchas militares.

En olor de multitud, como solía decirse en estos casos, los valeranos recorrieron las empedradas calles de la ciudad en su marcha hasta el Senado, un bello edificio sin excesivas pretensiones arquitectónicas ubicado en uno de los lados de una hermosa plaza porticada, con edificios de piedra rosada de dos plantas y buhardilla. En la plaza, totalmente atestada de público, se repitieron las aclamaciones y los vítores.

En Olimpia llovía con frecuencia, y las nubes se acumulaban en el cielo, tan bajas que ocultaban los prados por encima de la ciudad.

Repentinamente cayó un violento chaparrón, circunstancia a la que los habituados olimpios no concedieron la menor importancia, pero que sirvió de pretexto para que el Presidente del Senado metiera dentro del edificio a los ilustres huéspedes.

Una vez dentro del Senado, el presidente advirtió que los senadores iban a ocupar sus escaños. Detrás del hemiciclo se apelotonaba el público expectante. El presidente, señor Marcel, advirtió humorísticamente:

—Hoy tenemos pleno del Senado. No había sido anunciada sesión pero tal vez nuestros senadores se sientan defraudados si ustedes no les dirigen algunas palabras.

Aunque no tenía costumbre de hablar en público, el contralmirante accedió a subir al estrado, lo que hizo entre un ensordecedor aplauso, acompañado en el exterior por los sonoros truenos de la tormenta.

—No soy un hombre de palabra fácil —se disculpó el contralmirante—, pero como no se trata de hacer un discurso espero poder hacerme entender.

Hizo Tuanko historia del viaje de Valera y su llegada al hiperplaneta, de su primera y de esta segunda expedición al interior del mismo, y del conocimiento que hasta el momento tenía de este extraño mundo habitado por saurios inteligentes.

—En mi opinión, el hiperplaneta fue creado para ser habitado por los saurios, y difícilmente la humanidad terrícola logrará hacerse un hueco donde poder vivir entre tan peligrosos vecinos. Los saurios están en el umbral de la Era Atómica y pronto contarán con flotas aéreas de gran radio de acción que pondrán al alcance de las naciones más avanzadas el resto del planeta. Sobrevendrá una época de descubrimientos y exploraciones, todos querrán asegurarse las fuentes de recursos del provenir y surgirá la colonización de los continentes lejanos. En estas condiciones, solamente los fuertes podrán sobrevivir defendiendo su soberanía contra tantas ambiciones desatadas. Quiero decir que ustedes tendrán que acomodarse a esta realidad próxima, y aunque admiro el mundo idílico que han creado, les digo que tan poética y ejemplar forma de vida no podrá continuar en el futuro. Soy soldado, hombre práctico, y me permito exponer las cosas como las siento. Tal como están las cosas, los olimpios sólo tienen dos alternativas; bien evacuar al

autoplaneta Valera, o bien abandonar su bucólica existencia y abrir las puertas al progreso. Porque como dije no hace mucho a Fernando Ayala, el progreso está ahí y les va a desbordar por todas partes. Me consta, porque conozco los sentimientos del señor Ayala, que el exilio de Valera y el abandono a su suerte de los valientes guandúas, es rechazado por la conciencia responsable de una parte de ustedes. Sinceramente les digo que pese al alto sentido humanitario de los valeranos, es dudoso que éstos accedan a dar cabida en su pequeño mundo a cien millones de guandúas. Los guandúas tampoco se sentirían muy dichosos en nuestra sociedad. Me remito a los resultados de otros experimentos anteriores. Tenemos en Valera una colonia tapo, una tribu del circumplaneta Atolón. A pesar de estar más próximos a nosotros en cultura que los guandúas, esta gente encuentra grandes dificultades para integrarse plenamente en nuestra sociedad. Valera es un planetillo muy chico. Por el contrario, los tapos proceden de un planeta enorme, donde luce continuamente el sol, como aquí en el hiperplaneta. Pese a disfrutar de unas comodidades que jamás soñaron tener en su nativo Atolón, estos tapos siguen echando de menos la amplitud de sus espacios abiertos, el jugar del viento, el rugido de sus océanos contra la costa acantilada... El ser humano está irremisiblemente atado por los lazos del afecto a la tierra donde nació. Pese a ser tan pequeño, los valeranos nos sentimos plenamente a gusto en nuestro autoplaneta. No podríamos vivir en este Olimpo, donde nos falta el oxígeno y sentimos una gran carencia de medios. Pero ustedes son felices en su Olimpo y no echan de menos nuestras apretadas ciudades, ni el “metro” con sus multitudes, ni el tráfico aéreo de millones de aeronaves moviéndose de un lado a otro, ni los seriales de la televisión. A ustedes, Valera les parecerá un mundo de locos, mientras que a nosotros Olimpia nos parece vacía y aburrida. Deben tener en cuenta todas estas consideraciones al decidir su futuro. Quizá haya otras cosas que se puedan hacer. Lo único que no podrán hacer, es quedarse cruzados de brazos esperando que los saurios vengan a destrozarles con sus ingenios nucleares. Eso es todo, señores.

Ni un aplauso, ni un suspiro se escuchó a continuación de las palabras del contralmirante. Luego, mientras éste abandonaba el estrado, empezaron a levantarse los murmullos; unos favorables,

otros contrarios a las opiniones expresadas por Tuanko.

—Siento la impresión de haber volcado sobre sus cabezas una ducha de agua fría —dijo Tuanko al reunirse con el grupo de sus amigos, entre los que también se encontraban Eslava y Mikerino.

—Les ha dicho usted exactamente lo que tenía que decirles. Sólo una conmoción es capaz de sacudir el sopor de estos hombres, aferrados a la idea de que una sociedad en progreso tiene que desembocar forzosamente en la decadencia y la Apocalipsis final —dijo Eslava. Y Mikerino asintió con repetidos movimientos de cabeza.

Abriéndose paso a codazos entre el público que llenaba todo llegó la bella Brentona y tendió su mano a Tuanko diciendo:

—Ha estado usted muy oportuno. A ver si se dan cuenta de una vez de que no podemos continuar representando el papel de personajes bíblicos.

Algunos senadores de los bancos inmediatos se levantaron para ceder sus asientos a los extranjeros. Éstos se negaron a aceptarlos, pero la insistencia de los senadores les venció y acabaron sentándose.

Se inició a continuación un acalorado debate, con largos parlamentos de los senadores, todos brillantes oradores. La tormenta seguía descargando sobre el Olimpo, sin que el calor reinante ni la posición incómoda de la mayoría del público bastara para hacer desertar a un solo individuo, hombre o mujer. Todos escuchaban con gran interés; como que era su destino lo que se estaba decidiendo.

Después de media docena de intervenciones empezó a definirse la posición de dos bandos irreconciliables. Unos abogaban por la evacuación de Olimpia y buscar refugio en Valera, mientras el otro bando apoyaba la alternativa de permanecer en el Olimpo y defender a todo trance a los guandúas, aunque fuera a costa de armarse y librar las batallas que fueran necesarias para tener a raya a los saurios.

“El rearme y la reeducación de nuestra gente traerá consigo un cambio forzoso en nuestras costumbres” —decía un senador.

“Pues que cambien, que ya es hora que lo hagamos” —replicaba otro. Y éste recibía una salva de aplausos.

Cinco horas más tarde el presidente hacía notar:

—Creo que ya hemos escuchado todas las opiniones. Continuar la sesión no hará sino volver siempre sobre lo mismo. Propongo que levantemos la sesión en atención a nuestros invitados. Que los señores senadores mediten el asunto con la almohada. Habrá nuevo pleno mañana a las doce, seguido de votación.

De nuevo, al terminar la sesión se vieron los valeranos asediados por todas partes. Todos los senadores querían tener el honor de alojarles en su casa. Para no dejar mal a ninguno, el contralmirante optó por regresar a su crucero con un pretexto:

—La altura nos está matando, siento que me voy a desvanecer. Volveremos a nuestro buque, allí tenemos una atmósfera presurizada.

—¡Pero no se marcharán! —protestó el presidente del Senado.

—Sólo vamos a volar hasta Mabasa para regresar en unas horas. Quisiera llevar conmigo alguien que sea capaz de hacerse entender de los saurios. Voy a presentarles un ultimátum para que abandonen el Guandú en un mes.

—En tal caso lleve consigo a Mikerino. Es nuestro mejor intérprete —dijo el presidente—. Y si quiere llevarse a Chenko también lo hace muy bien. Chenko fue prisionero de los saurios y estuvo varios meses trabajando en una mina hasta que logró escapar. Es un guandúa que rescatamos medio muerto en el desierto y se quedó entre nosotros.

Una hora después, llevando a bordo al guandúa y al Olimpo, el “Tobruk” despegaba entre el desencanto de la multitud y se perdía entre las nubes.

Durante la comida, mientras volaban hacia Mabasa, el contralmirante expuso a Mikerino exactamente lo que quería decir a los saurios.

—¿Pero cómo podremos hablar con los saurios? —preguntó Mikerino.

—No tenemos que dialogar con ellos, sólo ordenarles que evacuen el Guandú en un mes. No te preocupes, ellos nos oirán.

En una hora estaban sobre Mabasa, la ciudad donde Tuanko había desembarcado al Faraón de los katumes y al Sumo Sacerdote de Attman. Dando un pequeño rodeo, el crucero apareció volando majestuosamente sobre el Río Rojo, tan bajo que casi tocaba las arboladuras de los grandes petroleros que descendían en dirección

al mar. Al llegar a la altura de Mabasa el navío se detuvo, dando ocasión a los saurios para que lo vieran bien. Luego viró poniendo proa a Mabasa y avanzó lentamente sobre la ciudad.

Aunque había casi medio centenar de aeronaves en el aeródromo de Mabasa, ninguna levantó el vuelo para acercarse al “Tobruk”. Los saurios sabían ahora que sus aeronaves eran muy vulnerables a las armas del navío extranjero y no querían correr el riesgo de que una explosión de sus propias aeronaves dejara en ruinas la ciudad.

Mientras el “Tobruk” se acercaba a Mabasa, todos los barcos largaban amarras y se apresuraban a salir al centro del río. Sin duda, y por idéntico temor a que estallaran sus reactores nucleares, habrían recibido orden de alejarse de la ciudad.

En la ciudad había cundido el pánico y las gentes corrían de un lado a otro sin pararse en ninguna parte, pues en ninguna parte podían considerarse a salvo de un bombardeo nuclear, si los extranjeros se decidían por bombardear Mabasa. Estas escenas de terror eran seguidas por Tuanko a través de las grandes pantallas de televisión en la cámara de derrota.

Finalmente, el “Tobruk” se detuvo sobre Mabasa, a menos de quinientos metros de altura. Poniendo en funcionamiento un potente amplificador, Tuanko invitó a Mikerino a soltar su mensaje. La voz de Mikerino atronó el aire sobre los ruidos de la ciudad aterrada:

“Saurios, escuchad. Os habla el contralmirante Aznar de la Armada Sideral de Valera. El atropello que durante años lleváis a cabo sobre el pacífico pueblo guandúa ha puesto a prueba nuestra paciencia. Vuestros robos y asesinatos, el expolio que estáis haciendo del Guandú, ha terminado. Conocéis el tremendo poder de nuestras armas. Ahora mismo estáis inermes ante nuestra aeronave, que sólo es una de las muchas que en lo sucesivo patrullarán el desierto. Os lo advertimos muy seriamente, disponéis de veinticuatro jornadas para que a contar de este momento abandone el Guandú el último barco, la última aeronave y el último saurio. Todos los que queden una vez cumplido el plazo serán perseguidos y exterminados sin remisión.”

Tuanko hizo que el mensaje fuera repetido por Chenko. Luego lo repitió de nuevo Mikerino. El “Tobruk” se elevó a mil metros de

altura y quedó completamente inmóvil en el aire.

—Seguiremos en esta posición unas horas para asegurarnos de que los saurios nos toman en serio —dijo el contralmirante. Luego fue a acostarse.

Cuando se levantó siete horas más tarde y acudió a la cámara de derrota, pudo ver con satisfacción que los saurios embarcaban en masa en los grandes barcos surtos en el puerto. Las colas para embarcar alcanzaban en algunos lugares un kilómetro de longitud.

—Hemos interceptado alguno de sus radios llamando urgentemente a sus escuadras de guerra y sus flotas aéreas para que acudan en auxilio de Mabasa y colaboren en la evacuación. Todas las aeronaves despegaron cargadas de pasajeros —informó Der Aigor—. Es imposible de todos modos que puedan evacuar el territorio en menos de un mes. Las distancias son muy grandes para sus lentos medios de transporte.

—Lo sé. Lo importante es que se asusten y empiecen a evacuar en seguida. Más tarde quizá ampliemos el plazo si vemos que están cumpliendo nuestro mandato. Vamos a regresar al Olimpo.

Una hora más tarde el crucero aterrizaba de nuevo sobre las huellas de su primer aterrizaje. Para escapar de las efusiones de los olímpicos, que de nuevo acudían de todas partes, esta vez utilizaron un aerobote y aterrizaron en la plaza, frente al edificio del Senado. Acudieron Fernando Ayala y algunos senadores, todos empeñados en llevarles a sus casas. Finalmente, aceptaron la invitación de Ayala, quien les llevó a su casa, en la misma plaza.

La casa, construida de piedra, era sólida y muy cómoda, aunque con escasos muebles y ningún objeto de lujo superfluo. Los olímpicos dioses vivían con sobriedad espartana, sin faltar nada, pero sin que tampoco sobrara nada. Después de comer, mientras Ayala se dirigía a la sesión del Senado, Eslava y Mikerino acompañaban a sus distinguidos huéspedes a una visita por la ciudad.

En todas partes recibieron los visitantes efusivas muestras de simpatía y afecto. La altitud hacía que los valeranos se fatigaran mucho. Regresaron en busca del aerobote y efectuaron un largo vuelo de reconocimiento, haciendo alto en aquellos puntos estratégicos donde podrían montarse las baterías de Rayos Zeta... en el supuesto que los “dioses” las aceptaran.

—Las aceptarán —aseguró Eslava—. Incluso mi padre está convencido que es la única salida viable a la situación en que nos encontramos. O eso o abandonar el Olimpo, y por consiguiente también a los guandúas. Pero no les abandonaremos. Hay raíces muy profundas de sangre y sentimientos entre nosotros y los guandúas. Ellos son hijos y hermanos de los dioses, surgieron de nosotros mismos.

—Algunos de ustedes, sin embargo, parecen dispuestos a exilarse en Valera. Incluso usted misma lo ha deseado en algún momento, y no me diga que me equivoco, porque puedo leer sus pensamientos.

—No lo niego, lo he deseado. Pero después de escucharle a usted en su alocución al Senado he comprendido que nunca podré hacerlo. Como usted bien dijo, cada individuo está irremisiblemente atado por los lazos del afecto a la tierra donde nació. Éste es mi mundo, que también evolucionará y mejorará con el tiempo. No me resignaría a perder mi patria para siempre, en cualquier lugar temo que la echaría de menos.

Regresaron a la ciudad. El Senado seguía reunido y la plaza estaba llena de gente que esperaba el resultado de la votación que se llevaba a cabo. Todavía se encontraban en el aerobote, rodeados de olimpios afectuosos, cuando el gentío se estremeció, corriendo de boca en boca la noticia:

—¡Nos quedamos! ¡El Senado ha votado por el rearme y la defensa a ultranza de la nacionalidad guandúa!

Estalló un trueno de aplausos, seguido de vítores y cantos patrióticos. Tuanko Aznar, todavía sentado ante los mandos, tomó el micrófono y se comunicó con Der Aigor, a bordo del “Tobruk”.

—Muchachos, pónganse a trabajar. Desembarquen las Karendón y empiecen a desmontar nuestros proyectores de Rayos Zeta. Los dioses han aceptado nuestra ayuda.

—¡Dios sea loado! —contestó enfáticamente Der Aigor a través de la radio.

## EPÍLOGO

Cuatro días después de la partida de la plaza, el día de Olimpia, si bien de carácter distinto; la ciudad agradecida de Olimpia despedía a sus amigos minutos antes que estos emprendieran viaje de regreso a Valera. Los cruceros siderales “Coimbra”, “Tobruk” y “Benarés” aparecían en el cielo entre los celajes de la bruma, inmóviles como grandes globos dirigibles.

En la plaza, formando un cuadro perfecto, se alineaban parte de las nuevas fuerzas militares del Olimpo, adiestradas a través de las máquinas “Psí” en el manejo de las sofisticadas armas cedidas por los valeranos. El uniforme de este pequeño ejército era verde, como el de las Tropas Especiales del Ejército Valerano, su armamento consistía en subametralladoras ligeras y fusiles ametralladores pesados. El contralmirante Aznar no había considerado prudente ceder las temibles armas de “luz sólida” por temor a que alguna de éstas cayera en poder de los saurios y fuera copiada. Por el contrario, y después de muchas vacilaciones, había cedido a los olimpios las armaduras totales de “diamantina” incluido el dorsal de levitación.

Gracias a este moderno equipo, los “dioses” iban a disfrutar en adelante de una gran movilidad, que les permitiría vigilar directamente grandes áreas del desierto, volando donde hiciera falta a mil kilómetros por hora con su equipo completo de combate. La representación que rendía honores de capitán general al contralmirante Tuanko era mixta de Tropas Especiales y del Ejército Regular.

Levantando la vista por encima de los aleros de los edificios que cerraban la plaza, Tuanko podía ver en las empinadas laderas de la montaña algunos antiguos banales transformados en plataformas de hormigón, con recios “bunkers” coronados por giratorias antenas

de radar y baterías de Rayos Zeta. Si las aeronaves saurio intentaran ahora aproximarse al Monte Olimpo, las baterías Zeta las desintegrarían a una distancia superior a mil kilómetros, sobre la selva. En manos de los olimpios quedaban además seis aerobotes armados y seis cápsulas portadoras de Karendones Traslator, las cuales en un momento dado podrían ser enviadas rápidamente a cualquier lugar del Guandú y proceder al trasiego de tropas a una cadencia de veinticinco hombres armados por cada tres minutos y máquina.

En el centro de la plaza, el contralmirante Tuanko Aznar estrechaba uno por uno las manos de todos los notables de la ciudad; alcalde, senadores y presidente del Senado, así como de los nuevos comandantes de las Fuerzas Armadas. Al final de la fila, vestida con su uniforme verde, se hallaba la bella Brentona luciendo galones de comandante.

Brentona se había revelado un mando excelente, con inteligencia y autoridad. En las últimas semanas había simpatizado mucho con el contralmirante.

—Adiós, Brentona —dijo Tuanko al estrecharle la mano—. Casi siento tener que marcharme. Han sido unos días muy atareados, pero muy agradables. Pienso que hemos hecho una buena labor aquí.

—¿Volverás? —preguntó Brentona con pupilas húmedas.

—No lo sé. Es probable que volvamos a completar la obra ya iniciada, depende de los planes de los valeranos, de si nos marchamos o permanecemos algunos meses más. En cualquier caso, os recordaré siempre. ¡Adiós!

Rápidamente, como huyendo de su propia y tonta emoción, el contralmirante se dirigió a la Karendón Traslator que ocupaba el centro de la plaza, junto a la fuente ornamental. Detrás del contralmirante entraron en la cápsula los hombres y mujeres del equipo científico; Fidel Aznar, Castillo, Valera, Nuria Ross, Paulina Elorza y Alejandro Aznar. La banda de música, ahora con uniforme militar, hacía sonar alegres marchas, que contrastaban con el aire de tristeza de la gente que presenciaba la parada. El aire frío de la montaña hacía ondear banderas y gallardetes.

Apenas había entrado el último en la cápsula, cuando brilló el relámpago eléctrico que desmaterializaba al grupo. El

contralmirante Aznar y su gente ya no estaban en Olimpia. En el cielo, las tres poderosas aeronaves lanzaban sus chorros de luz por las toberas de popa y arrancaban acelerando prodigiosamente. En unos segundos se habían perdido de vista tras las nubes, como si nunca hubieran existido.

Cesó de tocar la banda, los oficiales gritaron el “rompan filas” y los olimpios emprendieron sin prisas y mohínos el retorno a sus hogares. Empezaba a llover. En el centro de la plaza, junto a la fuente de mármol, Fernando Ayala apartaba sus ojos del cielo con un suspiro.

—¡Ojalá aprendamos a vivir como ellos! —exclamó.

Arreciaba el chaparrón y todos se apresuraron a ganar los soportales.

F I N

## Nota del editor digital

Aunque el autor escribió dos novelas más de la saga, *El gran miedo* y *Escuadrón Delta*, títulos que cerrarían el ciclo de aventuras en el hiperplaneta, nunca llegaron a publicarse.

Y así, con *El refugio de los dioses*, quincuagésimo cuarto título de “La saga de los Aznar” y n.º 59 de la segunda edición de *Luchadores del Espacio*, en 1978 finalizaba esta serie de novelas escritas por Pascual Enguídanos Usach, bajo el seudónimo George H. White, configuradas en forma de epopeya del futuro y que narraban las vicisitudes de la humanidad a través de los descendientes de la familia del primer protagonista de la serie, el aviador Miguel Ángel Aznar de Soto.

A continuación se muestra la contraportada de la presente novela, en la que se anunciaba la publicación del que iba a ser el siguiente número de la colección: *El gran miedo*.

Desde el Refugio de los Dioses, siguiendo las huellas del pasado, los Aznar llegan al planeta Orgoz.

De nuevo la narrativa de George H. White nos sorprende con un rasgo de genialidad, trasladando al lector a un mundo insólito, un mundo desquiciado, sometido y resignado al poder omnímodo de una mente monstruosa que rige implacablemente el destino de millones de seres con el rigor del más aborrecible absolutismo.

A lo largo de una visión anticipada del mundo del futuro, George H. White nos presenta una nueva concepción del Poder. Un Poder que lo sabe todo y destruye todo; el poder del miedo.

## ¡EL GRAN MIEDO!

Con este título, George H. White presenta al público su nuevo y más reciente número de la Saga de los Aznar, que aparecerá próximamente en la Colección Luchadores del Espacio.

## Notas

[1] Véase LOS ÚLTIMOS DE ATOLÓN y GUERRA DE AUTOPLANETAS, publicadas en esta Colección. < <